

Sergio Blanco

.45'

A mi padre

... Sic accidit ut Roma cecidisset.

Heraclius Quintus Milvius
Manuscriptos de Constantinopla
571 – 603

Personajes

ULRICH RICHTER, *co-presidente de la multinacional Richter & Havers, sesenta años.*

EVARD RICHTER, *su hijo mayor, treinta y tres años.*

NOLD HAVERS, *co-presidente de la multinacional Richter & Havers, sesenta y tres años.*

KURT HAVERS, *su hijo único, director comercial de Richter & Havers, treinta y tres años.*

CARDENAL CLEMENTE SAVELLI, *secretario de estado del Vaticano, setenta años.*

JEREMÍAS, *servidor de armas, ochenta años.*

BASILIO, *su hijo adoptivo, también servidor de armas, treinta y dos años.*

CELIO, *servidor de armas, treinta años.*

FABIO, *servidor de armas, veintiséis años.*

UN MENDIGO, *vagabundo.*

Toda la pieza - a excepción de la escena sexta - transcurre en una lujosa sala de tiro que se encuentra en el subsuelo de las instalaciones de un club especializado para tiradores de elite.

ESCENA I

Del extremo izquierdo al extremo derecho, la sala de tiro se divide en tres espacios netamente delimitados por grandes mamparas de cristal antibalas. Estas mamparas van del techo hasta el suelo y están equipadas de puertas corredizas para poder pasar de un espacio al otro. Los espacios de los extremos tienen exactamente las mismas dimensiones entre sí y son más pequeños que el espacio central que ocupa la mayor parte de la escena.

El primer espacio que se encuentra a la izquierda, es la sala de recepción. A esta sala se accede por una doble puerta de madera ubicada en la pared de piedra del fondo. Cuando estas puertas se abren, se puede ver una antesala con una escalera y un ascensor que conducen al primer piso. Esta sala de recepción sirve de encuentro, descanso y espera antes de pasar a ejercitarse a las demás salas. Se trata de una habitación confortablemente amueblada con tres sillones elegantes de cuero y una mesa baja de roble sobre una alfombra. Al lado de los sillones hay un pequeño mueble laminado en marfil en el cual hay un armario de bebidas y un frigobar pequeño. A un costado de la doble puerta de madera hay un perchero de pie.

El segundo espacio se trata de la sala de elección y preparación de armas. Está equipada con una serie de armarios y vitrinas en las cuales están guardadas con gran prolijidad y cuidado, todo tipo de armas de fuego. Cada vez que los servidores se dirijan a estos armarios para elegir armas, se pondrán guantes blancos para no dejar marcas ni ensuciarlas. Dos de estos armarios que cuentan con varios cajones, sirven para guardar las municiones. Hacia los costados hay dos mesas aterciopeladas que sirven para la presentación de armas. Sobre la pared blanca del fondo hay trazadas varias líneas horizontales. Estas líneas están acompañadas de varios números que sirven para medir las diferentes estaturas de los tiradores. A un costado hay una máquina eléctrica de agua con un distribuidor de vasos desechables y una papelería a su lado, en la cual son arrojados los vasos una vez que estos fueron usados.

El tercer y último espacio es propiamente la sala de tiro. De esta sala solamente vemos la parte en la que se ubican los tiradores, pero no alcanzamos a ver los blancos ya que estos están fuera de escena. Esta sala está equipada con los atriles apoyabrazos que sirven de baranda de apoyo para los tiradores, y que a su vez marcan el límite de la zona en la cual estos últimos se pueden desplazar. En cada uno de los atriles hay un par de cascos auriculares para la protección de los oídos. Estos cascos son utilizados obligatoriamente cada vez que se tira. Una capa de césped sintético cubre todo el suelo de esta sala, excepto las franjas que se encuentran al pie de la baranda en donde se ubican los tiradores, las cuales están cubiertas de unas placas de pedregullo también sintético. La pared del fondo vuelve a ser de piedra como la pared de la primer sala.

BASILIO, CELIO y FABIO están preparando las armas en la segunda sala, mientras que en la primera sala JEREMÍAS verifica que todo esté en orden.

FABIO, *sacándole brillo a una de las armas.* Entonces me tiende la mano y me propone el arma. ¿Qué es lo que quiere?, le pregunto. Dispare, me contesta. Nosotros no podemos utilizar las armas, le digo. *Controla no ser visto por JEREMÍAS.* Solo limpiarlas. Presentarlas. Guardarlas. Nada más. *Hace un gesto con una de sus manos.* Por favor, me ruega. *A BASILIO.* Yo creía que quería que hiciéramos juntos una partida al blanco. *Negando con la cabeza.* Pero no era eso.

BASILIO, *sin mirarlo y mientras le saca brillo a otra de las armas.* ¿Qué quería?

FABIO, *siempre controlando no ser ni visto ni oído por JEREMÍAS.* Que tirara contra él.

CELIO lo mira.

FABIO. Le suplico que tome el arma y que dispare contra mí. *A CELIO.* Eso es lo que me dijo. *Levantando los hombros.* No supe qué hacer. *Mostrando una de sus manos.* Usted tiene guantes blancos. No tenga miedo. No va a haber ningún tipo de huellas. Luego usted me pone el arma entre mis manos y se va.

CELIO, *mientras acomoda un puñado de municiones en uno de los cajones.* ¿Y qué hiciste?

FABIO. Nada. Le dije que no. Que eso no está permitido en el reglamento. Que tenemos absoluta prohibición de utilizar las armas. *Dubitativo.* No sabía qué decirle. De pronto sacó un montón de billetes y me dijo que estaba dispuesto a pagar si era necesario.

CELIO, *intrigado.* ¿Cuánto?

FABIO. No sé. No vi. Tenía miedo que bajara alguien. Que alguien nos viera. *Tratando de reproducir la escena lo más fielmente posible.* Me está comprometiendo, le dije. Por favor siga ejercitándose o devuélvame el arma y retírese. No puedo. No puedo más, me decía. Por qué no sube y se da una ducha, le propuse.

CELIO lo mira atentamente, por oposición a BASILIO que no levanta la vista en ningún momento.

FABIO. Me decía que no. Que quería que alguien le disparara. Que él no tenía el coraje suficiente para hacerlo. Que hacía años que venía a ejercitarse para adquirir puntería y no errar el tiro, pero que siempre cuando llegaba el momento, no se animaba a hacerlo. Necesito ayuda, me decía. Le puedo pagar todo lo que usted quiera.

CELIO. Le hubieras dado una cita afuera.

FABIO, *ingenuamente.* ¿ Para qué?

CELIO, *sonriendo.* Para ayudarlo.

FABIO. ¿ Y el reglamento?

CELIO, *también controlando de no ser oído por JEREMÍAS.* El reglamento solo se aplica acá adentro.

BASILIO lo mira un tanto molesto.

CELIO. Afuera uno es libre de hacer lo que quiera.

FABIO, *haciendo referencia al arma que tiene entre sus manos.* El reglamento dice que no se pueden sacar las armas del establecimiento.

CELIO. Esos tipos de personajes siempre tienen sus propias armas. *Toma una caja de cartón que hay sobre la mesa, la abre y saca de adentro otro puñado de municiones.*

FABIO. ¿ Y si después se enteran?

CELIO. ¿ Quiénes?

FABIO, *levantando los hombros.* No sé...

CELIO, *dirigiéndose hacia uno de los armarios y abriendo uno de los cajones.* Nadie tiene por qué enterarse si el trabajo está bien hecho. Además hoy en día nadie se entera de nada. *Comienza a introducir metódicamente las municiones adentro del cajón.* A nadie le interesa preocuparse más de nada. No es como antes. Cada vez es más fácil. *Mirando a FABIO y abandonando un instante su trabajo.* Uno de mis vecinos estuvo nueve semanas

podriéndose sobre la moquette antes de que una de las hijas lo encontrara. Nueve semanas. *Retoma su trabajo.* Fue un ataque cardíaco. Eso dijeron. Pero podría haber sido otra cosa que igual nunca se habría sabido. Nadie pidió autopsia ni nada. Eso era antes.

FABIO. ¿ Nueve semanas?

CELIO, *asintiendo con la cabeza.* Recién ahí se empezó a sentir un poco el olor. Por eso previnieron a una de las hijas. *Con una expresión de horror en su rostro.* Parece que cuando entraron, el espectáculo era espantoso.

BASILIO, *a FABIO.* ¿ Y al final?

FABIO, *retomando la limpieza de su arma.* Nada. Me devolvió el arma y cuando vio que yo la guardaba, subió a ducharse. *Haciendo un gesto con su cabeza.* Fue hace tres días.

BASILIO, *a CELIO.* No me doy cuenta quién es.

CELIO, *sin dejar de acomodar las municiones.* Uno que generalmente viene los martes a última hora de la tarde. Algunas veces viene con uno de sus hijos. Lo trae después de la escuela. Un niño con uniforme que se sienta y lo mira mientras él se ejercita.

FABIO, *a BASILIO.* Uno que siempre se pone un jogging gris con rayas azules.

CELIO. Siempre utiliza la M5.

BASILIO, *afirmando con su cabeza.* Ya sé quien es. *A CELIO.* A veces viene también los domingos.

CELIO. A veces. Pero por lo general viene los martes.

BASILIO. La mujer también viene a entrenarse cada tanto.

FABIO. Siempre vienen separados.

CELIO, *mirando el fondo del cajón en el que está acomodando las municiones.* Hay que encargar más calibres .38'.

BASILIO. Ya está anotado en la planilla. *Toma una planilla que tiene a su lado y verifica algo.*

CELIO, *a BASILIO.* Por lo menos dos o tres cajas más. *Se dirige hacia una de las mesas a buscar otra caja de cartón.*

BASILIO, *señalando con uno de sus dedos la hoja que tiene en la planilla.* Cinco cajas de calibres .38'.

CELIO, *a FABIO.* La próxima vez, o lo agarrás o lo pasás a alguno de nosotros. *Hace un gesto hacia BASILIO y hacia él mismo.*

JEREMÍAS, *mirando una botella de whisky que acaba de sacar de adentro del armario de bebidas.* Otra vez la misma historia. *A BASILIO.* ¡ Basilio! *Haciéndole un gesto para que se acerque a la primera sala.*

BASILIO, *por lo bajo a CELIO*. El viejo se dio cuenta. *Con el arma en una de sus manos se dirige hacia la primera sala.*

CELIO, *a FABIO*. No se le escapa nada. *Sonríe como si sintiera un cierto placer.*

JEREMÍAS, *en voz baja y mostrándole la botella a BASILIO*. La próxima vez te mando a la dirección.

BASILIO, *de pie en el umbral entre la segunda y la primera sala*. ¿Por qué yo?

JEREMÍAS. Porque te conozco. *Se dirige hacia el armario y guarda la botella*. Ayer cerré la sala a medianoche y estaba casi llena.

BASILIO, *con un cierto cinismo*. Hay guardias que se quedan toda la noche.

JEREMÍAS. Ellos no tienen acceso a las salas de tiro. Los únicos que entramos somos nosotros o los clientes. No te hagas el idiota. *Señalando en dirección de FABIO y CELIO que siguen cada uno con sus respectivas tareas*. Ya tendrían que haber terminado hace rato. *De uno de los bolsillos de su chaqueta saca un reloj de cadena y mira la hora*. Deben estar por llegar. *De pronto, es invadido por una repentina crisis de tos.*

BASILIO, *a JEREMÍAS*. Ochenta años, mi viejo. Ya es hora de quedarte en casa.

FABIO, *a CELIO*. De nuevo otra crisis.

CELIO se acerca a la primera sala.

JEREMÍAS, *siempre tosiendo, se apoya contra uno de los respaldos de los sillones de la primera sala*. No es nada. *Con uno de sus pañuelos se cubre la boca*. No es nada.

BASILIO, *un tanto indiferente a la crisis de tos*. Es mejor que subas y respires un poco de aire puro.

CELIO, *entrando en la primera sala*. Habría que darle un vaso de agua. *Se dirige al mueble de bebidas en donde está el frigobar*. Un poco de agua fresca le va a hacer bien.

JEREMÍAS, *al ver a CELIO acercarse al mueble*. No. *Con el pañuelo que tiene en su mano hace un gesto a CELIO para que se detenga*. No toquen más ese mueble.

CELIO se detiene.

JEREMÍAS. Los dedos quedan marcados en el marfil. *Le hace un gesto para que se retire*. Los clientes después se quejan.

BASILIO, *a CELIO*. No hay que inquietarse, Celio. Es normal. Unos segundos y luego pasa.

FABIO, *desde el umbral de la primera sala*. Lo mejor es que suba.

JEREMÍAS, *en forma agresiva*. ¡ Déjenme en paz! *Mirándolos a los tres*. Todos iguales. Iguales. La mínima excusa para dejar de trabajar. *Haciéndoles a todos distintos gestos para que vuelvan a sus tareas*. Lo mejor es que sigan en lo que estaban. *A FABIO*. Y no apoyes los dedos en los cristales.

FABIO vuelve al sitio en que estaba y retoma lo que estaba haciendo.

JEREMÍAS. Siempre lo mismo con ustedes.

CELIO también vuelve a la segunda sala y empieza a lustrar una de las armas.

JEREMÍAS. Van a llegar en cualquier momento. *A BASILIO, mientras le señala el mueble de bebidas*. Y no quiero tener que volver a decírtelo.

BASILIO, *suspirando*. Apenas di un trago, papá.

JEREMÍAS, *bruscamente irritado por lo que acaba de oír, le susurra por lo bajo*. No me llames así acá adentro.

BASILIO, *bajando su cabeza en señal de disculpas*. No me di cuenta.

JEREMÍAS, *siempre por lo bajo y tomándolo por uno de los brazos*. Ya es la tercera vez en la semana. *Amenazante*. Si seguís haciéndolo, te mando sacar.

BASILIO, *sin mirarlo*. Es que a veces...

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo*. A veces nada. *Trayéndolo hacia sí*. No quiero volver a oírte llamándome así. ¿ Está claro?

BASILIO asiente con la cabeza.

JEREMÍAS. Ese fue el trato. *Soltándolo en forma violenta*. Y si no te sirve, afuera.

BASILIO. Por momentos...

JEREMÍAS, *volviendo a interrumpirlo*. No me importa. Ese no es mi problema. *Señalándolo con uno de sus dedos*. Las cosas fueron claras. Hay un trato. Un acuerdo.

BASILIO continúa asintiendo con la cabeza.

JEREMÍAS. La próxima vez te hago sacar.

BASILIO, *sin mirarlo*. Entiendo...

JEREMÍAS, *con una de sus manos le señala la mampara que separa la primera de la segunda sala. Los dedos... Todo el cristal marcado... Haciéndole un movimiento con su mano para hacerle entender que tiene que limpiarlo.* Hay que decírselos todo el tiempo.

BASILIO antes de entrar a la segunda sala, se detiene unos segundos y limpia la marca de los dedos de FABIO en el cristal.

JEREMÍAS. Siempre la misma historia. *Vuelve al mueble de bebidas y empieza a acomodar vasos sobre una bandeja de plata.*

CELIO, *a FABIO.* Hay que vaciar esa otra caja de municiones. *Le señala una de las cajas de cartón que hay sobre una de las mesas.*

FABIO. ¿ En qué cajón?

CELIO, *haciendo un gesto hacia uno de los armarios.* En el primero. *A FABIO por lo bajo, mientras este toma la caja de municiones.* Está rabioso.

FABIO, *también por lo bajo.* ¿ Qué cosa?

CELIO. El viejo.

FABIO, *dirigiéndose hacia el armario de municiones.* Es una rata.

CELIO, *sin dejar de limpiar el arma que tiene entre sus manos, acompaña a FABIO al armario de municiones.* Está nervioso porque hoy vienen los Richter y los Havers a entrenarse.

FABIO, *intrigado.* ¿ Quiénes?

CELIO. Los Richter y los Havers. *Haciendo un gesto hacia arriba.* Lo leí arriba en la planilla.

FABIO, *levantando los hombros, mientras abre el cajón y empieza con sumo cuidado a llenarlo de municiones.* No conozco.

CELIO, *siempre limpiando el arma.* Dos de los tiradores más prestigiosos que tiene el club. *Señalándole el cajón en el cual está acomodando las municiones.* Al revés. Se colocan siempre al revés.

FABIO, *empezando de nuevo.* ¿ Así?

CELIO, *asintiendo con la cabeza.* Con la punta hacia adentro.

FABIO, *sin mirarlo.* Nunca los vi.

CELIO. Acá adentro todo el mundo los conoce. Desde hace años que vienen a ejercitarse. Toda la familia pasó por el club. De hecho tienen acciones...

FABIO, *interrumpiéndolo.* ¿ En dónde?

CELIO. Acá mismo. En el club. *Siempre limpiando su arma.* En parte les pertenece. *Dándole un golpe en la espalda en señal de complicidad.* Les pertenecemos.

FABIO. Deben tener los bolsillos bien llenos.

CELIO, *riendo.* ¿ Los bolsillos? Más que eso. *Mirándolo.* Hombres de negocios.

BASILIO entra en la segunda sala y mientras los escucha hablar, se dirige a la máquina eléctrica de agua.

CELIO. Parece que son propietarios de fortunas inmensas. Grandísimas. Inestimables.

BASILIO, *serviéndose un poco de agua en uno de los vasos desechables.* Gente de alto nivel, Fabio. Con ellos hay que tener cuidado. Este club es de ellos. *Bebe el agua.* Y no solo el club.

CELIO, *a FABIO.* Están al frente de una de las multinacionales más importantes.

BASILIO, *mirando su vaso desechable.* Richter & Havers.

FABIO, *siempre en lo suyo.* Yo no entiendo nada de todo eso.

BASILIO. Negocios, Fabio. Negocios. *Termina de beber.*

CELIO. El petróleo, por ejemplo.

BASILIO, *mientras arroja el vaso desechable a la papelera que se encuentra al lado de la máquina eléctrica de agua.* Entre otras cosas.

FABIO, *en voz baja y haciendo un gesto hacia JEREMÍAS.* Puede oírnos.

CELIO, *limpiando el arma.* ¿ Y?

FABIO, *a CELIO.* No le gusta que hablemos ni hagamos comentarios sobre los clientes.

CELIO, *riendo.* De todas formas está sordo. No oye casi nada. Sesenta años metido en esta cueva le terminaron destrozando los tímpanos.

BASILIO, *mirando de lejos a JEREMÍAS.* Él los conoce bien.

FABIO. ¿ A quiénes?

CELIO. A todos ellos.

BASILIO, *empezando a limpiar otra arma.* Desde que era un adolescente les sirve las armas. *Sonriendo.* Por eso está un poco nervioso.

CELIO, *a BASILIO.* Y hoy parece que vienen todos juntos. El hijo de los Richter vino del extranjero por unos días.

BASILIO, *asombrado.* ¿ Evard?

CELIO. Sí.

BASILIO, *sin mirarlo.* ¿ Volvió?

CELIO. Para el casamiento de su hermana. *A FABIO*. La casan con el hijo de los Havers. Con Kurt.

FABIO. ¿A quién?

CELIO. A Elena. La hija de los Richter. La casan con el hijo de la otra familia.

BASILIO, *siempre sin mirarlos*. Es normal. *Limpiando su arma*. Siempre se casan entre ellos.

CELIO, *a FABIO*. Esas otras hay que ponerlas en el segundo cajón.

BASILIO. Yo mismo le enseñé a tirar cuando era chico.

FABIO, *abriendo el segundo cajón*. ¿A quién?

BASILIO. A Evard. *Señalando hacia la tercera sala*. Ahí mismo. Teníamos casi la misma edad. *Haciendo un gesto con su cabeza hacia JEREMÍAS*. Mi padre me traía a veces y mientras él le explicaba al señor Ulrich, yo le enseñaba al hijo. *Se dirige hacia la mampara de vidrio que separa la segunda de la tercera sala y mira hacia esta última*.

CELIO, *se acerca a BASILIO y le susurra al oído*. Lo de la hija... *Se interrumpe él mismo*.

BASILIO, *un tanto molesto y sin dejar de mirar hacia el fondo de la tercera sala que nosotros no podemos ver*. ¿Qué?

CELIO, *en voz baja para que nadie lo oiga*. Lo de Elena. ¿Es cierto?

BASILIO, *sin mirarlo*. ¿Qué cosa?

CELIO. Lo que se dice. *Mira alrededor suyo para asegurarse que nadie los oye*. Que entre ustedes... *Se interrumpe*.

BASILIO. Eso fue antes.

CELIO. Sin embargo dicen que la semana pasada...

BASILIO, *interrumpiéndolo*. ¡Nada! *Se da vuelta y le susurra violentamente al oído*. Si se enteran pueden hacerme problemas.

CELIO. Nadie nos oye.

BASILIO, *haciendo un gesto hacia FABIO que está concentrado en su tarea*. Es nuevo. Puede hablar.

CELIO. Ya sabe que acá nadie habla. *A FABIO*. Sería bueno que ayudaras a Jeremías con los últimos preparativos.

FABIO, *mostrando la caja que tiene entre sus manos*. Todavía quedan algunas balas que ubicar.

CELIO. No importa. *Le hace un gesto para que se retire a la primera sala*. Yo me encargo.

FABIO, *mirando a su alrededor*. ¿Qué otra cosa queda por hacer?

CELIO, *señalando la primera sala*. Las flores. Habría que encargarse de las flores.

FABIO, *dirigiéndose a la primera sala*. ¿Las flores?

CELIO. Jeremías te va a explicar.

FABIO, *a JEREMÍAS*. Dicen que tengo que ocuparme de las flores.

JEREMÍAS, *haciéndole un gesto, le muestra una caja que hay sobre la mesa*. Hay que sacarlas de la caja.

FABIO empieza a abrir la caja de cartón y una vez abierta, extrae una cantidad de flores que va a acomodar en un florero.

JEREMÍAS. Y hay que controlar el agua más seguido. Se tiene que cambiar todos los días.

BASILIO. Recién... *Se interrumpe y dando media vuelta, mira hacia la primera sala para asegurarse que FABIO no los pueda escuchar.*

CELIO, *a BASILIO*. ¿Qué?

BASILIO, *en voz baja*. Lo de las citas particulares. Te tendrías que haber callado. *Haciendo con su cabeza un gesto hacia FABIO*. Todavía es muy nuevo. Puede meternos en problemas.

CELIO. Ya sabe que acá adentro si uno habla, corre el riesgo que un arma se dispare por accidente.

BASILIO, *molesto*. Es mejor esperar un poco más. Nunca se sabe. Puede ser alguien que mandan de arriba para vigilarnos.

CELIO, *sonriendo*. Yo también puedo ser alguien que mandan de arriba.

BASILIO. También.

CELIO, *levantando los hombros*. Nunca se sabe.

BASILIO. Nunca. De todas formas si vinieras de arriba ya estarías tan podrido como todos nosotros. *Por lo bajo*. Con todos los que te limpiaste, serías el primero en pasar a la jaula.

CELIO. Con tu padre les alcanza para tenernos bien vigilados.

BASILIO, *mirando hacia JEREMÍAS que siempre está en la primera sala ajustando detalles*. Por eso mismo también hay que tener cuidado con el viejo. No está tan sordo como parece. Eso es lo que hace creer a todo el mundo. Después sube y les cuenta todo. *Mostrándole el arma que tiene entre sus manos*. Uno de estos días es contra él que se va a disparar por accidente.

CELIO. Es tu padre.

BASILIO, *a CELIO*. Según él, acá adentro no lo es. Eso lo habilita a poder denunciarme de un momento a otro. *Mirando hacia primera sala*. Viejo de mierda. Uno de estos días va a aprender que eso también me habilita a mí a disparar contra él. *Empuñando el arma*. Hay

días en que me dan ganas de meterle un par de tiros en pleno abdomen para poder verlo desangrarse como una rata. *Mirando a CELIO.* Y si no lo hago es por la pereza de tener que limpiar la sala después. Hay veces en que hasta llegué a tener el revólver a menos de dos centímetros de su espalda. De veras. *Volviendo a mirar hacia la primera sala.* Dicen que un hombre no es realmente libre hasta la muerte de su padre.

CELIO, *levantando los hombros en señal de desconcierto.* Es posible. Yo no tengo.

BASILIO, *riendo despectivamente.* Todo el mundo tiene un padre.

CELIO, *negando con la cabeza.* Pero yo no... *Se detiene bruscamente.* Quiero decir... No sé quién es...

BASILIO. En realidad nadie puede saberlo. Con certeza absoluta... Nadie...

CELIO. Pero yo ni siquiera conozco una posibilidad de padre. *Haciendo un gesto con una de sus manos.* Nada.

BASILIO. Mejor. Eso es mejor. Es mejor desconocer absolutamente de donde uno viene. Estoy seguro que eso nos debe ahorrar un montón de cosas. Rencores. *Mirando a JEREMÍAS que saca brillo al marfil.* A veces lo miro y siento una especie de asco en el estómago. Toda la vida en cuatro patas limpiando la mierda de los demás. Venir de ese estropajo. De esa basura. Y de noche es lo peor... *Se detiene.*

CELIO. ¿Qué cosa?

BASILIO. Verlo dormir con la boca abierta y roncando como un sapo. Algo espantoso. Lamentable. *Sin dejar un instante de mirar hacia JEREMÍAS.* Parece que las amígdalas se hinchan con los años y entorpecen toda la respiración. Un horror. Dan ganas de ahogarlo con una almohada y poder seguir durmiendo tranquilo. *Al ver a JEREMÍAS dirigirse hacia la segunda sala.* Ahí viene.

JEREMÍAS, *entrando a la segunda sala y mirando la caja de municiones sobre la mesa.* Falta guardar las municiones.

CELIO, *tomando la caja entre sus manos y dirigiéndose hacia el armario de municiones.* Yo me encargo.

JEREMÍAS, *a BASILIO.* Es la décima vez que te lo digo.

BASILIO. ¿Qué cosa?

JEREMÍAS, *dirigiéndose hacia BASILIO.* No empuñes el arma hacia arriba. *Tendiéndole la mano.* ¡Dámela! *BASILIO le tiende el arma y JEREMÍAS tomándola con una de sus manos, le demuestra la forma en cómo se debe ubicar en el momento de lustrarla.* Así. Siempre hacia abajo. El cañón hacia abajo. *Le devuelve el arma.* A veces me pregunto si no lo hacés a propósito.

BASILIO, *tomando el arma entre sus manos*. De todos modos no está cargada.

JEREMÍAS. No importa. Está marcado en el reglamento que hay que hacerlo así. *A ambos*.

Además con ustedes nunca se sabe.

CELIO, *acomodando las municiones en el armario*. Faltan municiones para las M5.

JEREMÍAS, *a CELIO*. Hay dos cajas enteras en el otro armario.

CELIO va al otro armario y luego de buscar, toma una caja entre sus manos.

JEREMÍAS. ¿Y las calibre .45’?

BASILIO. Yo las puse hoy de mañana. *Se dirige hacia uno de los armarios y luego de depositar el arma que acaba de lustrar, toma otra y empieza a prepararla.*

JEREMÍAS, *a CELIO*. Que haya bastantes. Son las preferidas de Evard.

CELIO, *empezando a acomodar la nueva caja de municiones*. Parece que volvió del extranjero.

JEREMÍAS. Solo por unos días. *Controlando la limpieza de una de las vitrinas*. El casamiento de la señorita Richter.

BASILIO, *en forma irónica, mientras se ocupa del arma que tiene entre sus manos*.
Negocios...

JEREMÍAS, *controlando minuciosamente la transparencia de las vitrinas*. Evard no vino por negocios. Vino por el casamiento de su hermana. De Elena. *Con uno de los guantes que tiene en sus manos, frota una pequeña huella*. Se casa la semana próxima con el hijo de los Havers. *Señalando hacia la primera sala*. Ese ramo de flores lo envían para el novio. Para Kurt.

BASILIO. Negocios. Todo negocios.

En la sala primera suena el teléfono.

CELIO, *mirando hacia la primera sala*. Debe ser de arriba.

JEREMÍAS, *dirigiéndose hacia la primer sala*. Yo atiendo.

BASILIO, *contando las armas*. Falta una M92.

CELIO. Yo la aparté. *Señalando una de las vitrinas*. Está en esa vitrina. Es el arma de Evard.

Pidieron ponerla ahí.

BASILIO. ¿Ya está lustrada?

CELIO. Creo que no.

BASILIO se dirige a la vitrina y tomando la M92 entre sus manos, la mira con gran atención.

JEREMÍAS, descuelga el teléfono. ¿ Si? Escucha, mientras le hace un gesto a FABIO para que abandone el ramo de flores y que se retire a la segunda sala.

BASILIO, siempre contemplando el arma que tiene entre sus manos. Negocios. Todo negocios.

FABIO, dirigiéndose hacia CELIO para ayudarlo con las municiones. ¿ Qué dice?

CELIO, riendo. Basilio está molesto por el rapto de su Elena.

FABIO, empezando a acomodar las balas junto a CELIO. ¿ Por qué?

CELIO, irónico. Basilio y Elena...

BASILIO, sin dejar de lustrar el arma, apunta a CELIO con una cierta discreción para que JEREMÍAS no lo vea. Te lo advertí Celio.

CELIO, sonriendo. Nada... Nada...

BASILIO, siempre con el arma dirigida hacia CELIO y sin dejar de lustrarla. Podría volarte la tapa de los sesos. Así. Hace un gesto con su arma. De repente. Yo estaba limpiándola y de pronto, el arma se activó sola.

CELIO, a FABIO dejando de sonreír. Antes... Lo de ellos fue antes... Un poco nervioso al verse siempre amenazado por BASILIO. Hace años... Eso fue antes... A BASILIO. Ya está, Basilio...

FABIO, inmóvil. El reglamento dice...

BASILIO, interrumpiéndolo. El reglamento no importa, Fabio. También puedo volarte la tapa de tus sesos. Un accidente. Dos balas que se dispararon solas.

CELIO. ¡ Basilio!

BASILIO, sin mirarlos y siempre concentrado en su arma que lustra mientras los apunta a ambos. Una palabra más de todo esto y la próxima vez no los perdono.

FABIO, desconcertado. Pero, ¿ qué pasa?

CELIO, mirando a JEREMÍAS que siempre está al teléfono. Nada. No pasa nada.

BASILIO, siempre apuntándolos. Pasa que si se enteran de algo de lo de Elena, son capaces de liquidarme.

CELIO, a BASILIO. Nadie tiene por qué enterarse de nada. A FABIO. Nadie tiene que saber nada.

BASILIO, a CELIO. Eso mismo. A FABIO. Nadie tiene que enterarse de nada de lo que acabás de oír. Baja el arma y deja de apuntarlos.

FABIO, *un tanto asustado*. Está prohibido que nos apuntemos entre nosotros...

BASILIO, *interrumpiéndolo*. Acá nada está prohibido, Fabio.

FABIO, *señalando hacia la primera sala*. Hay un reglamento que estipula derechos y obligaciones. *Se detiene en medio de la sala*. Leyes.

BASILIO, *sonriendo*. La única ley que cuenta entre estas cuatro paredes, es la del que apunta primero.

FABIO, *llevándose una de sus manos a la cabeza*. Así es imposible trabajar.

BASILIO, *guardando el arma M92 en la vitrina*. Todos pensamos eso al principio.

FABIO, *a BASILIO*. ¿Y después?

CELIO, *volviendo a acomodar las balas*. Después nos vamos acostumbrando.

FABIO, *a CELIO*. ¿A qué?... Acostumbrándonos, ¿a qué?...

CELIO, *sin mirarlo*. A ser apuntados.

BASILIO. O a ser rápidos. *Empezando a lustrar otra arma*. Más rápidos que los demás.

JEREMÍAS corta el teléfono y se dirige a la segunda sala.

FABIO, *viendo a JEREMÍAS dirigirse hacia ellos*. ¡Cuidado!

JEREMÍAS. Eran ellos. *Se detiene*. Para avisar de un leve retraso. *Los mira a los tres*. ¿De qué hablaban?

CELIO, *siempre acomodando las balas*. De nada. *A FABIO*. Falta una caja de calibres .22'.

FABIO, *dirigiéndose a otro armario*. No sé si quedan.

JEREMÍAS, *a FABIO*. Tienen que quedar tres o cuatro.

FABIO toma del armario una caja de municiones .22' y se la alcanza a CELIO.

CELIO, *a JEREMÍAS*. ¿Las ponemos acá o en el otro armario?

BASILIO, *a CELIO*. El otro ya está lleno.

JEREMÍAS, *a CELIO y FABIO*. Entonces llenen el tercer y el cuarto cajón. *A BASILIO que está de pie lustrando un arma*. ¿Dónde pusieron la M92 de Evard?

BASILIO, *señalando la vitrina*. Ahí está.

JEREMÍAS, *a BASILIO*. Falta terminar con el ramo de flores.

BASILIO, *mostrándole el arma que tiene en su mano*. Todavía quedan algunas armas por lustrar.

JEREMÍAS. Celio se va a encargar.

BASILIO. Yo prefiero...

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo*. Pero yo prefiero que te encargues del ramo.

BASILIO. Puedo encargarme de los vasos.

JEREMÍAS, *tajante*. No, ya te dije que quiero que te ocupes del ramo.

BASILIO, *un tanto suplicante*. ¡ Por favor, papá!

JEREMÍAS, *se le acerca y le da una bofetada*. No me vuelvas a llamar así.

BASILIO deja el arma que estaba lustrando en la vitrina y se dirige a la primera sala.

JEREMÍAS. Y que quede lo mejor posible. Es el ramo de pedido de mano. *A CELIO*. Cuando terminen con las municiones, ocúpense de lustrar el resto de las armas. *Se dirige hacia la primera sala y comienza a sacar brillo a los vasos, mientras que BASILIO de pie frente al ramo, empieza a colocar flores en el florero.*

FABIO, *en voz baja a CELIO*. ¿ Siempre es así?

CELIO. ¿ Quién?

FABIO. El viejo.

CELIO, *dejando las municiones a FABIO y dirigiéndose hacia la vitrina*. No le gusta que lo llame papá.

FABIO. Y, ¿ por qué?

CELIO. El reglamento. *Empieza a lustrar un arma que acaba de sacar de la vitrina*. Parece que está prohibido.

FABIO, *sin dejar de acomodar las municiones*. Un poco severo... Con el hijo...

CELIO, *mirando hacia el sitio en el que está JEREMÍAS*. Realmente es un cretino. Se lo hace a propósito. Él sabe mejor que nadie lo que significa para Basilio tener que acomodar ese ramo de flores. *Mirando a BASILIO que del otro lado de la mampara acomoda el ramo de flores*. Sabe que está perdidamente enamorado de ella. A veces se ven a escondidas. Se conocen desde que eran niños. *Sin dejar de lustrar el arma*. El señor Richter cuando venía a practicar la traía acá.

FABIO, *interesado*. ¿ A quién?

CELIO. A Elena. Y Jeremías también lo traía a él. A Basilio. No tenía con quién dejarlo. *Haciendo un gesto hacia BASILIO*. Su madre murió cuando él era chico. El mismo Basilio le enseñó a Elena a tirar. Y también al hermano. A Evard. El que hoy vuelve. *Mirando a FABIO*. Una relación imposible. *En voz baja*. No está bien visto que ellos frecuenten los criados. Los siervos, como nos llaman a veces. Y en definitiva es cierto. *Sonriendo*.

Nosotros sólo estamos para servir las armas. Para prepararlas. Lustrarlas. Cargarlas. Alcanzarlas. Nada más. Eso es todo. *Mirando hacia la primera sala.* Hacerle eso a un hijo... Me lo podía haber pedido a mí. Finalmente Basilio tiene razón.

FABIO, *mirando discretamente en dirección a BASILIO.* ¿Qué cosa?

CELIO, *siempre lustrando su arma.* Hay veces que es mejor no conocer el rostro de sus propios padres. Como yo. No sé quiénes son. *Fijando su vista en la limpieza de su arma.* Ni la más mínima idea. *Levantando los hombros.* No sé de dónde vengo. No sé nada. Nada de nada. Nunca supe nada de mis progenitores.

FABIO, *a CELIO.* ¿De quién?

CELIO, *mirando a FABIO.* De mis progenitores.

FABIO. Y eso, ¿qué quiere decir?

CELIO, *volviendo a fijar su vista en su arma.* Nada... Padres...

FABIO, *a CELIO.* Yo tampoco sé mucho. Solo sé que mi padre fue un desconocido que violó a mi madre cuando ella tenía trece años. De golpe. La agarró contra un muro y la violó en plena tarde. Ella salía de la fábrica. Le destrozó todo el útero. Eso fue lo que me dijeron. *Bajando la mirada.* Por eso en el parto murió. La pobre no pudo resistir. Es normal. *Retoma las municiones.* Además a los trece años no debe ser fácil parir. Fue una tía lejana la que se ocupó de mí. Mi abuela de la vergüenza se colgó con el cinturón de su vestido. Tampoco la conocí. Mi tía un día me contó todo.

Suena el teléfono y JEREMÍAS responde.

CELIO, *mirando hacia la primer sala.* Seguramente sea de arriba. Deben ser ellos. *Mirando que todo esté en orden en la segunda sala.* ¿Todo en orden?

FABIO, *terminando de acomodar las municiones.* Las municiones ya están prontas.

JEREMÍAS, *siempre al teléfono.* Perfecto.

CELIO, *acercándose al umbral de la primera sala, siempre con el arma en su mano.* Ya está todo listo.

JEREMÍAS, *colgando el teléfono.* Son ellos.

FABIO cierra todos los cajones del armario de municiones.

CELIO, *a JEREMÍAS.* ¿Llegaron?

JEREMÍAS, *a CELIO.* Están arriba.

BASILIO sin mirarlos continúa acomodando el ramo de flores.

JEREMÍAS. Bajan.

ESCENA II

ULRICH, NOLD y KURT se encuentran confortablemente sentados en tres de los sillones de la primera sala. Están elegantemente vestidos de sport y cada uno tiene en su mano un vaso de whisky. JEREMÍAS se encuentra en la segunda sala controlando unos cargadores sobre una de las dos mesas de presentación de armas.

ULRICH, *mirando su vaso de whisky*. Y es ahí mismo que me entero, para mi gran asombro, que el consejo directivo decide de golpe y sin consultarme, bajar en un veinte por ciento el precio del barril. *Mirando a NOLD*. Llamo a una de mis secretarias. Me informo. ¿Y de qué me entero? De nuevo el imbécil de Garret que propone un voto sin consultarme antes. Lo llamo. Me atiende su secretaria. Pido con él. Le doy una cita en mi escritorio. Sube. Lo hago pasar a la sala de recepción. Le doy el lujo de elegir lugar. *Con una de sus manos señala hacia uno de los sillones*. Se instala. Me siento enfrente suyo. Lo miro fijo a los ojos y le pregunto, ¿qué es eso Garret de andar pidiendo votos al consejo directivo sin consultarme primero? *A KURT*. ¿Y qué me responde? *Agitando su vaso para disolver el hielo*. Que el costo calculado por la directiva no era el bueno. Garret, le digo, no estamos hablando de si el costo es bueno o no. Lo que me inquieta es que propongas votos al consejo directivo sin consultarme antes. Para eso está el consejo, me responde.

NOLD, *bebiendo*. Increíble.

ULRICH. Bien, le respondo. Veo que hay cosas que no están claras. ¿Cuáles?, me pregunta. *Asombrándose*. Realmente algo nunca visto. ¿Se dan cuenta? ¿Cuáles? La sangre me empieza a subir a la cabeza. Determinadas cosas en lo que respecta al funcionamiento de nuestra organización interna, Garret. El estatuto fue respetado al pie de la letra, me dice. *Agitando su vaso*. Simplemente consulté al consejo directivo como está estipulado en el reglamento. Eso es todo, Ulrich.

KURT hace un gesto de desaprobación con su rostro.

ULRICH. Entonces me puse de pie y mirando hacia afuera para tratar de calmarme y de no perder el control de la situación le digo, Garret, oírme bien, quiero que entiendas que en

nuestra empresa hay una tradición que es más fuerte que el estatuto mismo y que dice que antes de cualquier tipo de discusión a nivel directivo, primero se me consulta personalmente. Y entonces ¿qué me saca? *Se detiene y los mira.*

NOLD. Lo de siempre. *Señalando con una de sus manos a ULRICH.* ¿Dónde está escrito?

ULRICH, *asintiendo con su cabeza.* Eso mismo. ¿Dónde está escrito?, me dice. Es así desde siempre, le contesto. *Haciendo un movimiento con una de sus manos.* Siempre fue así. Y entonces, ¿qué sentido tiene el consejo?, me pregunta. ¿Cómo?, le digo sin salir de mi asombro. Sí, ¿para qué sirve?, me insiste. Bien Garret, le respondo, creo que son cosas en las cuales no voy a perder el tiempo con explicaciones. Entonces es mejor que me retire, me dice. Se levanta, se abrocha los botones de su saco y se retira luego de tenderme la mano.

KURT, *agitando su vaso.* Seguramente Garret tenga intenciones.

NOLD, *sin dejar de mirar a ULRICH.* ¿Cuáles?

KURT, *bebiendo.* Posicionarse a la cabeza del consorcio.

NOLD, *a KURT.* No creo. Sus acciones son sin plazo fijo. *A ULRICH.* No veo cuál es el beneficio monetario que puede tener Garret.

KURT. Ninguno.

NOLD, *a KURT.* Entonces, ¿por qué va a querer ganarse el consorcio?

KURT, *sonriendo.* Cuestiones personales.

NOLD. No creo.

KURT. Intereses propios. *A ULRICH.* Garret es un hombre ambicioso.

ULRICH asiente con la cabeza.

NOLD, *haciendo un gesto con la mano que tiene el vaso.* Como cualquiera de nosotros.

KURT, *negando con la cabeza.* No. Peor. Garret solo piensa en su imagen. Más que en la refinería, su único interés se concentra en el éxito personal que la refinería puede aportarle.

ULRICH, *a KURT.* Es posible, pero más allá de los intereses personales que pueda tener, es claro que Garret tiene sobre todo grandes intereses comerciales.

KURT. ¿Cuáles?

ULRICH, *señalándolo con una de sus manos.* No hay que olvidarse que Berry también tiene intereses en las refinerías.

KURT, *asombrado.* ¿Y qué tiene que ver Berry en todo esto?

ULRICH. Garret entró al consorcio por encargo de Berry's Asociados.

NOLD. ¿ Bajo tutela de quién?

ULRICH, *a NOLD*. Del mismo Berry.

KURT. Entonces es claro que está especulando con nosotros en beneficio de Berry.

NOLD, *a ULRICH*. Habría que sacarlo cuanto antes del consejo directivo.

ULRICH, *dando un golpe contra el apoyabrazos de su sillón*. No es tan fácil. Fue nombrado por dos años.

KURT. Con que lo vigilemos de cerca alcanza.

ULRICH, *irritado*. No, Kurt. Garret puede terminar por hundirnos a todos.

NOLD, *a ULRICH*. ¿ De qué manera?

ULRICH, *a NOLD*. Tiene un treinta y cinco por ciento de sus acciones puestas en cinco de las refinerías. El otro sesenta y cinco en las plataformas. Eso le da derecho a un margen de acción enorme en lo que se refiere al bruto. *A KURT*. Puede bajarlo de precio como quiera con solo el voto de tres de los integrantes del consejo. Eso aventajaría a Berry como comprador de bruto, al mismo tiempo que nos perjudicaría considerablemente a nosotros en lo que respecta al procesamiento de las refinerías. Dos años le alcanzarían para vaciarnos del bruto y llenar los barriles de Berry. *A NOLD*. De ahí su interés en bajar el precio del barril en un veinte por ciento.

KURT, *intrigado*. ¿ Y entonces?

ULRICH. Es claro que actualmente Garret es un peligro inminente para todos nosotros. *Haciendo un gesto en dirección de KURT*. La basura dentro del ojo.

KURT, *mirando su vaso*. Va a ser necesario establecer una táctica conjunta en lo que respecta a nuestras decisiones de aquí en más...

NOLD, *interrumpiéndolo con un gesto*. Cuando una basura molesta se la saca, Kurt. *Señalándose a él mismo*. Esa es mi táctica. ¿ Garret nos molesta? Muy simple. Se lo saca y listo.

ULRICH, *negando con su cabeza*. Pero no podemos. Ya es tarde. Garret sabe que cuenta con esa ventaja.

KURT, *a ULRICH*. No tendríamos que haber aceptado nunca sus capitales.

ULRICH, *sin mirarlos*. Nunca hubiera imaginado que un hombre como Garret se prestara para este tipo de operaciones. Yo mismo lo hice entrar al consorcio cuando Berry me lo propuso. Pensé que podía ser un buen partido. *Mirando a KURT*. Y no solo por el aporte de sus capitales. Desde un principio me pareció un hombre talentoso para los negocios. Un hombre brillante. Inteligente. Rápido. Ambicioso. El perfil ideal a quien confiarle un puesto de dirección en el seno mismo de nuestro consorcio. Yo mismo lo formé durante

estos últimos diez años. *Señalando a NOLD.* Tu padre está de testigo, Kurt. Yo mismo le enseñé hasta el más mínimo detalle. Garret es un producto mío. Jamás hubiera pensado que un día se iba a volver contra mí. Jamás. Nunca hubiera imaginado que cada día se adentraba más en las entrañas de nuestros negocios para hacerlos desmoronarse desde adentro. *Haciendo un movimiento de desaprobación con su cabeza.* Garret es como un cáncer listo a deshacernos de un momento a otro. Eso es lo que es. *A NOLD.* Tendría que haber sido mucho más cauteloso. *Llevándose una de sus manos a su frente.* ¿Cómo no supe darme cuenta que cuando uno amaestra una fiera, tiene que desconfiar hasta el último segundo? Todo domador en un momento u otro siempre recibe un arañazo. *Dándose un golpe en su frente.* Un imbécil. Eso es lo que fui. Un verdadero imbécil. *A NOLD.* Garret es algo peor que una basura dentro del ojo de uno. Garret es un anzuelo clavado en medio de la pupila. ¿Y un anzuelo enterrado por quién? Por mí mismo. Eso es lo peor.

NOLD, *poniéndose de pie.* De todos modos, en lo que se refiere al precio del barril todavía estamos a tiempo de congelar la baja.

ULRICH. No creo.

KURT, *a NOLD.* Además es imposible hacerlo sin pasar por la aprobación del directorio.

NOLD. Se lo puede reunir de urgencia mañana mismo.

ULRICH. Eso puede ser peor. Garret tiene comprada la mayoría del consorcio.

NOLD. Solo un tercio.

ULRICH niega con la cabeza.

KURT, *a ULRICH.* Mi padre tiene razón. Garret controla solo un tercio. Los otros dos todavía pueden responder a nosotros.

ULRICH. Eso es lo que yo también pensaba hasta ayer. *Sacando de uno de sus bolsillos un papel que despliega y que tiende a NOLD para que lo lea.* Garret acaba de comprar el cincuenta por ciento de las acciones del sector minero. Los tiene a todos en su bolsillo.

NOLD, *leyendo el papel que ULRICH le acaba de pasar.* Nos lo podía haber anunciado personalmente.

ULRICH. Prefirió hacerlo por escrito. Una forma de manifestar su interés por tomar distancia con nosotros.

NOLD. El cincuenta por ciento de las minas. *Sonríe.* En este momento el sector minero solo está dando pérdidas. *NOLD le pasa el papel a KURT.*

ULRICH, *a NOLD.* Garret es capaz de enderezarlo en menos de un día.

KURT, *leyendo a su turno el papel que tiene entre sus manos*. Si Garret invierte en las minas es solo con el interés de controlar por completo el directorio. Su único objetivo es obtener la mayoría. Primero empezó él solo. Luego logró adquirir un tercio. Y ahora mueve más de la mitad. *Le devuelve el papel a ULRICH que lo pliega y lo guarda nuevamente*. Ya es tarde para frenarlo.

ULRICH. Las pérdidas pueden ser enormes.

KURT, *a ULRICH*. ¿Alrededor de cuánto?

ULRICH. No podemos saberlo con exactitud. Están preparando un informe para mañana a primera hora. Pero según mis cálculos seguramente van a ser alrededor de un treinta por ciento de la reserva.

KURT. ¿Y a cuánto cerró ayer el precio del bruto?

ULRICH, *a KURT*. A quince coma tres.

KURT. Doce coma tres para nosotros.

NOLD, *a KURT*. Habría que subir entonces urgente las acciones del líquido por lo menos a un nueve por ciento para compensar con un siete por ciento más.

KURT. Doce y siete, diecinueve. Diecinueve coma tres. Más dos de comisión, veintidós coma tres.

NOLD, *a ULRICH*. En ese caso las pérdidas no van a exceder el siete coma siete por ciento.

KURT. No sería tanto.

NOLD, *a KURT*. Igual siempre estamos perdiendo.

ULRICH, *a KURT*. Hagamos lo que hagamos estamos acorralados. El problema no es cómo compensar las pérdidas. El problema es Garret. Qué hacer con él.

KURT. Hay que buscar la forma para sacarlo del directorio.

NOLD. Las posibilidades no son muchas.

KURT, *intrigado*. Es decir...

ULRICH, *mirando a KURT*. Solo nos queda... *Se detiene*.

KURT, *mirando a ULRICH y haciéndole una señal de silencio con una de sus manos*. Pueden oírnos.

NOLD, *mirando hacia la segunda sala*. No hay ningún peligro.

ULRICH, *a KURT*. Además está sordo. No oye nada. *Haciendo un gesto hacia uno de sus oídos*. Los tímpanos desechos. Los disparos. Toda una vida acá adentro.

KURT. Nunca se sabe.

ULRICH, *poniéndose de pie*. De todos modos es gente de confianza.

KURT. Es mejor ser prudentes.

ULRICH, *a KURT*. Es lo único que nos queda.

KURT. ¿Qué cosa?

ULRICH, *en voz baja*. Eliminarlo.

KURT, *un poco molesto*. No va a ser tan fácil. Garret sabe que está en peligro.

NOLD, *levantando los hombros*. ¿Y?

KURT. Si él lo sabe, también puede que alguien más lo sepa. En ese caso seríamos los primeros sobre quienes caerían las sospechas.

ULRICH, *sonriendo*. Todo depende de cómo esté hecho el trabajo, Kurt.

KURT. Justamente... ¿Quién?

ULRICH, *haciéndole un gesto*. De eso yo me encargo. En caso de que nos pongamos de acuerdo, yo me ocupo del resto.

KURT, *a ULRICH*. ¿Alguno de los servidores?

ULRICH, *al ver que JEREMÍAS se dirige hacia la primera sala, le hace un gesto de silencio a KURT*. Eso es tarea mía.

NOLD, *a ambos*. ¡Cuidado!

JEREMÍAS, *entrando en la primera sala*. Las armas ya están listas.

ULRICH, *a JEREMÍAS*. Un último whisky, viejito. *Haciendo un movimiento con los dedos de sus manos*. Los dedos todavía no están lo suficientemente ágiles.

JEREMÍAS toma la botella y comienza a servirle.

ULRICH. Apenas para entrar en calentamiento. *En voz baja, como si simulara no hacerse oír por NOLD y KURT*. ¿Y Basilio?

JEREMÍAS. Hoy sirvo yo.

ULRICH. Necesito hablarle con cierta urgencia.

JEREMÍAS, *también en voz baja*. ¿Algún problema?

ULRICH, *haciendo un gesto negativo con su cabeza*. Nada importante.

JEREMÍAS, *con una cierta complicidad*. Una encomienda...

ULRICH. Un poco delicada.

JEREMÍAS, *a ULRICH*. Enseguida lo mando.

ULRICH. Ni bien pueda.

JEREMÍAS, *dejando la botella*. Ya mismo. *Se dirige al teléfono, lo descuelga, marca un número y murmura algo que no alcanzamos a oír.*

ULRICH, *a NOLD y KURT, mientras JEREMÍAS está al teléfono*. Si le pidiera las tripas frescas de su propia madre, las iría a buscar de inmediato. Eso es un buen servidor. Rapidez y eficacia. *Bebiendo*. Dicen que el secreto está en que no coman durante el servicio. Un perro bien alimentado prefiere dormir en lugar de ladrar.

JEREMÍAS, *cortando el teléfono y dirigiéndose a ULRICH*. Baja en unos minutos.

ULRICH. Gracias, viejito.

JEREMÍAS. ¿Algo más?

ULRICH, *haciendo un gesto negativo con la cabeza*. Un último trago y vamos.

JEREMÍAS, *a todos*. ¿Ya conocen las armas con las que se van a entrenar?

ULRICH, *levantando los hombros*. Imagino que las de siempre. De todos modos hay tiempo.

JEREMÍAS sale y se dirige a uno de los armarios de la segunda sala.

NOLD, *a ULRICH*. ¿Quién se encarga?

ULRICH, *a NOLD*. Yo mismo me voy a ocupar de hablarle.

KURT. Nosotros es mejor que nos apartemos. *A NOLD*. Podemos intimidarlo.

ULRICH, *riendo*. ¿Intimidarlo? Basilio es mucho más monstruoso de lo que parece. Una bestia que solo piensa en golpear. En algunas cosas me hace pensar en Garret. Es malo. Vengativo. Rencoroso.

NOLD, *a ULRICH*. Volviendo a Garret. Hay que pensar el tema de sus herederos.

ULRICH. Garret no tiene ningún tipo de heredero que nos pueda perjudicar. Ni mujer. Ni hijos. Ni padres. Es posible que sus capitales sean confiscados. En ese caso habría que prever un cierto descubierto durante los primeros tiempos.

NOLD. Podemos cubrirlo con los intereses de los próximos seis meses.

ULRICH, *haciendo un gesto afirmativo*. Por ejemplo.

NOLD. De todas formas, nada se va a igualar al alivio de poder sacarlo del directorio de una vez por todas y para siempre.

ULRICH. Y después de Garret, va a haber que ocuparse del directorio mismo.

NOLD. Disolverlo no podemos. Por ley hay que esperar dos años.

ULRICH. Al menos limpiarlo de algunas personas.

KURT, *a NOLD*. Sacar los que queden de Berry.

NOLD. Si sacamos a Garret, volvemos a ser mayoría. Ellos mismos se van a querer ir.

KURT. Y en ese caso, ¿quién es que va a remplazar a Garret?

ULRICH, *dirigiéndose hacia KURT*. Kurt. Con tu padre estuvimos discutiendo varias veces sobre el porvenir de la empresa y estuvimos pensando que lo mejor sería ponerte al frente.

KURT, *asombrado*. ¿ De las plataformas?

ULRICH. De todo, Kurt. Las plataformas, las refinerías, las distribuidoras... Al frente de todo.

KURT, *se pone de pie y se lleva una de sus manos a su frente*. Pero yo... *Se detiene*.

NOLD, *acercándose a KURT y poniendo una de sus manos sobre uno de sus hombros*. Sí, hijo. Ya es tiempo de que pases a ocuparte del control general de los negocios.

ULRICH. La eliminación de Garret además de liberarnos de él, nos va a permitir plantear la reestructuración de toda la administración. Este es el momento justo para que pases a ocupar nuestro sitio, Kurt. *Sentándose sobre uno de los apoyabrazos de los sillones*. De aquí a un par de días, nuestras dos familias se unen en una sola. Nuestras dos firmas también. No hay otra persona más apropiada para estar al frente.

KURT, *mirando a ambos*. ¿ Y ustedes?

ULRICH. Nosotros vamos a acompañarte los primeros tiempos.

KURT. ¿ Y después?

NOLD, *levantando los hombros*. Después veremos.

ULRICH. De todos modos, vamos a seguir en la presidencia del directorio como es costumbre.

KURT, *sin mirarlos*. ¿ Y Evard?

ULRICH. Evard prefiere estar lejos de todos los negocios y también de todos nosotros.

KURT, *a ULRICH*. ¿ Y su parte?

ULRICH. Es heredero del porcentaje que le corresponde. Cincuenta por ciento. Nada más. El otro cincuenta le corresponde a Elena.

KURT. ¿ Y ningún interés en participar activamente?

ULRICH, *sin mirarlos*. A Evard los negocios no le interesan. Ni las refinerías. Ni las plataformas. Ni la distribución. Ni nada que lo pueda alejar de su vida en el extranjero. *Haciendo un gesto de impotencia*. Desgraciadamente lo suyo no es nada de todo esto. Con el tiempo tuve que terminar por aceptarlo, Kurt. Al principio fue duro de entender. Horas y horas de discusiones interminables que solo condujeron a alejarnos cada vez más el uno del otro, hasta terminar por cavar la fosa que hoy en día nos separa. Evard es un muchacho particular. *Mirándolos*. Ustedes lo conocen bien. Siempre lo fue. Desde niño. Pero sobre todo se fue encerrando cada vez más en su propio mundo, desde la muerte de su madre. Es comprensible. Apenas tenía diez años. *Vuelve a dejar de mirarlos*. Desde esa época se transformó para mí en un ser hermético. Un desconocido a quien solo saludaba con un

gesto vago en el desayuno. No les exagero. Poco a poco dejamos de hablarnos. De dirigirnos la palabra. Hasta que un día nos dimos cuenta que ya ni siquiera nos saludábamos en nuestros encuentros ocasionales. Ni siquiera el gesto vago. Nada. Luego, los años fueron pasando y cada vez fue peor. Si nos decíamos algo, era por intermedio de su hermana. *Señalando a KURT*. La pobre Elena sufrió horrores por tener que intermediar todo el tiempo entre nosotros dos. Imagino que te lo habrá contado.

KURT asiente con su cabeza.

ULRICH. Después me casé de nuevo y eso terminó por separarnos del todo. A diferencia de Elena, Evard nunca lo quiso aceptar. Ni el matrimonio, ni a ella. *Mirando a NOLD*. Parece que pasa a menudo. Fue justo unos meses después que decidió irse. Lejos. Una de las mejores universidades del mundo. Wittenberg. No es lo que yo hubiera querido, pero no tuve más remedio que resignarme. Y con un gran dolor. *Mirando a KURT*. Nold me entiende más que nadie. Ningún padre desea otra cosa en el mundo más que proyectarse en su propio hijo.

NOLD, *asintiendo con su cabeza*. Y sobre todo en su hijo varón.

ULRICH. Una forma de continuar. De extendernos en nuestra propia descendencia. De perpetuarnos. En eso fue en lo primero que pensé el día que Evard nació. Un varón, dijo alguien. Recuerdo que enseguida sentí un alivio inmenso. Saber que en adelante tenía a alguien a imagen y semejanza mía, a quien legarle una parte de mí. Una manera rentable de prolongarme en el tiempo. De hacer de él, un otro yo que me sobreviviera. *Haciendo un movimiento negativo con su cabeza*. Pero con los años todo eso fue quedando atrás. Todo se fue diluyendo en una mezcla de odios y reproches que lo llevaron a ser lo opuesto de mí. Mi propio contrario. *Mirando a NOLD*. Hoy en día cuando pienso en el sentido de mi paternidad, solo puedo pensar que no consistió en otra cosa más que en la transmisión de un montón de cromosomas y capitales. Anoche apenas nos vimos unos veinte minutos luego de cuatro años. No sabíamos qué decirnos. Él no supo decirme más que estaba cansado a raíz del viaje. Y yo no supe decirle más que su saco estaba mal abotonado. Eso fue todo.

NOLD. Con Kurt pensamos que vendría a entrenarse un poco.

ULRICH. Tendrían que haber visto con el desprecio que me miró antes de retirarse a su cuarto cuando le propuse venir.

NOLD. Una lástima.

ULRICH, *mirando hacia la segunda sala*. Desde el accidente de su madre nunca más quiso volver acá, ni mucho menos tocar un arma.

KURT, *mirando hacia abajo*. Es comprensible. Debe ser espantoso ver morir delante de uno mismo a su propia madre. Y encima de esa forma.

NOLD, *tratando de cambiar de tema*. En una época era uno de los mejores tiradores.

ULRICH, *haciendo un gesto con su cabeza hacia JEREMÍAS*. Formado por el propio Jeremías.

KURT. Nunca lo vi perder ningún torneo.

ULRICH, *siempre mirando hacia la segunda sala*. A veces me parece verlo ahí. Cuando era un niño. Ahí mismo. *Llevándose una de sus manos a la frente*. Es extraño el pasado. De repente, vuelve de golpe. Bruscamente. Realmente me parece verlo ahí. Parado frente a la vitrina y mirando atentamente las armas antes de elegir una. *Haciendo un gesto con una de sus manos*. Con apenas siete años ya las pesaba en sus manos como si fuera un gran conocedor. Este no es un buen calibre, decía a veces. Las .45' son más seguras, afirmaba en forma severa. Había que verlo extendiendo sus brazos con una precisión asombrosa.

NOLD. Una puntería inigualable. Era raro verlo errar el blanco. Algo nunca visto.

ULRICH. Basilio también contó mucho en su formación. Cuando eran niños pasaban horas juntos. *Sonriendo*. Es hora de irnos, Evard. Un poco más papá, me pedía. *Haciendo un gesto de descontento con su cabeza*. Tenía unas condiciones que siempre nos asombraron a todos. Un verdadero tirador de elite precoz. *Levantando los hombros en señal de desconcierto*. Hoy en día no sé dónde quedó toda esa puntería. Toda esa capacidad que tenía para alcanzar el objetivo exacto. Dar en el lugar preciso. Evard hubiera sido un gran empresario. Un hombre de negocios estupendo. *Dirigiéndose hacia el umbral de la segunda sala*. Por ahí debe estar todavía su arma preferida. Era una M92. Calibre .45'. *Entrando en la segunda sala*. ¿Verdad, viejito?

JEREMÍAS, *sorprendido por ULRICH*. El señor dice...

ULRICH, *alzando un poco más la voz*. El arma de Evard. La M92.

JEREMÍAS, *sonriendo y dirigiéndose a una de las vitrinas*. En el mismo lugar de siempre.

ULRICH, *a NOLD y KURT que lo miran desde el umbral de la segunda sala*. Jeremías hace años que la tiene guardada aparte. Bien escondida. Algún día va a volver a tirar, siempre dijo. *A JEREMÍAS*. Te equivocaste viejo. No todos los hijos son pródigos.

JEREMÍAS, *mientras abre el armario*. Un poco antes o un poco después, pero siempre vuelven.

ULRICH, *a NOLD que también entra en la segunda sala*. La tiene bajo llave. Una reliquia de familia. *Se dirige hacia la vitrina de la cual JEREMÍAS extrae un arma M92, calibre .45'.*
El viejo es fiel.

JEREMÍAS le pasa el arma a ULRICH, que absolutamente extasiado la toma entre sus manos con gran cuidado.

ULRICH. Esta misma. La M92. Calibre .45'. Una joya. *Empuñándola*. Peso ideal. Forma apropiada. Bien equilibrada. Agradable al tacto. *A NOLD*. Un diseño impecable. Como si la propia mano de uno hubiera sido creada para ajustarse a algo tan perfecto.

KURT, *entrando a la segunda sala y dirigiéndose a una de las mesas de presentación de armas*. Hoy podemos probar las Racer.

ULRICH. ¿Por qué no?

NOLD, *a KURT*. Buena idea.

ULRICH, *refiriéndose a la M92 que siempre tiene entre sus manos*. Una maravilla.

KURT, *tomando una Racer*. Las americanas siempre son un buen producto.

NOLD. No siempre. No siempre. *Tomando otra Racer*. Solo hace unos dos meses que está en el mercado.

ULRICH, *devolviéndole la M92 a JEREMÍAS que con un extremo cuidado la vuelve a guardar en el armario*. El defecto de las Racer, es que son un poco pesadas.

KURT, *mientras mide el peso*. Una cuestión de costumbre.

ULRICH, *estudiando una Racer que acaba de tomar de la mesa y que empuña en una de sus manos*. Dicen que tienen un trayecto asombroso.

NOLD. Eso es lo que comentan.

JEREMÍAS, *dirigiéndose al armario de municiones*. ¿Las Racer entonces?

KURT, *asintiendo con la cabeza*. Las Racer.

ULRICH, *siempre empuñando el arma*. Un poco desbalanceada.

NOLD, *a ULRICH*. Digan lo que digan, nadie puede negar que se trata de un buen material.

KURT, *mirando su arma y dirigiéndose a la tercera sala*. Eso solo se puede saber probándolas.

ULRICH. Kurt tiene razón.

JEREMÍAS, *a KURT*. Todavía no están cargadas.

KURT, *dándose un golpe en la frente con su propia mano y deteniéndose en la entrada de la tercera sala*. Hoy estoy distraído.

NOLD, *a ULRICH*. Eso es signo de ansiedad.

ULRICH, *sonriendo*. Suele pasar.

JEREMÍAS, *le da a KURT un puñado de municiones y tres cargadores*. Acá están.

NOLD, *a KURT*. ¡Dirigirse a la sala de tiro sin municiones! Eso no es buen signo, Kurt.

KURT, *levantando sus hombros mientras comienza a cargar de municiones sus cargadores*.

Errare humanum est.

NOLD, *abriendo el cargador de su arma*. No cuando se tiene un calibre .38' en la mano.

JEREMÍAS, *mientras le entrega también a NOLD un puñado de municiones y tres cargadores*. Quince por cargador.

ULRICH, *a JEREMÍAS*. ¿Solo quince?

JEREMÍAS, *afirmando con su cabeza*. Solo quince.

NOLD, *empezando a cargar sus cargadores*. Pensé que eran veinte.

KURT. La partida solo se puede hacer a cuarenta y cinco tiros.

NOLD, *a KURT*. O dos de treinta.

ULRICH. Kurt tiene razón.

Se abre la doble puerta de entrada de la primera sala y entra BASILIO.

ULRICH. Tres de cuarenta y cinco. *Haciéndoles un gesto a NOLD y KURT*. Uno mueve un poco la carnada y los cangrejos aparecen enseguida.

NOLD, *a ULRICH*. Es mejor que nosotros nos alejemos.

JEREMÍAS, *dirigiéndose al umbral de la primera sala*. Hay que ocuparse de preparar los cargadores del señor Richter.

BASILIO, *de pie en la primera sala*. Correcto.

JEREMÍAS, *señalándole una de las mesas*. Ya están sobre las mesas.

BASILIO se dispone a entrar en la segunda sala y en ese mismo momento JEREMÍAS lo detiene con un gesto de una de sus manos.

JEREMÍAS. ¡ Los guantes!

BASILIO, *saca los guantes de uno de sus bolsillos y se los pone*. No me di cuenta.

JEREMÍAS, *por lo bajo*. No quiero volver a verte sin los guantes.

BASILIO. Recién...

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo y siempre por lo bajo*. ¡ No me contestes!

BASILIO, *bajando la cabeza mientras se coloca sus guantes*. Entendido.

JEREMÍAS. El señor Richter te está esperando. *Con una de sus manos hace un gesto hacia ULRICH*.

ULRICH, *sin lograr destrabar el cargador de su arma*. No entiendo el sistema.

KURT, *demostrándole a ULRICH con su propia arma*. Hay que destrabar el dispositivo antes de cerrarlo.

ULRICH, *a BASILIO*. Basilio va a ocuparse de mis cargadores.

NOLD, *en voz baja a KURT*. Es mejor que pasemos a la sala. *A JEREMÍAS*. Solo faltan los cargadores de Ulrich.

JEREMÍAS, *haciendo un gesto de invitación a NOLD y KURT para que pasen a la tercera sala*. Los señores primero.

ULRICH, *a BASILIO*. El sistema no es fácil. *Le tiende uno de los cargadores que tiene en su mano*.

BASILIO, *sin mirarlo mientras destraba el cargador*. Me dijo Jeremías que necesitaba hablarme.

ULRICH, *tomando otro de los cargadores y tratando de destrabarlo*. Primero se baja esta parte.

BASILIO. No. *Demostrándole*. Esta otra.

ULRICH, *imitando el gesto que le acaba de explicar BASILIO*. Primero esta. *Logra destrabarlo*.

BASILIO. Eso es.

ULRICH. Ahora entiendo. *Repite el gesto para asegurarse de haberlo entendido bien*. Finalmente no es tan complicado como parece.

BASILIO, *empezando a cargar las municiones en los cargadores*. ¿Algún problema?

ULRICH. ¿Problema? *Negando con la cabeza*. No.

BASILIO, *sin interrumpir lo que está haciendo*. ¿Entonces?

ULRICH, *también empezando a cargar su cargador*. Solo se trata de un trabajo.

BASILIO, *con una cierta complicidad*. ¿Para cuándo?

ULRICH. Lo antes posible.

BASILIO, *sin poder ocultar un cierto entusiasmo*. ¿Urgente?

ULRICH. Cuanto antes mejor. *Traba el cargador y pesa el arma con una de sus manos*. Razonable.

NOLD, *eligiendo uno de los atriles*. Tres vueltas de sesenta cada vez. *Toma un par de cascos auriculares protectores y le alcanza otro a KURT*.

KURT, *a NOLD*. Cuarenta y cinco.

NOLD, *asintiendo con su cabeza*. Cuarenta y cinco. Cuarenta y cinco. *Colocándose las cascos auriculares*. Me olvido que en lugar de veinte llevan quince.

BASILIO, *a ULRICH*. ¿Mañana?

ULRICH. Mañana mismo.

BASILIO, *entregándole el cargador a ULRICH*. ¿Las instrucciones?

ULRICH. Como siempre. Esta noche por teléfono.

BASILIO. A las nueve.

ULRICH. Al mismo número de siempre. *Toma los otros dos cargadores y se dirige hacia la tercera sala*.

BASILIO se dirige hacia uno de los armarios y comienza a buscar un arma.

NOLD, *mirando hacia el fondo de la tercera sala que nosotros no alcanzamos a ver*. ¿La primera o la segunda línea?

KURT, *colocándose las cascos auriculares*. La segunda.

ULRICH, *a NOLD*. ¿A cuánto?

De pronto suena el teléfono.

ULRICH. ¿Tres de cuarenta y cinco?

JEREMÍAS se dirige a la primera sala.

NOLD, *extendiendo su brazo que apoya sobre la baranda y apuntando hacia los blancos que no vemos*. Tres de cuarenta y cinco.

ULRICH, *colocándose un par de cascos auriculares protectores*. Perfecto.

KURT, *también extendiendo su brazo sobre la baranda y apuntando hacia los blancos*. ¿La distancia?

ULRICH, *instalándose en uno de los atriles*. Diez metros.

En adelante y hasta el final de la escena, los tres permanecerán todo el tiempo en la misma pose de tiradores, es decir con los brazos extendidos y concentrados en la puntería de los blancos.

NOLD. La segunda línea.

KURT. No, la tercera.

NOLD. ¿ La segunda o la tercera?

JEREMÍAS descuelga el teléfono.

ULRICH. Diez metros es la segunda hilera.

NOLD, *a ULRICH, sin dejar un segundo de ocuparse de su puntería.* ¿ Y?

ULRICH, *sin mirarlo.* Mañana mismo.

KURT, *dejando de apuntar.* ¿ Aceptó?

ULRICH. No le queda otra.

NOLD, *tomando el arma con los dos brazos extendidos.* Lo tengo. Lo tengo. *A ULRICH, sin mirarlo.* ¿ Cuánto?

ULRICH. Corre por mi cuenta.

NOLD, *extendiendo su brazo lo más posible.* Entonces va a haber que prever para mañana una pequeña caída del valor del bruto a la hora del cierre.

KURT, *desconcertado por la indiferencia de NOLD y ULRICH, deja caer el brazo que sostiene su arma y los mira un tanto extrañado.* Garret... Mañana mismo... ¡ Dios mío!...

ULRICH, *siempre apuntando.* Podemos comprar sus acciones en baja.

NOLD. ¿ De Garret?

ULRICH. Una buena coartada. En caso de problemas, podemos hacernos los idiotas y decir que justamente nosotros nos confiábamos en sus operaciones. Su capacidad para levantarlas. *También tomando su arma con las dos manos.* De lo contrario nunca habríamos comprado acciones devaluadas.

JEREMÍAS cuelga el teléfono y se dirige hacia la tercera sala.

NOLD. Eso va a significarnos pérdidas. *Extendiendo más aún sus dos brazos.* Segunda línea.

ULRICH, *siempre apuntando.* Una pequeña pérdida a cambio de poder dormir tranquilos. Lo tengo. *Sosteniendo el arma con una sola mano y dejando caer delicadamente la otra a un costado.* A propósito... Dicen que hay un Raffaello en el mercado.

NOLD. Vía directa del Vaticano.

ULRICH. Eso nos puede servir para encubrirnos un poco.

KURT, *con su arma siempre pendiendo de una de sus manos y mirándolos a ambos apuntar y discutir al mismo tiempo.* Garret... Mañana mismo...

NOLD. El problema con ellos son los cheques. Ahora sí. Lo tengo exactamente enfrente.

ULRICH. No importa. *Sonriendo.* Con el arte sacro siempre es más fácil lavar tranquilos.

JEREMÍAS se detiene en el umbral de la tercera sala.

NOLD. Parece que es una Madona.

JEREMÍAS, *siempre de pie en el umbral.* Evard acaba de llegar.

ULRICH, *al oír el nombre de EVARD, deja inmediatamente de apuntar y sin ocultar un gran asombro se da vuelta hacia JEREMÍAS.* ¿Qué cosa?

JEREMÍAS, *haciendo un gesto hacia la primera sala.* Me acaban de prevenir que está bajando.

NOLD sigue apuntando al blanco como si no hubiera escuchado nada, mientras que KURT siempre con el arma pendiendo de una de sus manos, mira fijo a ULRICH.

ULRICH, *absolutamente desconcertado.* ¿Evard?

KURT, *a ULRICH.* Entonces es mejor que lo esperemos para la partida.

NOLD, *siempre apuntando.* Lo tengo. Podría darle en el centro mismo de la pupila.

ULRICH, *abandonando la tercera sala y entrando lentamente en la segunda.* ¿Evard?

JEREMÍAS, *a ULRICH.* Un poco antes o un poco después... Siempre vuelven...

BASILIO empuña un arma que acaba de sacar de uno de los armarios.

ULRICH, *de pie en el centro de la segunda sala, mira extrañado hacia la primera.* ¿Evard?

De pronto, CELIO abre la doble puerta de entrada y vemos a EVARD que entra y que al ver a su padre, se detiene de golpe.

ESCENA III

*There are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.*

Hamlet, Acto I, Escena V
William Shakespeare

CELIO y FABIO se encuentran preparando armas en la segunda sala, mientras que JEREMÍAS limpia los atriles de la tercera.

CELIO, *lustrando un arma y señalando hacia la tercera sala.* Después se acercó ahí y se quedó unos minutos mirando hacia los blancos. Una partida, le propuso el señor Richter. Pero él no quiso. Más tarde papá, le respondió. Solo quería volver a ver el lugar. Saludó a los demás con un gesto de cabeza y después se fue.

FABIO, *en voz baja y haciendo un gesto hacia la tercera sala.* Dicen que fue ahí mismo.

CELIO. ¿Qué cosa?

FABIO. El accidente de su madre.

CELIO, *mirando hacia la tercera sala.* Ahí. Se desangró en menos de cinco minutos. La bala le perforó el pecho y le partió el esternón en dos. Tenía todo abierto. Jeremías es el que sabe. Él lo vio todo. Hasta dicen que fue él mismo el que la metió en esas bolsas negras de plástico. *Cuidando que JEREMÍAS no los oiga.* La bala. Parece que antes de que llegara la asistencia, se la sacaron de apuro.

FABIO, *intrigado.* ¿Quiénes?

CELIO. Jeremías y el propio Ulrich. Basilio me lo contó todo. Ellos mismos excavaron durante horas. *Con una expresión de asco en su rostro.* Un enchastre bárbaro.

FABIO, *intrigado.* ¿Para qué?

CELIO. Para cambiar la bala por otra. Y todo delante de Evard. El pobre no debía de tener más de diez años. *Siempre controlando no ser oído por JEREMÍAS.* La que tenía adentro era la bala del arma del señor Richter. Prefirieron cambiarla por una de las balas del niño.

Una de calibre .45'. Dijeron que fue un accidente de Evard. Y lo peor es que se lo hicieron creer.

FABIO. ¿A quién?

CELIO. A todo el mundo. Pero sobre todo a Evard. El hijo está convencido de haber matado a la madre. *En voz baja.* Parece que fue un problema de negocios y esas cosas.

FABIO. Yo nunca podría hacerlo.

CELIO, *mirándolo*. ¿Qué cosa?

FABIO. Tirar contra alguien. Y menos contra mi propia mujer.

CELIO, *levantando los hombros en señal de indiferencia*. Todo depende de la retribución. *Haciendo un gesto con las manos*. El puñado.

FABIO, *asombrado*. Pero el ser que uno eligió para toda la vida...

CELIO, *interrumpiéndolo*. Primero mostrame la paga y luego te digo. El único problema Fabio, es que en los últimos años el valor de una cabeza se devaluó considerablemente. Ya no pagan como antes. Ese es el verdadero problema. Antes era distinto. *Haciendo un gesto con las manos*. El doble o el triple. La época de oro. Hoy en día te proponen cuatro centavos y si no te sirve, se van a buscar otro. *Se dirige hacia uno de los armarios y guarda cuidadosamente el arma que acaba de lustrar*. Ni siquiera la posibilidad de negociar o discutir los precios. Una vida hoy en día no vale nada. Ya no es un buen negocio como antes. *Toma otra arma y comienza a limpiarla*. En los tiempos que corren, cualquiera está dispuesto a cargarse a alguien por solo tres centésimos. El hambre. *Con una expresión despectiva en su rostro*. Y así hacen los trabajos. Ahora hay mucha oferta en el mercado. Todo cambió. Finito el tiempo de las vacas gordas. *Mirando su arma mientras la limpia*. La última vez, por una cabeza me querían proponer un canje en una cadena de fast food. Canilla libre, Fabio. Me ofrecían unos pases para comer gratis todo lo que quisiera durante un año. Hamburguesas y bebidas a cambio de la cabeza de un hombre. Por suerte pude negociar que una parte me la pagaran en cash. Hoy en día el costo de la vida se fue al diablo. *Mirando a FABIO*. Hoy por hoy, cuesta más cara una ostra de cultivo que un hombre. ¿Te das cuenta, Fabio? El costo de los moluscos superó al de los seres humanos.

FABIO, *levantando los hombros*. Yo no entiendo nada de todo eso.

CELIO. Eso se llama devaluación, Fabio. Devaluación. Y no es la primera vez. Ya pasó otras veces.

FABIO. ¿Qué cosa?

CELIO, *haciéndole un gesto con una de sus manos*. Roma, por ejemplo. Dicen que valía más la piel de los leones que traían de Esmirna, que el pellejo de los cristianos que se podían

encontrar acorralados como gusanos en las catacumbas. Jaulas distintas. Cuidados distintos. A los leones les daban el agua que venía de la fuente de Iturna. A los cristianos, el excremento de las cloacas. Hoy en día es igual. Está más protegida una perla en la vitrina de una joyería, que cualquier vagabundo que duerme acorralado contra un muro. Devaluación, Fabio. Y eso afecta directamente nuestro trabajo. Si el costo de una cabeza baja, entonces el costo de partirla en dos, baja todavía más. Una cuestión de dialéctica comercial.

FABIO, *al ver que JEREMÍAS se dispone a entrar en la segunda sala, le hace un gesto a CELIO.* El viejo...

CELIO, *retomando su actividad.* Así es. ¿Dónde pusiste la Hamerli que estaba acá?

FABIO, *señalando con su mano.* La acabo de guardar.

JEREMÍAS, *entrando.* ¿Todavía no terminaron?

CELIO, *a JEREMÍAS.* Falta cargarlas.

JEREMÍAS, *mirando su reloj.* Están atrasados. *Dirigiéndose a la primera sala.* Sólo vienen Ulrich y Nold.

CELIO. En la planilla dice que son tres.

JEREMÍAS, *entrando en la primera sala.* Solo Ulrich y Nold. Nadie más.

FABIO, *a CELIO.* ¿Quién sirve?

CELIO, *haciendo con su cabeza un gesto hacia JEREMÍAS.* El viejo. Cuando son ellos, siempre es él quien sirve. *Guardando el arma que estaba lustrando.* A veces Basilio. Pero en general es él.

FABIO, *empezando a cargar una de las armas que está sobre la mesa.* Esta es la que pidieron.

CELIO. Igual no creo que hoy tiren.

FABIO, *intrigado.* Y entonces, ¿a qué vienen?

CELIO. A conversar. *Empezando a cargar otra de las armas.* La mayoría de las veces solo vienen a discutir de negocios. O para hablar entre ellos de asuntos privados. *Haciendo un gesto hacia la tercera sala.* Se encierran y discuten durante horas. Nadie los puede oír. Absolutamente insonoras. Las salas. Varias veces hasta se dan cita con clientes y todo. Discuten contratos. Resuelven acuerdos. Planifican cosas. Hubo hasta ministros. Yo mismo los vi con mis propios ojos. *Mirando a FABIO.* Todo lo que después firman arriba a la luz del día, primero se discute acá, Fabio. Y todo lo que no puede ser firmado arriba, se firma acá. Acá están protegidos. *Controlando no ser oído por JEREMÍAS.* Por eso solo puede servirlos el viejo. Para ellos estas salas son como las lavanderías de un complejo hotelero.

Todo se lava en la más discreta calma. *Trabando el cargador en el arma.* A veces, hasta traen obras de arte. Otras veces, cajas de armas. Las guardan acá unos días y luego las vienen a buscar otras personas. *Señalando hacia la tercera sala.* Las ponen ahí. Nosotros mismos las cargamos. Ningún peligro. De todas formas es su sala privada. Solo les pertenece a ellos. No hay nadie más que entre acá adentro.

FABIO, *en voz baja.* ¿Y la policía?

CELIO, *empezando a ocuparse de otro cargador.* ¿Qué?

FABIO. ¿Con la policía nunca tuvieron problemas?

CELIO, *sonriendo.* La mayoría de las veces son para ellos las cajas.

Suena el teléfono de la primera sala y JEREMÍAS responde.

CELIO. Deben haber llegado.

FABIO, *mirando hacia la primera sala.* Las armas ya están cargadas. *Traba el cargador en su arma.*

CELIO, *dirigiéndose hacia uno de los armarios de municiones.* El viejo pidió que les dejáramos dos cargadores de más por arma.

FABIO, *señalando hacia el armario.* Ya están preparados.

JEREMÍAS cuelga el teléfono y se dirige hacia la segunda sala.

CELIO, *buscando los cargadores.* ¿Dónde los pusiste?

FABIO. En el tercer cajón.

CELIO. Ese no es el lugar de los cargadores.

JEREMÍAS, *deteniéndose en el umbral de la segunda sala.* Pueden retirarse.

CELIO, *sacando los cargadores del tercer cajón y colocándolos sobre una de las mesas de presentación de armas.* Los cargadores...

JEREMÍAS, *a CELIO.* Yo me encargo.

CELIO, *a JEREMÍAS.* Ya están prontos.

FABIO, *dirigiéndose a la primera sala.* ¿Nada más?

JEREMÍAS hace un movimiento negativo con su cabeza y FABIO se retira por la doble puerta.

CELIO, *a JEREMÍAS, una vez que FABIO se retiró. Un poco lento. Señalando los cargadores. Los cargadores en el tercer cajón. Haciendo un movimiento negativo con su cabeza. Hay que explicarle todo cincuenta veces. Un poco corto de luces.*

JEREMÍAS, *con un gesto lo invita a retirarse. Están bajando.*

CELIO, *dirigiéndose a la primera sala. Hay que pensar en reponer las municiones de las M5.*

JEREMÍAS. Hoy solo van a tirar con las Hamerli.

CELIO, *antes de retirarse, se da media vuelta. Antes de que me olvide...*

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo en seco. Más tarde. No es el momento.*

CELIO se retira y cierra la doble puerta de entrada tras de sí. JEREMÍAS se dirige a la primera sala y toma dos vasos de whisky que coloca sobre el mostrador. Luego se dirige al frigobar y saca una barra de hielo del congelador que envuelve en una servilleta de tela. De uno de los cajones saca un picahielos que empuña en una de sus manos y con el cual rompe la barra de hielo por medio de reiterados golpes. Una vez el hielo destrozado, vuelca unos pedazos en los dos vasos, y el resto lo guarda nuevamente en el congelador. Luego toma una botella de whisky y sirve con gran cuidado. Una vez que los vasos fueron servidos, los ubica sobre una bandeja de plata que coloca sobre el mueble de bebidas. Las dos puertas de la primera sala se abren y entran ULRICH y NOLD.

ULRICH, *con un gesto hace entrar primero a NOLD. Sin el acuerdo de nosotros, no creo que pueda.*

NOLD, *entrando. Nunca se sabe. Hace un gesto de saludo a JEREMÍAS, mientras se desabrocha los botones de su saco.*

ULRICH, *a JEREMÍAS, mientras cierra las dos puertas tras de sí. ¿ Algún mensaje?*

JEREMÍAS, *de pie. Basilio llamó. Al pronunciar el nombre, ULRICH lo mira fijo a los ojos, mientras NOLD se quita su abrigo y lo cuelga en el perchero.*

ULRICH, *mirando hacia las demás salas, para confirmar que no haya nadie. ¿ Solos?*

JEREMÍAS, *haciendo un gesto afirmativo con la cabeza. Nadie.*

ULRICH, *impaciente. ¿ Viene para acá?*

JEREMÍAS, *sin dejar de mirar a ULRICH. Llamó para decir que llega con un poco de retraso.*

NOLD, *sentándose en uno de los sillones. Es normal. Esta hora es la peor.*

ULRICH, *mirando su reloj. ¿ Dijo algo más?*

JEREMÍAS, *a ULRICH. Solo eso.*

NOLD, *acomodándose el pliegue de su pantalón*. Las rutas atascadas.

JEREMÍAS, *a ULRICH*. ¿ Lo de siempre?

ULRICH, *a NOLD*. ¿ Un trago?

NOLD, *a JEREMÍAS*. Por favor.

ULRICH, *a JEREMÍAS, mientras se sienta en el sillón que se encuentra enfrente del sillón de*

NOLD. Gracias viejo. *A NOLD*. Habría que advertir al escritorio de la reunión de mañana.

NOLD, *a ULRICH*. Ya están al tanto.

ULRICH. ¿ El consejo también?

NOLD, *haciendo un gesto afirmativo con la cabeza*. Todos.

ULRICH. Edson quiere comprarnos una de las refinerías.

NOLD, *sonriendo*. De eso todavía no saben nada. Y es mejor que por el momento no sepan.

Lo ideal es que mañana solo discutamos sobre los precios del bruto para el próximo trimestre. Nada más. *Haciendo un gesto con una de sus manos*. Edson puede esperar.

JEREMÍAS, *al tiempo que le sirve un vaso con whisky a ULRICH, le habla entre dientes*.

Con un solo tiro en la nuca alcanzó.

ULRICH, *tomando el vaso entre sus manos y fingiendo no oír lo que JEREMÍAS les cuenta, como si fuera un código preestablecido entre ellos para traficar información*. Deuker me preguntó si preferíamos la sala de reuniones o la de mi despacho.

NOLD, *levantando los hombros*. Da lo mismo.

ULRICH. Eso fue lo que le dije.

JEREMÍAS, *siempre entre dientes, mientras le sirve el otro vaso a NOLD*. Ya está afuera de la zona industrial.

NOLD, *tomando el vaso entre sus manos*. Parece que las propuestas son tres.

ULRICH. Pensé que eran cuatro.

JEREMÍAS, *a ambos, antes de dirigirse con la bandeja vacía hacia el mostrador*. Esta misma noche entra al parque judío.

ULRICH. Estaba convencido que eran cuatro.

NOLD, *haciendo con su vaso un gesto ligero a ULRICH*. Saliger retiró la suya. *Bebe de su vaso*.

ULRICH, *asombrado*. ¿ Cuándo?

NOLD. Hoy mismo.

ULRICH. ¿ Por qué motivo?

NOLD, *levantando los hombros*. Misterio.

ULRICH. ¿ Cuándo lo notificó?

NOLD. Esta mañana.

ULRICH. ¿A quién?

NOLD. A Kurt.

ULRICH. No tiene derecho a hacerlo.

NOLD, *riendo*. Ulrich...

ULRICH. Por eso se notificó a Kurt y no a nosotros. Por reglamento no puede. Está prohibido hacerlo dentro de las últimas veinticuatro horas. Es bueno saberlo para la próxima vez.

Vuelve a mirar la hora. Es extraño.

NOLD. ¿Qué cosa?

ULRICH, *haciendo un gesto hacia JEREMÍAS*. Ya tendría que estar acá.

NOLD, *a ULRICH*. Nada nos apura.

ULRICH, *a NOLD*. La Bolsa cierra dentro de una hora. *Bebe*.

NOLD. De todas formas va a ser mejor esperar unos días.

ULRICH, *demostrando cierta impaciencia*. Según mis cálculos, si compramos hoy mismo, podemos recuperar hasta un treinta y cinco por ciento neto.

NOLD, *un poco molesto*. Podemos despertar sospechas. Mejor esperar, Ulrich.

ULRICH, *riendo*. ¿Esperar qué?

NOLD, *en voz baja*. Que pasen unos días.

ULRICH, *nervioso*. En ese caso perdemos una buena posibilidad.

NOLD. ¿De cuánto?

ULRICH. Entre treinta y tres, y treinta y cinco por ciento.

NOLD. No es tanto.

ULRICH. Con los intereses puede llegar a un treinta y nueve.

NOLD, *intentando cambiar de tema*. Deberíamos entrenarnos un poco.

JEREMÍAS, *dándose media vuelta y mirándolos a ambos*. Las armas ya están prontas.

NOLD, *poniéndose de pie*. Eso va a distendernos un poco. *Le hace un gesto a JEREMÍAS*.

JEREMÍAS, *se dirige a la segunda sala para preparar las armas*. En un minuto.

ULRICH, *se dirige al teléfono, descuelga y marca un número*. Tres... Cinco...

NOLD se pone de pie, se dirige también al teléfono y poniendo su mano sobre el interruptor, cuelga la llamada. ULRICH, asombrado por el gesto que NOLD viene de hacer, lo mira fijo a los ojos mientras en su mano tiene el tubo del teléfono.

ULRICH. Treinta y cinco por ciento netos...

NOLD, *siempre con la mano puesta sobre el teléfono*. Hay que esperar, Ulrich. Hay que esperar que pasen unos días. *Toma el tubo de las manos de ULRICH y cuelga el teléfono*. Kurt piensa lo mismo. No podemos precipitarnos así sobre las plazas financieras de Garret. Hay que ser pacientes. Después todo puede saltar. Lo único que por ahora podemos hacer como coartada, es comprar acciones en baja.

ULRICH, *de mal humor se dirige hacia uno de los sillones y se sienta*. Esperar... Esperar... *Señalando el teléfono*. Podemos pedirle a Krause que las compre a su nombre.

NOLD. Krause es el asociado número uno de Wenham.

ULRICH. ¿Y?

NOLD. Wenham tiene acciones en tres de las navales de Garret. *Haciendo un gesto a ULRICH*. Lo mejor es que esperemos un poco.

ULRICH, *mirando nuevamente la hora*. No me gusta que me hagan esperar. *Se lleva una de sus manos a su frente*. Antes de que me olvide. El Raffaello ya está en camino.

NOLD, *mirando a ULRICH*. ¿Y el precio?

ULRICH, *levantando los hombros*. Todavía no lo saben. El Cardenal prefiere que lo discutamos personalmente. *Bebe de su vaso*.

NOLD. ¿Cuándo?

ULRICH. La misma semana de la boda. Ya está decidido. Es él quien va a celebrarla.

NOLD, *asombrado*. ¿Aceptó?

ULRICH. De esa forma lo hacemos pasar como regalo de casamiento.

NOLD. Buena idea.

De pronto la doble puerta de entrada se abre y BASILIO entra un tanto agitado. ULRICH se pone de pie, NOLD lo mira fijo y JEREMÍAS se acerca al umbral de la primera sala. BASILIO cierra la doble puerta tras de sí, les hace un gesto de saludo a ambos con la cabeza y con un paso decidido se dirige a uno de los armarios de la segunda sala. Una vez allí, saca de uno de sus bolsillos un arma y la empieza a lustrar. ULRICH y NOLD también se dirigen a la segunda sala y se detienen no lejos de BASILIO. JEREMÍAS entre tanto, vuelve a la primera sala y empieza a acomodar los vasos de whisky.

ULRICH, *a BASILIO*. Un único disparo.

BASILIO sin mirarle y sin contestarle, lustra su arma de manera obsesiva.

ULRICH. Parece que solo fue necesario un único disparo.

BASILIO no responde.

ULRICH. Directo en la nuca.

BASILIO sigue sin responder.

NOLD, *en voz baja y haciéndole una seña a ULRICH.* No tiene ganas de hablar.

BASILIO, *sin mirarlos y en voz baja.* La puerta.

ULRICH, *a NOLD.* ¿Qué dice?

NOLD, *levantando los hombros en señal de desconcierto.* No oí bien.

BASILIO, *un poco más fuerte y haciendo un gesto con la cabeza.* La puerta.

NOLD, *a ULRICH.* La puerta.

ULRICH, *desconcertado.* ¿Qué hay?

NOLD, *dirigiéndose hacia la puerta que separa la segunda de la primera sala.* Debe querer que cerremos la puerta. *Cierra la puerta.*

ULRICH, *a BASILIO.* Ya está. Cerrada.

BASILIO, *mira hacia la primera sala en donde su padre se encuentra de pie.* No quiero que el viejo oiga.

ULRICH. Ya está al corriente de todo.

NOLD, *mirando a JEREMÍAS.* Es él quien nos lo dijo.

BASILIO, *con un gran desprecio.* Espera la carroña como un buitre. No quiero darle el lujo de oír los detalles. *Deja de mirarlo y continúa limpiando obsesivamente su arma de la que no quita la vista.*

ULRICH, *a BASILIO.* ¿Todo salió en orden?

BASILIO, *afirmando con la cabeza.* En orden.

ULRICH. ¿Ningún inconveniente?

BASILIO, *negando con la cabeza.* Ninguno. *A ULRICH, sin dejar de lustrar su arma.* Antes de caer, preguntó si era usted quien me mandaba. Es Ulrich, ¿verdad?

ULRICH, *intrigado.* ¿Qué le dijiste?

BASILIO, *sin mirarlo.* Que no era asunto suyo.

NOLD. Buena respuesta.

ULRICH, *a BASILIO.* ¿Dónde fue?

BASILIO, *siempre sin mirarlos*. Un terreno baldío.

ULRICH. ¿ Ningún problema, entonces?

BASILIO. Mejor que lo previsto. Lo que se llama un buen trabajo.

ULRICH. ¿ Y el cuerpo?

BASILIO, *sonriendo*. El campo judío.

NOLD. ¿ Quién estaba?

BASILIO. Nadie. Lo enterré yo mismo. *Se dirige al armario para guardar el arma.*

NOLD, *riendo*. Eso va a aumentar los honorarios.

ULRICH, *a BASILIO*. ¡ No! No es necesario guardarla.

BASILIO se detiene.

ULRICH. Hoy voy a entrenarme con ella. *A NOLD*. ¿ Una partida?

NOLD, *levantando los hombros*. ¿ Por qué no?

BASILIO, *tendiéndole el arma a ULRICH*. Hay que cargarla.

ULRICH, *tomando el arma entre sus manos*. Gracias, Basilio. *Mirando en dirección a JEREMÍAS, le hace un gesto para que entre, al mismo tiempo que empuña el arma entre sus manos*. Buen peso.

JEREMÍAS entra en la segunda sala.

ULRICH. Una partida, viejo. Hay que preparar los cargadores.

JEREMÍAS, *a BASILIO*. Los atriles. *Se dirige hacia una de las mesas y empieza a preparar los cargadores*. Tres y cinco.

BASILIO, *dirigiéndose a la tercera sala*. Tres y cinco.

NOLD, *eligiendo una de las armas que están sobre la mesa de presentación*. Dos de quince cada uno.

JEREMÍAS, *cargando el cargador de ULRICH*. Cada cargador tiene veinte.

ULRICH. Entonces dos de veinte. *Siempre empuñando el arma entre sus manos*. Buen equilibrio. *A NOLD*. Es extraño.

NOLD, *mientras prueba su arma*. ¿ Qué cosa?

ULRICH, *sin que JEREMÍAS oiga*. Que haya sospechado de mí.

NOLD, *apuntando con su arma*. Podemos probar con los silenciadores.

JEREMÍAS, *tendiéndole a ULRICH uno de los cargadores. Acá hay uno. Empieza a cargar otro.*

ULRICH, *introduciendo en forma mecánica el cargador en su arma. Tenía tantos enemigos.*

¿ Por qué sospechar de su asociado?

NOLD, *a ULRICH, sin quitar la vista de su arma. Es lógico.*

ULRICH. Eso demuestra que era un hombre desconfiado...

NOLD, *a JEREMÍAS. Los silenciadores.*

JEREMÍAS, *terminando de cargar el segundo cargador. Enseguida.*

ULRICH. Un hombre capaz de desconfiar de su propio hermano antes que de cualquiera de sus peores enemigos...

JEREMÍAS le tiende el segundo cargador y se dirige hacia uno de los armarios para buscar los silenciadores.

NOLD, *midiendo su arma. A veces es lo más prudente. Dirigiéndose hacia JEREMÍAS. Uno de los buenos.*

JEREMÍAS, *tendiéndole uno de los silenciadores. Este es uno de los mejores.*

NOLD, *instalando el silenciador en su arma. ¿ Cómo es posible que una pieza tan chica sea capaz de amortiguar una detonación tan grande? Levantando su arma. Siempre pensé que un silenciador embellece un arma. Increíblemente, la vuelve más femenina. Se dirige hacia la tercer sala.*

ULRICH, *a JEREMÍAS. La mía ya lo tiene.*

JEREMÍAS, *asombrado. ¿ Dónde estaba?*

ULRICH, *dirigiéndose a la tercera sala. Ya lo tenía puesto.*

JEREMÍAS. Un descuido. El reglamento dice que las armas se deben presentar sin los dispositivos. Ni cargadores. Ni silenciadores. *También entrando en la tercera sala. Un nuevo descuido de Basilio. Como de costumbre.*

BASILIO, *a JEREMÍAS. Yo mismo acabo de ponerlo.*

BASILIO sale de la tercera sala y accede a la segunda. Tras de sí, JEREMÍAS cierra la puerta que separa la tercera de la segunda sala, al tiempo que ULRICH y NOLD se instalan en los atriles correspondientes y se preparan para empezar a tirar. BASILIO se dirige a la primer sala, abre el frigobar y se sirve un vaso de whisky. Enciende un cigarro. Los tiros apenas se oyen, ya que son amortiguados por los respectivos silenciadores.

BASILIO se sienta sobre uno de los sillones, se descalza y estira los pies sobre la mesa. De pronto, se oyen tenuemente los primeros acordes del segundo movimiento “Adagio cantabile” de la sonata op. 13 en do menor de Beethoven. BASILIO levanta la cabeza y contempla extasiado el techo desde donde bajan los acordes. Unos segundos después, la doble puerta de la primera sala se abre y FABIO entra con unos sobres en una de sus manos. Al ver a BASILIO plácidamente instalado en uno de los sillones, se detiene asombrado.

FABIO, *a BASILIO*. ¿No hay nadie?

BASILIO, *haciendo un gesto con su cabeza hacia la tercera sala*. Están tirando.

FABIO, *mirando hacia la tercera sala*. Es el correo de los señores. *Mirando hacia el techo desde donde baja la música*. ¿Desde acá también se oye?

BASILIO. Es una joven. Cada tanto viene a practicar en el piano del salón de fiestas.

FABIO, *siempre de pie, con los sobres en las manos*. No. No es la joven.

BASILIO, *sin mirarlo*. ¿Cómo?

FABIO. Nada... Se oye perfecto...

BASILIO, *haciendo un gesto hacia arriba*. El piano está justo arriba de nosotros.

FABIO, *mirando a BASILIO*. Es extraño.

BASILIO. ¿Qué cosa?

FABIO, *levantando los hombros*. Que alguien pueda marcar unos puntos negros y que después resulte esto.

BASILIO, *mirando hacia arriba*. Es cierto.

FABIO, *asombrado*. Los pies... El vaso... *Haciendo un gesto hacia la tercera sala*. Si te ven, te van a hacer problemas.

BASILIO. El derecho de piso, Fabio. Con el tiempo uno va ganando ciertos privilegios. A fuerza de todo lo que uno va escondiendo, uno termina ganando determinados derechos. Ya te va a tocar. *Cuidando que nadie los vea*. Es hora de que conozcas algunas cosas de la casa, Fabio.

FABIO. El reglamento...

BASILIO, *interrumpiéndolo*. No, Fabio. No me refiero al reglamento. Al contrario. El reglamento poco a poco hay que ir olvidándolo.

FABIO. Celio me estuvo hablando de algo.

BASILIO, *molesto*. Siempre metiéndose en lo que no le corresponde.

FABIO. Las propinas y todo eso... *Se detiene*. Yo... No creo...

BASILIO, *interrumpiéndolo nuevamente*. ¿Qué hay?

FABIO. Todo eso... No es lo mío...

BASILIO. Todos pensamos lo mismo al principio, Fabio.

FABIO. Pero yo... *Se detiene y mira hacia abajo*.

BASILIO. Es verdad que al principio parece complicado. Imposible. Difícil. Pero después vas viendo que todo es mucho más simple de lo que parece. Después del primero, vas a ver que uno no para más. Es como un vicio, Fabio. Como un tobogán. Y después, cada vez vas queriendo más. Así estamos hechos. La naturaleza humana. No podemos hacer nada en contra, Fabio. Es como las uñas. Siempre crecen. Parece que hasta incluso después de que uno muere. Es así. Hay que aceptarlo. Queramos o no. Es cierto que las primeras veces puede ser un poco duro. Pero solo las primeras veces. Me acuerdo que mi primera vez fue insoportable. Después de liquidarlo, no pude comer durante tres días. Nada. Ni siquiera un vaso de agua. Y sin embargo, ahora estoy acá. Tranquilo. Pensando en lo que voy a comer esta noche. Una cuestión de costumbre. Solo eso. Y hasta con el tiempo, uno va empezando a disfrutarlo. A querer más. *Mira en todas direcciones para asegurarse que nadie lo oye*. Hoy por ejemplo... En realidad fueron trece disparos.

La música se interrumpe.

BASILIO. Trece, Fabio. Con uno solo hubiera sido necesario y suficiente. Sin embargo, fueron trece. Los tres primeros para liquidarlo. ¿Y el resto? Puro entretenimiento. Ya ves. *Haciéndole un gesto de silencio*. No es bueno que ellos lo sepan. Ellos son sobrios. Moderados. Las carnicerías no les gustan. Ellos quieren que sea lo más limpio posible. Pulcro. Reservado. Los excesos les molestan. Solo tiran contra blancos de cartón. En salas de tiro lujosas. Son refinados. Las masacres les dan asco. *Señalándose a él mismo*. Pero nuestra ventaja es que uno puede hacer lo que quiera. Ellos no se enteran de nada. Como la cocina de un restaurante. ¿Quieren caviar? Les damos caviar. Pero nada nos impide condimentarlo con nuestra propia escupida. *Sonriendo*. Igual ellos no ven nada. Ojos que no ven corazón que no siente, Fabio. Hasta puede ser divertido verlos comer nuestro propio escupitajo. Acá es lo mismo. Ellos encargan una muerte rápida. Ligera. Blanca. Sin rastros. Limpia. Nosotros podemos condimentarla como queramos. Ellos piensan que Garret tuvo una muerte digna. Y sin embargo trece tiros. Como un colador, Fabio. *Mira hacia la tercera sala en donde ULRICH y NOLD tiran, mientras JEREMÍAS paulatinamente les repone los cargadores*. Lo vi vaciarse delante de mis propios ojos. Como un perro. Es

nuestro desquite. Uno puede pensar que es quien uno quiera. La mayoría de las veces es gente que uno no conoce. Uno puede imaginar que es hasta su propio padre. O la persona a la que más ganas uno tenga de reventar. De ver revolcarse delante de uno mismo. Uno puede pensar en quien se le antoje. Como con las putas. Uno les puede pedir que hagan de quien uno quiera. Esto es lo mismo. Igual. Esa es la manera de compensar nuestro trabajo. *Sonriendo*. Trece tiros hacen bien, Fabio. Es como si uno diera una buena bocanada de aire fresco de tanto en tanto. El primero se lo metí en una de las piernas. Para hacerlo sufrir un poco. El segundo en los genitales. No hagas eso, me gritaba mientras lo apuntaba. De a poco se fue desangrando. Por las piernas le corrieron litros de sangre. Un chorro que no paraba. Me arde, gritaba. Me arde. Se arrastraba desesperado, dejando un reguero espeso de sangre. El tercer tiro fue para liquidarlo. Acá. En la nuca. Por favor, me pidió. Me terminó rogando que le disparara. No puedo más, decía. Le metí el cañón en la nuca y le hice saltar los sesos. ¿Y el resto? ¿Los otros diez tiros? Como te decía recién, para divertirme. Entretenimiento puro. Solo eso. Dejemos las cosas claras. No es solo culpa mía. *Señalando hacia la segunda sala*. Esos silenciadores son un peligro. Ningún riesgo que alguien oiga nada. Uno se puede ensañar sin ningún problema. El ruido es tan agradable. Si lo hubieras visto, Fabio. Lo vacié como si fuera un espantapájaros. Cinco litros. Dicen que un cuerpo tiene cinco litros. Lo único que me acuerdo de la escuela. *Comienza a reír*. Eso y que las paralelas no se encuentran nunca. Con cada disparo, el cuerpo saltaba de un lado para otro como un muñeco. Un placer sin igual. Puro goce.

De pronto empezamos a oír nuevamente los primeros acordes de la misma sonata de Beethoven.

BASILIO. Esa es la diferencia con Celio. Celio no sabe disfrutar. Él solo piensa en cuánto va a ganar. Los beneficios. Las ganancias. Lo único que le interesa es el precio de la cabeza. No sabe gozar. No conoce el placer. Por eso es un mediocre. Buena puntería. Trabaja bien. Pero obsesionado por el cobro. Yo en cambio solo pienso en el placer. *Con una de sus manos lo señala*. Entiendo que me mires así. Al principio parece incomprensible. Pero luego uno se va dando cuenta que es posible. Que ese placer existe. Que está en alguna parte de nosotros mismos. Aunque sea inexplicable. Aunque pensemos que nunca nos puede pasar. Un placer extraño. ¿De dónde viene? *Levantando los hombros*. Misterio. Como tantas otras cosas de la condición humana, Fabio. Hay cosas que son inexplicables.

De pronto, la puerta que separa la tercera sala de la segunda se abre y ULRICH abandona el torneo, mientras que NOLD sigue tirando. BASILIO al verlo abandonar la partida, se pone de pie. FABIO se tensa. ULRICH atraviesa toda la segunda sala con el arma en su mano y se dirige a la primera sala como si fuera atraído e hipnotizado por la música. JEREMÍAS lo sigue apenas unos pasos y se detiene en la segunda sala. FABIO se apoya contra uno de los sillones. ULRICH se detiene en el umbral que separa la segunda de la primera sala, y mira hacia el techo desde donde provienen los acordes.

ULRICH. Era el fragmento predilecto de la madre de los niños. *Un poco extrañado.* ¿Quién está tocando?

BASILIO, *con un cierto placer.* Nadie...

FABIO, *interrumpiéndolo.* Sí. Hay alguien... *Se detiene ante un gesto violento de silencio que le hace BASILIO.*

ULRICH, *a BASILIO.* ¿Qué dice?

BASILIO. Nada... Nada...

ULRICH. Era la sonata preferida de la madre. La que mejor tocaba. *Mirando extasiado hacia el techo.* Dicen que cuando compuso este fragmento ya estaba absolutamente sordo.

FABIO, *intrigado.* ¿Quién?

BASILIO. El que la escribió.

FABIO, *asombrado.* ¿Sordo?

ULRICH, *afirmando con la cabeza.* Completamente.

FABIO. ¿Cómo es posible?

ULRICH, *levantando los hombros.* Nadie puede saberlo.

BASILIO. Otro misterio más. Hay varias cosas que nos sobrepasan, Fabio. Hay que entenderlo de una vez por todas.

ULRICH, *asombrado, se lleva una de sus manos a la cabeza.* ¡Dios mío! Lo mismo de ayer. De anoche. En casa. Debe ser ella. Ayer la sentí toda la noche. Venía del salón. Toda la noche sin poder cerrar un ojo hasta la madrugada. Es ella... Es ella... ¿Cómo es posible?

BASILIO, *a ULRICH.* Debería tomar un vaso de agua. *Empieza a servir un vaso con agua, mientras que JEREMÍAS contempla la escena desde la segunda sala.*

ULRICH, *desmoronándose en uno de los sillones.* Es ella... Puedo reconocerla... Es ella...

FABIO, *un tanto aterrado.* Habría que llamar a un médico.

BASILIO, *dándole un vaso con agua a ULRICH.* No es nada. No es nada.

ULRICH, *al ver a BASILIO a su lado.* Basilio... ¿Es cierto?

BASILIO. ¿Qué cosa?

ULRICH, *como si de pronto estuviera al borde del llanto*. Que preguntó si era yo quien lo mandaba matar.

BASILIO, *con una sonrisa perversa en sus labios*. Solo Ulrich puede mandar matar a su propio hermano. Eso fue lo que dijo antes de morir.

ULRICH, *al borde del desmayo*. ¡Dios mío! Es ella... Es ella...

FABIO. Habría que llamar a un médico.

BASILIO. Un malestar pasajero.

FABIO. No está pudiendo respirar.

BASILIO, *disfrutando del malestar de ULRICH*. No es nada. Solo le falta un poco de aire. Ya está.

ULRICH. Es ella... Es ella...

FABIO, *en voz baja a BASILIO*. Habría que decirle que es su propio hijo quien está al piano.

BASILIO, *asombrado*. ¿Evard?

FABIO, *afirmando con su cabeza*. Evard.

BASILIO, *a FABIO*. No. No hay que decirle nada. Que piense que es su mujer muerta. Que sufra. Que pague también él lo que manda hacer a los demás. Que entienda de una vez por todas.

FABIO. ¿Qué cosa?

BASILIO. Que no hay peor adversario que uno mismo, Fabio.

ULRICH, *completamente víctima de su delirio*. Es ella... La madre... La madre de los niños...

JEREMÍAS, *siempre de pie en la segunda sala y para sí mismo*. Solo disfruta haciendo el mal a los demás. Un alacrán. Si supiera que es su propio padre.

De fondo se oyen los disparos amortiguados de NOLD mezclados con los acordes de la sonata de Beethoven.

JEREMÍAS. Si lo supiera.

ESCENA IV

KURT se encuentra sentado en uno de los sillones de la primera sala. Está hablando por teléfono mientras que con su vista recorre un expediente que tiene abierto sobre sus piernas. Contra la pared del fondo hay un montón de cajas de cartón que están apiladas las unas sobre las otras. JEREMÍAS está acomodando municiones en uno de los armarios de la segunda sala.

KURT, leyendo una de las páginas del expediente. Por ese motivo, solicitamos la autorización debida, en lo que se refiere a la exoneración de tasas de peaje, para que la flota naval de nuestra empresa pueda navegar libremente entre las zonas ya detalladas... Bla, bla, bla... Y después, el resto como siempre. *Se detiene unos segundos y mira atentamente el papel que tiene entre sus manos.* Hay un error. De nuevo se equivocaron en las fechas. *Haciendo con su cabeza un gesto de desaprobación.* Vamos a tener que corregirlas. *Escucha, mientras de uno de sus bolsillos toma un bolígrafo.* ¿Cuándo? *Escucha.* ¿Por qué razón? *Escucha al mismo tiempo que anota algo en el papel.* ¿Eso fue lo que dijeron? *Escucha.* De todos modos, no pueden obligarnos. *Escucha.* Hay que ver. *Escucha.* Es posible. *Escucha.* Mientras no lo digan por escrito... *Escucha.* Exacto. *Escucha.* Lo mejor sería discutirlo directamente con la embajada. *Escucha.* Se les puede pedir una cita urgente. *Escucha.* El servicio comercial. *Escucha.* No pueden negarse. *Escucha.* A ellos también les conviene. *Escucha.* Porque no. *Escucha.* Tengo acá mismo los planos. *Busca en su expediente.* Si el oleoducto no atraviesa de norte a sur, en ese caso estamos bien acorralados. *Escucha.* Ellos también salen perdiendo. *Despliega un plano que mira con atención.* A ellos les conviene más que a nadie. Más que a nosotros. *Mirando en el plano.* Tengo el plano delante mismo de los ojos. Lo estoy viendo. *Escucha.* ¿Dónde? *Escucha.* Sí. *Escucha.* Lo veo. Al norte. *Escucha.* Ahí mismo. *Escucha.* El propio gobierno tiene interés en decirnos que sí. *Escucha.* Exacto. *Escucha.* Eso mismo. *Escucha.* Por medio del cónsul. *Escucha.* No pueden decir que no. *Escucha.* En ese caso veremos, pero no es posible. *Escucha.* ¿Qué cosa? *Escucha.* Si el oleoducto atraviesa de norte a sur, lo sacamos directamente a puerto. Si solo puede llegar al centro del país, en ese caso vamos a tener que levantar dos o tres refinerías y algunos centros de stock. No sería lo

mejor para nosotros. *Escucha*. Ahora es imposible. Primero hay que ver qué dicen. *Escucha*. Una comida. *Escucha*. Por ejemplo. *Escucha*. Buena idea. *Escucha*. ¿Quién? ¿Deuker? *Escucha*. ¿Ponerlo al frente? *Escucha*. Tengo mis dudas. Es cierto que conoce bien el Medio Oriente... *Escucha*. ¿Y Benfield? *Escucha*. Tiene buenos contactos con los servicios secretos. *Escucha*. Eso mismo. *Escucha*. Y además, conoce bien los medios financieros. *Escucha*. Hay que ver. *Escucha*. ¿Cómo? *Mira hacia la segunda sala*. No. Está el viejo. *Escucha*. Todavía no. *Mirando su reloj*. Ya tendría que estar acá. *Escucha*. No. No creo. Sólo firmamos y nos vamos. *Escucha*. No sé. *Escucha y mira hacia la segunda sala*. No dijeron nada. *Escucha*. Tampoco. *Escucha*. Quizás. No lo sé. Es posible. *Escucha*. ¿Cuándo? *Escucha*. ¿Quién lo dijo? *Escucha*. Hay que tener cuidado. *Escucha*. Imagino que solo. *Escucha*. Esta mañana por teléfono me dijo que sí. *Escucha*. No creo. *Escucha*. Por eso prefiere que firmemos acá. *Escucha*. Un poco. *Escucha*. Es Evard que lo tiene un poco mal. *Escucha*. Es normal. Después de tantos años. *Escucha*. Parece que sí. *Escucha*. Nadie lo sabe. *Escucha*. ¿Qué cosa? *Escucha*. No creo. *Escucha*. ¿Quién? *Escucha*. ¿Basilio? *Escucha*. Después lo vemos. *Escucha*. Después. *Escucha*. Más tarde. *Escucha*. Ahora no. *Escucha*. No conviene. *Escucha*. Para volver al tema del oleoducto... Lo mejor es que se resuelva antes del fin de este año. *Escucha*. No. No es por eso. *Escucha*. Sería bueno saber cuanto antes, qué tipo de transporte vamos a poner en marcha. *Escucha*. Por el presupuesto del año próximo. *Escucha*. Eso mismo. *Escucha*. Y también las plataformas. Los centros de reserva. *Escucha*. Todo depende de si nos dejan excavar o no el oleoducto. *Escucha*. En caso de que no nos den la autorización, las pérdidas pueden ser atroces. *Escucha*. Los países vecinos están al tanto. *Escucha*. Justamente. *Escucha*. Nos van a pedir cifras imposibles. *Escucha*. Nos pueden retener más del cincuenta por ciento de la producción. *Escucha*. Son capaces. *Escucha*. Hay que hacer todo lo posible para que digan que sí. El mejor para eso es Benfield. *Escucha*. Es el único que puede convencerlos de que nos dejen agujerearles el país de norte a sur. *Escucha*. Benfield asusta. Sirve para este tipo de misiones. *Escucha*. Y además es muy simple... *Se detiene*. Si nos dicen que no, se les acaban las armas. *Escucha*. Exacto. *Escucha*. No. *Escucha*. Perfecto. *Escucha*. Entendido. Lo prioritario es la embajada. *Escucha*. Ni bien tenga los contratos, pienso pasar por el escritorio. *Mira el reloj*. Seguramente antes de esta noche. *Escucha*. ¿Qué cosa? *Escucha*. Lo mejor es esperar unos días más... ¡ Ah!... Me olvidaba... A Geert le encontraron cincuenta kilos. Parece que pudieron esconder todo, pero la prensa ya está empezando a presionarlos. *Escucha*. Ayer. Por eso les pedimos que esperaran unos días antes de pasar la frontera. Están como locos.

La doble puerta de entrada se abre y vemos a FABIO que entra con una caja de cartón entre las manos y que la deposita sobre la pila de cajas que se encuentran contra la pared del fondo.

KURT, *cambiando rápidamente de tema.* Lo que te decía es que seguramente yo no pueda ocuparme de todos los detalles de la comida. *Escucha.* Sí. Exacto. *Un poco más bajo, tratando que FABIO no lo escuche.* Después te explico. No puedo seguir. *Volviendo a subir la voz.* Ya está todo en orden.

CELIO entra con otra caja de cartón entre sus manos y también la deposita sobre las demás cajas.

KURT. Es lo único que falta. *Escucha.* También faltan avisar algunos invitados.

FABIO se retira.

KURT. Hay que pensar bien qué hacemos con los Krause. Puede servirnos que los invitemos. La ocasión de proponerles un acuerdo. *Escucha.* Perfecto. Hasta luego. *Corta el teléfono y se dirige a CELIO.* ¿Ya están todas?

CELIO, *acomodando la última caja sobre las demás, y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.* Todas.

KURT, *mirando la pila de cajas.* ¿Cuántas en total?

CELIO. Las que nos dijeron.

KURT. Perfecto. *Se dirige a una de las cajas y la mira de cerca.* ¿Por dónde las entraron?

CELIO. Por el lugar de siempre.

KURT. ¿Ningún problema?

CELIO. Nada.

JEREMÍAS se dirige hacia la primer sala.

KURT, *controlando que nadie los oiga.* ¿Y el nuevo?

CELIO. Hizo dos o tres preguntas al principio y después entendió que lo mejor es cerrar el pico y no interesarse.

KURT, *curioso.* ¿Qué le dijiste?

CELIO. Municiones. Lo mismo de siempre.

JEREMÍAS, *entrando en la primer sala y dirigiéndose a CELIO*. ¿Ya están todas?

CELIO. Todas.

JEREMÍAS, *a KURT sin mirarlo*. ¿Hasta cuándo?

KURT, *a JEREMÍAS*. Esta noche vienen a buscarlas. Todavía no confirmaron la hora.

JEREMÍAS. El señor Richter debe saberlo.

KURT. Imagino que va a ser de madrugada.

JEREMÍAS, *contando las cajas*. ¿Salen por el mismo lugar de siempre?

KURT. El mismo. Como de costumbre.

De pronto la doble puerta de entrada se abre y entra ULRICH.

ULRICH, *un poco apresurado*. Kurt. Un poco de atraso. *Mirando las cajas*. ¿Ya están todas?

JEREMÍAS, *a ULRICH*. Todas.

ULRICH, *a KURT*. Pensé que serían menos. *A JEREMÍAS*. ¿Alguna llamada?

JEREMÍAS. Nada.

ULRICH. ¿Ningún mensaje?

JEREMÍAS, *haciendo un movimiento negativo con la cabeza*. Ninguno. *A ULRICH y KURT*.

¿Van a necesitar algo?

ULRICH, *dirigiéndose a uno de los asientos*. Un poco de calma.

JEREMÍAS, *haciéndole un gesto a CELIO para que se retire*. ¿Los señores piensan tirar?

ULRICH. Hoy no. *Sentándose en uno de los sillones*. Tenemos que trabajar un poco.

CELIO sale por la doble puerta de entrada.

JEREMÍAS. Perfecto. *Se dirige a la doble puerta de entrada y controla que esté bien cerrada.*

KURT, *también tomando asiento en uno de los sillones y abriendo nuevamente su expediente.*

Para ir rápido... Se detiene y busca entre sus papeles. Acá está. Antes de tenderle un documento a ULRICH, lo ojea rápidamente.

ULRICH, *sacando de uno de sus bolsillos sus lentes y un bolígrafo, como si se preparara a firmar*. ¿Están bien detallados los plazos?

KURT, *tendiéndole el documento*. Todo como dijimos.

JEREMÍAS, *se dirige hacia la segunda sala y antes de salir, se detiene de golpe*. Ya me olvidaba. *A ULRICH*. Sí. Una llamada. *ULRICH lo mira*. Son los años...

ULRICH, *leyendo su documento*. ¿ De quién?

JEREMÍAS, *a ULRICH*. Una florería. Un ramo de flores para usted.

ULRICH, *lo mira asombrado*. ¿ Para mí?

JEREMÍAS. Dijeron que lo traen esta tarde.

ULRICH, *con un tono extrañado*. ¿ Flores?

KURT, *a ULRICH, mientras busca otro documento en su expediente*. Seguramente por la boda.

ULRICH, *a KURT*. Sí. Sí. De acuerdo. Pero acá... *Intrigado*. Es extraño. Recibo todos los días en casa. Al escritorio también mandaron algunas. *Haciendo un gesto con una de sus manos hacia KURT*. Hoy mismo, de hecho, llegó uno de Falcons.

KURT, *siempre ocupado en su expediente*. También envió otro a casa.

ULRICH, *a KURT*. Pero que nos envíen flores acá... Me resulta extraño. *A JEREMÍAS que aguarda de pie en el umbral de la segunda sala*. ¿ Quién las manda?

JEREMÍAS, *levantando los hombros*. No dijeron.

KURT, *leyendo sus documentos*. De pronto es alguien del club.

ULRICH, *para sí mismo*. Extraño.

JEREMÍAS, *dando media vuelta*. Los años... Mejor... Es mejor...

ULRICH, *a KURT que lee el expediente*. ¿ Qué dice?

KURT, *sin levantar la vista de sus documentos*. Nada. Habla solo.

JEREMÍAS, *entrando en la segunda sala*. Con el tiempo... Uno se va olvidando... De a poco... Mejor... Es mejor...

ULRICH, *haciendo referencia a JEREMÍAS*. Se queja de los años. *Vuelve a la lectura de su documento*.

KURT, *tendiéndole a ULRICH otro documento*. Este es el otro.

ULRICH, *tomando el documento entre sus manos*. Con este no hay problemas... *Lo lee*.

KURT. Está bien explicado. *Haciendo referencia al documento que ULRICH lee*. A cambio de una retención del treinta por ciento de la producción nacional, les compramos parte de las acciones de las plataformas.

ULRICH, *haciendo un gesto hacia las cajas de cartón*. ¿ Y las cajas?

KURT. Pasan como los gastos notariales de compra. Imposible que se den cuenta.

ULRICH, *leyendo el documento*. Hay que detallarlo.

KURT. Está en la segunda hoja.

ULRICH, *leyendo la segunda hoja*. Perfecto. *Sin mirar a KURT*. ¿ Verificaron que fuera de la buena?

KURT. Con ellos no hay problema.

ULRICH, *mirándolo*. Una vez dijimos lo mismo y nos estafaron grande.

KURT, *sonriendo*. Ya está verificada.

ULRICH. Cuarenta kilos a la basura.

KURT. Un poco espesa.

ULRICH, *volviendo al documento*. ¿Y cuando llegue la segunda partida?

KURT. ¿Qué pasa?

ULRICH. ¿Cómo la hacemos figurar?

KURT. En ese caso, la facturamos como gastos de giro bancario.

ULRICH, *leyendo el documento*. Vamos a tener que alertar al banco.

KURT. Ya están prevenidos.

ULRICH, *sin dejar de leer su documento*. ¿Qué dijeron?

KURT. Que aceptan entrar a condición de retener una parte.

ULRICH. ¿Cuánto?

KURT. Piden un cinco por ciento del peso total.

ULRICH, *siempre con el documento entre sus manos*. Razonable.

KURT. Y el transporte. Tenemos que despacharlo nosotros mismos.

ULRICH. No hay problema. Solo hay que ponerse de acuerdo para que sea en un lugar seguro.

KURT. Lo mejor es proponerles el parking del centro comercial.

ULRICH. ¿Por qué no?

KURT. De eso yo me encargo.

ULRICH. Perfecto. *Firma el documento*.

KURT, *le tiende otro documento*. Otra acá.

ULRICH, *le devuelve el documento ya firmado y toma el otro que lee rápidamente antes de firmar*. Esta mañana, Elena probó el traje de novia. Ya lo terminaron. Solo faltan unos detalles. *KURT le va pasando distintos documentos que él va firmando y que paulatinamente le va devolviendo*. Igual a su madre.

KURT, *señalándole uno de los documentos*. En ese pusimos diez días más de plazo.

ULRICH. ¿En cuál?

KURT. En ese.

ULRICH, *lee*. No hay problema. *Firma*. Desde hace una semana que no la dejan tranquila. Un día por el vestido. Otro día por el peinado. Los arreglos florales. *Siempre firmando documentos que le tiende KURT*. Antes era distinto. Era más simple.

KURT, *haciendo referencia a un documento*. Este otro no es seguro que salga, pero lo mejor es que le demos el visto bueno.

ULRICH. ¿Cuál es?

KURT. Los navales.

ULRICH. No hay problema. *Lee y firma*. Ayer estuvieron eligiendo el repertorio para la ceremonia. Scarlatti. El mismo de nosotros. *Firma*. ¿Algún otro?

KURT, *guardando los documentos firmados*. No.

ULRICH, *quitándose los lentes*. Dentro de tres días, Elena no es más mía, Kurt.

KURT, *abriendo otro expediente*. Estuve estudiando el expediente del oleoducto. Va a haber que ser cuidadosos... *Se detiene y busca entre sus papeles*. ¿Dónde lo puse?

ULRICH, *señalándole el expediente*. Es claro que no va a ser tan fácil como pensamos en un principio.

KURT, *siempre buscando entre sus papeles*. Todo depende de quien pongamos al frente.

ULRICH. Para eso hay una sola persona.

KURT, *levantando la vista de sus documentos y mirándolo a los ojos*. ¿Quién?

ULRICH. Deuker.

KURT. Papá piensa lo mismo. *Volviendo a sus documentos*. Yo en cambio pienso que no.

ULRICH. ¿Por qué?

KURT, *buscando entre sus documentos*. No sé dónde lo puse... *A ULRICH*. No le tengo absoluta confianza.

ULRICH. Es el único que conoce bien la región.

KURT. Es lo que papá dice. *Tomando un documento entre sus manos*. Acá está. *Mirando a ULRICH*. De todas formas, no pueden decir que no. *Le tiende el documento a ULRICH*.

ULRICH, *tomando el documento entre sus manos y poniéndose sus lentes*. Con esas bestias nunca se sabe. Pueden decir que sí y cuatro días después volver atrás. *Lee el documento que tiene entre sus manos*. ¿Cuándo llegó?

KURT. La semana pasada.

ULRICH, *siempre leyendo el documento*. Es lo que siempre le dije a tu padre. *Señalando una línea*. De nuevo nos quieren trancar con el tema de los impuestos.

KURT. Se los podemos pagar.

ULRICH, *mirándolo*. Si los congelamos por cinco años.

KURT. El problema en ese caso son las elecciones políticas.

ULRICH. Eso es fácil. Se financia al partido que nos apoye. O directamente financiamos un golpe. Una junta que a cambio nos dé garantía absoluta.

KURT. Hay que ser un poco más cuidadosos.

ULRICH. Por eso la persona indicada es Deuker. *Le devuelve el documento.* Hay que mandarlo cuanto antes.

KURT, *tomando el documento.* Lo mejor es entrar en contacto con el cuerpo diplomático.

ULRICH. Vamos a perder tiempo. En estos casos lo que hay que hacer es atacar directamente. Con esta gente hay que ser sucios de entrada.

KURT. Hay que tener cuidado, Ulrich.

ULRICH. ¿ Con qué?

KURT. Diplomáticamente pueden frenarnos.

ULRICH, *sonriendo.* No pueden nada. Son unos payasos. Solo están para recibir en sus embajadas y ofrecer cada tanto una copa de champagne. Solo sirven de pantalla para negocios clandestinos. Lo mejor es dejarlos tranquilos. Solo hay que ir a sus recepciones de tanto en tanto. Comer un poco de salmón. Besar las manos de sus mujeres. Decirles discretamente que tenemos intereses en sus países, pero que estamos dudando. Y con eso solo, ellos entienden y no se meten más. Les ahorramos trabajo a ellos y nos ahorramos trabajo también a nosotros.

KURT. ¿ Y los acuerdos bilaterales?

ULRICH, *riendo.* Están hechos para esquivarlos, Kurt. Además ellos nos compran armas. Tienen interés en decirnos que sí. Es claro que la persona indicada es Deuker. Hay que jugar sucio con ellos. Y de entrada. ¿ No nos dejan? Financiamos un golpe. ¿ No lo aceptan? Se les va al agua el acuerdo de las minas antipersonales. No les vendemos más. Borrados de la lista. No los necesitamos. Hay una larga fila de espera atrás de ellos. En ese caso, quedan bien acorralados. Ellos los necesitan para controlar las fronteras.

KURT. ¿ Qué cosas?

ULRICH. Las minas.

KURT. Parece que la semana pasada hubo otro grupo de niños. *Busca un documento en su expediente.* Dos muertos y cuatro sin piernas. O tres y tres.

ULRICH. Lo leí en los diarios.

KURT, *siempre buscando entre sus papeles.* Una de las organizaciones humanitarias que colabora en el terreno, la recuperó y quieren seguir la pista de origen. *Mirándolo.* Si remontan pueden llegar hasta nosotros.

ULRICH. Ya los mandamos frenar. Asunto solucionado. No hay ningún problema. *Tratando de cambiar de tema.* ¿ Qué más?

KURT, *haciendo un gesto con sus dos manos.* Por ahora, nada.

ULRICH. Bien. En ese caso, vuelvo al escritorio.

De pronto suena el teléfono y JEREMÍAS al oírlo, se dirige hacia la primera sala.

ULRICH. Me espera una tarde infernal de trabajo.

KURT. Podemos almorzar juntos.

ULRICH. ¿ Por qué no?

KURT. Esta tarde tenemos la reunión con los representantes de la aeronáutica.

JEREMÍAS entra en la primera sala.

ULRICH, *poniéndose de pie*. ¿ A qué hora la fijaron?

KURT. Creo que a las cuatro pero no estoy seguro.

ULRICH. ¿ Tan temprano?

JEREMÍAS descuelga el tubo y escucha.

KURT, *busca entre sus papeles*. Me parece que es a las cuatro.

ULRICH, *cerrándose los botones de su saco*. ¿ Quién se encarga de la presentación?

KURT, *siempre buscando la hoja entre sus documentos*. Imagino que Gutter. *Encuentra un papel*. No. Es a las cinco.

JEREMÍAS, *a ULRICH*. Es para usted.

ULRICH, *asombrado*. ¿ Para mí?

JEREMÍAS, *tendiéndole el tubo del teléfono*. Es Evard.

ULRICH, *dirigiéndose al teléfono*. ¿ Evard? *Toma el teléfono*. Evard. *Escucha un poco extrañado*. ¿ Ahora mismo? *Mirando su reloj*. ¿ Dónde estás? *Escucha*. ¿ Arriba? *Escucha y vuelve a mirar su reloj*. ¿ Quién te dijo? *Escucha*. Que estaba acá. *Escucha*. No pasa nada. *Escucha*. ¿ Por qué no? *Escucha*. ¿ Es algo urgente? *Escucha*. ¿ Algún problema? *Escucha*. Perfecto. *Escucha*. Entonces te espero. *Cuelga el teléfono*.

KURT, *poniéndose de pie y acomodando sus documentos*. ¿ Está arriba?

ULRICH, *llevándose una de las manos a la cabeza*. Baja...

JEREMÍAS, *a ULRICH*. ¿ Quiere tirar?

ULRICH, *un tanto desconcertado*. No lo sé.

JEREMÍAS. Seguramente quiera tirar.

ULRICH, *haciendo un movimiento negativo con la cabeza*. Dice que quiere hablarme de algunas cosas. *A KURT*. Es extraño que quiera verme acá.

JEREMÍAS, *dirigiéndose a la segunda sala*. Por las dudas... Las armas...

KURT, *abrochándose los botones de su saco*. Lo mejor es que me vaya.

ULRICH, *a KURT*. Kurt. El almuerzo...

KURT, *haciéndole un gesto con una de sus manos*. Para otro día.

ULRICH, *tomándolo por uno de los brazos*. Antes de la boda me gustaría que comiéramos juntos... Cuestión de ajustar los últimos detalles.

KURT, *dirigiéndose a la doble puerta de salida*. Mañana.

ULRICH, *con un movimiento afirmativo de su cabeza*. Mañana.

KURT, *antes de salir*. De todos modos nos vemos a las cinco.

ULRICH. A las cinco.

KURT sale y cierra la doble puerta tras de sí. ULRICH parece no saber qué hacer. Se dirige al mueble de bebidas y se sirve un vaso de whisky que bebe inmediatamente. Luego se dirige hacia el vidrio que separa la primera de la segunda sala y poniéndose ambas manos en los bolsillos, mira como JEREMÍAS prepara las armas. Se queda unos segundos contemplando hacia la segunda sala como si se encontrara suspendido en un tiempo sin tiempo. De pronto la doble puerta se abre y vemos a EVARD que entra y que cierra la puerta tras de sí. ULRICH parece no haberlo oído entrar. EVARD lo mira unos segundos sin que este reaccione.

EVARD. Papá.

ULRICH, *sorprendido, se da vuelta*. Evard. *Lo mira a los ojos*. No te oí entrar.

EVARD, *haciendo un gesto hacia la segunda sala*. ¿Entrenando?

ULRICH, *negando con la cabeza*. No. *Sonríe*. A mi edad ya no es aconsejable todos los días.

EVARD. Entonces te debo haber interrumpido en medio de una reunión.

ULRICH, *haciendo un gesto con una de sus manos*. Nada importante.

EVARD. Vi a Kurt salir de la sala.

ULRICH. Algunos detalles que ajustar.

EVARD. La boda, ¿verdad?

ULRICH. Entre otras cosas. *Invitándolo a sentarse con un gesto de su mano*. Estos días estamos un poco desbordados de trabajo. Muchas cosas que hay que resolver al mismo tiempo.

EVARD toma asiento en uno de los sillones.

ULRICH. Y todas cosas muy delicadas. En nuestros asuntos hay que moverse con mucho cuidado. Cada día es un partido de ajedrez que hay que afrontar. La más mínima distracción y todo se viene abajo.

EVARD. Negocios... Negocios... Negocios...

ULRICH, *también tomando asiento enfrente de su hijo.* Estamos viviendo un momento de grandes reestructuras, Evard. Grandes cambios. Reorganizando los directorios. Eligiendo nuevos responsables. Reestructurando los programas de gestión. En fin, todas cosas que sé que no te interesan.

EVARD, *mirando hacia la segunda sala.* ¿Estamos solos?

ULRICH, *extrañado de la pregunta de EVARD.* No. ¿Por qué?

EVARD, *sin dejar de mirar hacia la segunda sala.* ¿Quién hay?

ULRICH. Jeremías. *Intrigado.* ¿Pasa algo?

EVARD, *negando con la cabeza.* No. Simplemente quería saber si estábamos solos. *Cambiando de tema.* Me decías que estaban reestructurando la organización de Richter & Havers.

ULRICH. Eso mismo. Este último año fue de grandes cambios para nosotros.

EVARD. De algunas cosas me fui enterando por la prensa.

ULRICH, *sonriendo.* No es la mejor fuente de información que digamos.

EVARD. En todo caso fue por la prensa que me enteré de los tres mil despidos de una de las refinerías.

ULRICH. No hubo otra solución posible. Tratamos de negociar con los sindicatos pero no llegamos a un acuerdo. Algo terrible. Dejar tanta gente afuera. No pudimos hacer nada. Y lo peor fue la manera en como todo pasó. La cuestión degeneró en reivindicaciones políticas. Algunos sectores aprovecharon como siempre la situación de la gente para hacer su propia propaganda, y eso no hizo más que empeorar las cosas. Hubo actos de violencia de parte de algunos empleados que, provocados por algunos infiltrados, terminaron en un vandalismo lamentable. Manifestaciones. Amenazas de muerte. Algo espantoso. Tuvieron que intervenir las fuerzas del orden. Hubo algunos muertos. Varios heridos. Y unas cuantas detenciones. La prensa como siempre fue tendenciosa. Filmó lo que no tenía que haber filmado. Un desastre. Eso nos implicó algunas pérdidas. Pero por suerte no alcanzó a la Bolsa.

EVARD. Tres mil personas en la calle.

ULRICH. Hay momentos de crisis en los que uno se ve obligado...

EVARD, *interrumpiéndolo*. Las refinerías despiden tres mil personas en uno de los momentos de mayor crecimiento económico.

ULRICH. No es así, Evard.

EVARD. ¿ En este momento no están en plena expansión de los mercados?

ULRICH. Ahora. Pero no hace seis meses atrás.

EVARD. Para eso fue necesario un despido masivo.

ULRICH. Las cosas no son tan simples como parecen. A nadie le dolió tanto como a mí, Evard. No es tan fácil firmar tres mil despidos uno a uno.

EVARD. Papá. ¡ Por favor! Hace treinta años que te escucho decir lo mismo.

ULRICH. No entiendo qué es lo que querés decir.

EVARD, *sonriendo*. Nada.

ULRICH. Parece que de pronto vinieras a reprocharme las últimas medidas empresariales.

EVARD, *negando con la cabeza*. No es eso.

ULRICH. Como si de golpe te interesaras por lo que nunca te interesaste.

EVARD. ¿ Qué cosa?

ULRICH. Los negocios que siempre despreciaste.

EVARD. No es de negocios que te estoy hablando.

ULRICH. ¿ Entonces de qué me hablás?

EVARD. De tres mil personas que son eliminadas como si fueran hormigas.

ULRICH. No seas ridículo. Hablás con los típicos vicios de quien no entiende nada de todo esto.

EVARD. No hay mucho que entender.

ULRICH, *poniéndose de pie*. ¿ Qué es lo que querés decirme?

EVARD. ¿ Estás apurado?

ULRICH, *sin mirarlo*. No me gusta perder el tiempo.

EVARD. Puedo irme...

ULRICH. No es eso lo que quise decir.

EVARD. Me hacés entender que te hago perder el tiempo.

ULRICH. Si es para hablar de estas cosas, sí. *Lo mira a los ojos*. Evard. Hace años que no nos hablamos y no entiendo por qué nos tenemos que poner a discutir sobre temas que no nos conciernen. ¿ Qué es lo que pasa? No entiendo. ¿ Querés entrar en la empresa?

EVARD niega con la cabeza.

ULRICH. Sabés que fue lo que siempre quise. ¿ Es eso lo que querés?

EVARD, *siempre negando con la cabeza*. No, papá.

ULRICH. Entonces no tenemos por qué discutir sobre esas cosas. Si querés que hablemos de negocios, tenés que estar adentro. De lo contrario, no tenés nada para decirme al respecto, ni yo tengo nada para oír.

EVARD. Ya te dije que no fue de negocios de lo que hablé. Si pudieras por un segundo olvidar esa palabra.

ULRICH. Es muy fácil criticar desde afuera. Y más cuando no se tiene ninguna formación ni acceso a ningún tipo de información válida.

EVARD. Me había olvidado que no soportás la crítica.

ULRICH. No cuando no es fundamentada.

EVARD. No fui yo quien empezó a hablar de las refinerías.

ULRICH. Ya sé. Es mi culpa. Simplemente quería ponerte al tanto de que en adelante van a haber cambios. Nos vemos cada cinco años y me pareció oportuno tenerte al tanto de algunos puntos capitales. Sos uno de mis herederos y me parece que tengo todo el derecho del mundo a tenerte al corriente de algunas cosas. *En forma irónica*. Cometí un error. La próxima vez lo voy a hacer por escrito.

EVARD. No me hagas reír.

ULRICH. Al menos podrías oírme. Soy tu padre. Dentro de pocos días voy a abandonar la dirección de la empresa.

EVARD lo mira asombrado.

ULRICH. Es algo importante. Muy importante para mí. *Se detiene*. Luego de cuarenta años de trabajo al frente de una de las multinacionales más grandes del mundo, la voy a abandonar y me pareció que podía ser algo que podía compartir con mi propio hijo.

EVARD. ¿ Vas a abandonar el directorio?

ULRICH. Dentro de algunas semanas.

EVARD. ¿ Estás seguro?

ULRICH. Completamente. En adelante es Kurt quien va a pasar a estar al frente del consejo directivo.

EVARD. Siempre lo imaginé.

ULRICH, *interesado*. ¿ Qué cosa?

EVARD. Que Kurt quedaría al frente.

ULRICH. ¿ Te molesta?

EVARD. En lo más mínimo.

ULRICH. Yo hubiera preferido que fuese distinto.

EVARD. Sí. Ya lo sé.

ULRICH. Hubiera preferido que todo pasara a tus manos.

EVARD, *sonriendo*. Ahora entiendo.

ULRICH. ¿ Qué cosa?

EVARD. Por eso el casamiento.

ULRICH. ¿ Cómo?

EVARD. Digo que por eso decidieron el casamiento.

ULRICH. No te entiendo.

EVARD. Elena no podía estar al frente. Era necesario encontrar a alguien capaz. Qué mejor persona que el hijo de tu asociado. De dos firmas hacer una sola. Así salen todos ganando. Negocios... Negocios... Negocios... Siempre negocios...

ULRICH. No te lo voy a negar. Es cierto. Una forma de que salgamos todos ganando.

EVARD. Todos menos Garret a quien fue necesario eliminar para que dejara de ser un obstáculo.

ULRICH, *molesto*. ¿ De dónde sacaste eso?

EVARD. Papá. ¡ Por Dios! No vamos a seguir jugando a las escondidas.

ULRICH, *señalándolo con el dedo*. Te prohíbo meterte en lo de Garret.

EVARD. ¿ Es una amenaza?

ULRICH. Te lo prohíbo absolutamente.

EVARD. No te tengo miedo.

ULRICH. Te estoy hablando en serio.

EVARD. Yo también. De todos modos Garret no me interesa. Era una bestia a la que le tocó el final que tarde o temprano le toca a la gente como ustedes.

ULRICH. Si no te interesa entonces dejalo en paz.

EVARD. Visto el lugar a donde fue a parar, no creo que lo pueda perturbar demasiado. Pero Elena...

ULRICH, *interrumpiéndolo*. Elena, ¿ qué?

EVARD. Elena sí me interesa. ¿ Cómo podés casarla con un hombre que detesta?

ULRICH. Ella aceptó.

EVARD. Sabe que no puede decir que no.

ULRICH. Kurt es alguien a quien Elena apreciaba enormemente. Además ella entendió que era la única posibilidad para reforzar la empresa. Si en lugar de haberte ido, te hubieras quedado en el sitio que te correspondía, todo habría pasado a tus manos y el casamiento no habría sido necesario. Si hay un responsable de la necesidad de unir Richter & Havers, no soy yo.

EVARD. ¿Querés decir que soy yo?

ULRICH. En cierta forma. Oíme bien lo que voy a decirte. Eras mi único hijo varón. El elegido...

EVARD, *riendo*. ¿El elegido?

ULRICH. Sí. El elegido. Y no supiste responder a tu deber como tal. Preferiste irte. Esconderte. Igual a tu madre...

EVARD, *interrumpiéndolo*. Sabía que me lo ibas a decir.

ULRICH. Idénticos. Es la verdad. Si te hubieras quedado, todo habría sido distinto. No me quedaba otra opción.

EVARD. Sí. *Se detiene un segundo*. Basilio.

ULRICH queda inmóvil.

EVARD. Se te olvidó pensar en él.

ULRICH, *sin mirarlo*. ¿Qué estás diciendo?

EVARD. Te olvidaste de pensar en Basilio.

ULRICH, *molesto, mira hacia a la segunda sala*. ¡Por Dios!

EVARD. Sé que soy el único que lo sabe.

ULRICH. ¡Evard!

EVARD. De eso vine a hablarte.

ULRICH, *siempre sin mirarlo*. ¿De qué cosa?

EVARD. De Basilio.

ULRICH, *absolutamente molesto*. No tengo nada que oír al respecto.

EVARD. Sin embargo vas a oírme.

ULRICH, *se da vuelta y en forma tajante lo enfrenta*. Eso no puede saberse.

EVARD, *más tajante aún*. Sí, papá.

ULRICH. Evard, ¡por Dios!

EVARD. Ya es hora.

ULRICH. No, Evard. No es hora de nada.

EVARD. La solución era mucho más simple. No tenías más que decirle la verdad a Basilio.

ULRICH. Evard. Si no lo hice fue para protegerlos a ustedes dos.

EVARD. ¿Protegernos?

ULRICH. Si Basilio sabe la verdad, puede reclamar su parte en la herencia.

EVARD. Que lo haga. Es normal.

ULRICH. No, Evard. *Suplicante*. Te lo ruego. Puedo darte lo que quieras. Pero eso no. Eso puede deshacernos. No es el momento para que él lo sepa. Basilio es un ser lleno de odio. Enterarse, lo va a volver una fiera. Puede jugarnos una mala pasada. De veras que no es el momento. Puede volverse contra nosotros. Extorsionarnos. Él tiene mucha información. Trabajó para nosotros todos estos años y sabe que tiene varias cartas bajo la mano que puede sacar de un momento a otro. Puede chantajearnos. Hundirnos en menos de una tarde. Aunque le demos fortunas, no vamos a poder frenarlo. La plata no le interesa. Su único interés es hacer el mal y si sabe que nos lo puede hacer, no va a dudar un segundo. Todo se nos puede ir de las manos. Es un ser vengativo. Un alacrán, Evard. Un alacrán que solo piensa en picar para vaciarse de su veneno. No es el momento de provocarlo.

EVARD. ¿Cómo pudiste, papá?

ULRICH. Hay cosas Evard...

EVARD, *interrumpiéndolo*. No, papá. No hay ningún tipo de explicación posible. Todos estos años. ¿Cómo pudiste? Sabías lo de Elena y Basilio. Lo sabías. *Se detiene*. ¿Cómo pudiste?

ULRICH. No sé de lo que estás hablando.

EVARD. Lo de Elena y Basilio, papá.

ULRICH. No te entiendo.

EVARD. Un incesto. Lo sabías. Todos estos años...

ULRICH, *absolutamente molesto*. ¡ Por favor! *Se le acerca*. De eso no se habla. *En voz baja*. Nadie sabe nada. Lo mejor es dejar todo como está. ¡ Por Dios!, Evard. Además, eso ya está terminado.

EVARD. Se siguen viendo. A escondidas pero se siguen viendo.

ULRICH, *casi que rogándole*. ¡ Por favor, Evard! Eso nadie lo sabe.

EVARD. ¿Cómo pudiste?

ULRICH. No podía hacer nada. Justamente, el casamiento con Kurt va a separarlos definitivamente.

EVARD. Ya es tarde, papá.

ULRICH, *cada vez más suplicante*. Evard. Yo solo quise hacerles el bien. Protegerlos. La empresa. La fortuna. Solo quise protegerlos.

EVARD. Y lo único que hiciste fue destruirnos.

ULRICH. No, Evard. Yo hice todo por sostener la empresa en alto. ¿ Para quién? Para ustedes. Sólo para ustedes. Toda una vida dedicada a pelear como un tigre para mantener en alto Richter y asociados. Las refinerías. Las plataformas. Los oleoductos. Años enteros excavando la tierra para ustedes. Perforando desiertos. Talando selvas tropicales. Secando mares. Deforestando continentes enteros para preservar la empresa en alto. Para un día poder dárselas. Entregárselas.

EVARD. Nada de eso me conmueve.

ULRICH. Sin embargo deberías conmoverte.

EVARD. Papá. ¡ Por favor! Tus negocios siempre fueron una mugre. Una estafa detrás de otra.

ULRICH. No hables así de la empresa de tu familia.

EVARD, *riendo*. Todo esto me resulta lamentable.

ULRICH, *rogándole en forma desesperada*. Evard... ¡ Por Dios! Te ruego que dejes todo como está. Te lo ruego. Te lo suplico. Nunca antes te pedí nada. Lo único que te pido ahora, es que te calles y que nos dejes en paz.

EVARD. ¡ Basta, papá!

ULRICH, *acusándolo con uno de sus dedos*. ¡ No me hables así! Soy tu padre...

EVARD. Eso no quiere decir nada.

ULRICH. ¿ Cómo que no quiere decir nada?

EVARD, *mirándolo con un gran desprecio*. Nada.

ULRICH, *al borde de la desesperación*. ¡ Evard! ¡ Por Dios! Sos consciente que eso puede anular el casamiento. Destruir a Elena. Enfurecer a los Havers. Descalabrar todo el consorcio. Deshacer el directorio. Destruir por completo nuestra empresa. Desacreditarnos públicamente. Arrastrarnos a la ruina absoluta. Los imperios se pueden venir abajo en segundos, Evard. ¡ Por Dios! No vengas a destruirlo todo. *Le tiende una de sus manos*. Te lo pide tu propio padre. Te di la vida. No me la saques.

EVARD. Tendrías que dejar de hacer el ridículo. *Se pone de pie*.

ULRICH. ¡ Por Dios!

EVARD. ¡ Basta, papá!

ULRICH. Te lo suplico.

EVARD. Ya es tarde.

ULRICH. Deberías tenerme un poco más de respeto.

EVARD. Deberías tener un poco más de vergüenza.

ULRICH. Por haber traído al mundo un ser monstruoso.

EVARD, *afirmando con la cabeza*. Entre otras cosas.

ULRICH. Pensé que te podía quedar un poco de compasión.

EVARD. Eso era todo lo que tenía para decirte.

ULRICH. Veo que estás decidido.

EVARD. Sí.

ULRICH. Bien. Entonces en adelante cada uno va a tener que actuar de su lado.

EVARD. Ya te lo dije, no me das miedo.

ULRICH. Siempre pensé que algún día podías volver. Pero nunca imaginé que en estas condiciones.

EVARD. Mañana mismo pienso hablarle.

ULRICH. No quiero oírte más. Hoy conocí tu verdadero rostro. Durante años pensé que el único alacrán que podía haber concebido era Basilio. Hoy me doy cuenta que en realidad no es el único. No sé cuál de los dos es peor.

EVARD. Es posible que sea hereditario.

ULRICH. Probablemente. Quizás exista el cromosoma del odio. *Suena el teléfono, ULRICH descuelga violentamente y escucha, EVARD de pie lo mira. Que las bajen. Cuelga en forma violenta mientras EVARD se dirige hacia la doble puerta de salida. Una última cosa antes de que te vayas. Te voy a pedir que no vuelvas nunca más a poner un pie en mi propia casa. No quiero volver a verte sentado en mi misma mesa. Seguramente no volvamos a vernos. Quiero que sepas que a partir de ahora mismo, pienso hacer todo lo posible para que el día de mi muerte recibas la menor parte posible. Lo mínimo. No puedo desheredarte. La ley no me deja. Desgraciadamente. Si pudiera hacerlo, lo haría sin dudar un segundo.*

La doble puerta se abre y entra FABIO con un gran ramo de flores.

ULRICH. Póngalas arriba de la mesa, por favor.

FABIO las deposita sobre la mesa y se retira. ULRICH se acerca al ramo, toma un sobre blanco, lo abre, saca un papel plegado, lo despliega y comienza a leerlo. Como si le faltaran las fuerzas, se acerca a uno de los sillones y cae sentado.

ULRICH, *sin quitar un segundo la vista del papel blanco*. Una broma de mal gusto.

EVARD, *acercándosele por detrás*. ¿Qué pasa?

ULRICH, *con una mano sostiene la hoja blanca, mientras que con la otra se afloja la corbata y el cuello de su camisa*. Nada. No es nada.

EVARD. ¿Quién las manda?

ULRICH. Garret. *Plegando la hoja y volviendo a guardarla en el sobre*. Para felicitarme por la boda de tu hermana.

EVARD, *mirándolo desde arriba*. Seguramente haya encargado el ramo antes de que lo mandaras matar.

ULRICH. Es posible.

EVARD, *dirigiéndose a la puerta de salida*. No todos los días se reciben flores de un muerto. *Abre las puertas*. Por lo general es al revés.

ULRICH, *sin mirarlo*. Evard.

EVARD se detiene.

ULRICH. Viniste a destruirme.

EVARD. No tiene sentido que sigamos hablando.

ULRICH, *siempre sin mirarlo*. Para hacerme mal. Para derribarme. A eso viniste.

EVARD, *mirándolo desde la puerta*. Vine a buscar a un hermano.

ULRICH. Sabiendo que el precio de encontrarlo puede costarle la vida.

EVARD. Aunque le cueste la vida. *Sale y cierra la puerta tras de sí*.

ULRICH, *mirando el sobre blanco que tiene en una de sus manos*. Un muerto me manda un ramo de flores.

JEREMÍAS, *abriendo la puerta que separa la primera sala de la segunda y dirigiéndose al ramo de flores*. Son violetas.

ULRICH, *sin mirarlo*. ¿Qué cosa?

JEREMÍAS, *oliendo las flores*. Violetas. *Tomando el ramo de flores entre sus brazos*. ¿Quién las manda?

ULRICH, *mostrándole el sobre blanco que tiene en la mano*. Garret.

JEREMÍAS, *empezando a preparar el ramo para ponerlo en el florero*. Violetas de Constantinopla.

ULRICH, *para sí mismo*. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

JEREMÍAS, *acomodando las flores*. Seguramente ya había encargado el ramo antes.

ULRICH, *siempre para sí mismo*. El hijo que viene a destruir el imperio del padre. El suyo propio. *Con la vista perdida en el vacío*. ¿Cómo es posible? *Se lleva una de sus manos a la frente*. ¿Cómo es posible?

ESCENA V

CELIO se encuentra entrenándose en la tercera sala, mientras que FABIO, sentado en una silla de la segunda sala, está leyendo un libro que tiene entre sus manos. De pronto suena el teléfono. FABIO interrumpe su lectura, se acerca al vidrio de la tercera sala y golpeándolo, le hace un gesto a CELIO que no oye el teléfono a causa de los cascos auriculares. CELIO al ver a FABIO, se quita los cascos, sale apresurado de la tercera sala y se dirige en dirección de la primera.

CELIO, mientras atraviesa la segunda sala. Debe ser el viejo.

FABIO, volviendo a su lugar y retomando la lectura. Está sonando hace rato.

CELIO, entrando a la primera sala y dirigiéndose apresurado al teléfono. Podías haber atendido.

FABIO, sin dejar de leer. No quiere que toque el teléfono. Solo para limpiarlo, me dijo los otros días.

CELIO, descolgando el teléfono. Sí. Escucha. Perfecto. Escucha. Enseguida. Cuelga y se dirige a la segunda sala. Pide que preparemos la sala.

FABIO, interrumpe su lectura. ¿Quién viene?

CELIO. Ulrich.

FABIO, mira su reloj. ¿A esta hora?

CELIO. Eso es lo que dijo. Dirigiéndose a la tercera sala.

FABIO, retomando la lectura. Finalmente sus propios camaradas lo abandonan.

CELIO, sin comprender. ¿A quién?

FABIO. Al viejo Pew. Mostrándole el libro que tiene entre sus manos. El ciego del bastón. Lo dejan muerto al borde de una zanja. En medio de la ruta del Almirante Benbow.

CELIO, empezando a acomodar el atril en el cual estaba entrenando. Deberías dejar ese libro. Si el viejo te ve, te va a hacer problemas.

FABIO. Mientras no hay nada para hacer...

CELIO. No importa. No les gusta. En los tiempos libres hay que entrenarse. Y además no es cierto. Siempre hay algo que hacer. Haciendo un gesto hacia uno de los armarios de la segunda sala. Las municiones por ejemplo. Faltan acomodar tres cajas que trajeron hoy.

FABIO, *guardando el libro en uno de sus bolsillos*. Solo hay dos.

CELIO. La otra la tengo yo. *Mirando el arma con el cual estuvo entrenando*. Buen calibre. A

FABIO. Deberías probarla.

FABIO, *dirigiéndose a la tercera sala y mirando hacia los blancos*. ¿Cuántos tocaste?

CELIO, *señalando hacia los blancos*. Cinco a diez metros y dos a treinta.

FABIO. Va a haber que cambiar los blancos.

CELIO. No es necesario.

FABIO. ¿Alguno en la cabeza?

CELIO, *haciendo la mímica sobre su propio cuerpo*. Tres en plena frente y los otros cuatro en el pecho. *Mostrando el arma que tiene entre sus manos*. Realmente excelente. Un poco liviana al principio pero enseguida te acostumbrás.

FABIO. Basilio dice que es un poco dura.

CELIO, *intrigado*. ¿Ya la probó?

FABIO. Sí.

CELIO. ¿Cuándo?

FABIO. Esta mañana. Estuvo tirando con Evard. *Toma la caja de municiones que tenía CELIO y se dirige a la segunda sala*.

CELIO, *abandona la tercera sala e interesado por lo que FABIO cuenta, lo sigue a la segunda sala*. ¿Evard?

FABIO. Una puntería fuera de lugar. *Empieza a acomodar las municiones*.

CELIO. ¿Quién?

FABIO. Evard.

CELIO, *curioso*. ¿Él también estuvo tirando?

FABIO. Toda la mañana. Al principio tuvo algunos problemas de concentración. Parece que hacía más de veinte años que no tiraba. Pero a los pocos minutos empezó a bajar todos los blancos. Es normal, nos dijo.

CELIO. ¿Y después?

FABIO. Después ¿qué?

CELIO. Evard y Basilio...

FABIO. No sé. Se fueron juntos. *Levantando los hombros*. ¿Por qué?

CELIO. Nada.

FABIO, *siempre acomodando las municiones en uno de los cajones*. ¿Es por lo de ayer que preguntás tanto?

CELIO. ¿Qué pasó?

FABIO. Por la pelea.

CELIO, *mirando a FABIO trabajar*. ¿Cuál?

FABIO. Parece que hubo problemas entre el padre y el hijo.

CELIO. ¿Ulrich y Evard?

FABIO, *afirmando con la cabeza*. Dicen que no se va a quedar para la boda.

CELIO. ¿Por qué?

FABIO. Cosas que salieron a la luz después de varios años.

CELIO, *un poco molesto*. ¿De dónde sacaste eso?

FABIO, *siempre acomodando las balas*. Lo oí decir.

CELIO. Es posible. No me extrañaría.

La doble puerta de la primera sala se abre y entra JEREMÍAS.

CELIO. ¡Cuidado! *Se dirige a otro armario y guarda su arma.*

JEREMÍAS, *dirigiéndose a la segunda sala*. Siempre lo mismo. *A FABIO*. Esas balas ya tendrían que estar acomodadas. *A CELIO*. Celio, un segundo por favor. *Le hace un gesto para que se dirija a la primera sala.*

CELIO, *terminando de guardar su arma*. Enseguida.

JEREMÍAS se dirige a la primera sala y espera a CELIO que unos segundos después lo sigue.

JEREMÍAS, *cerrando la puerta para que FABIO no pueda oír*. Quiere hablarte.

CELIO. Ya lo sé.

JEREMÍAS. En cualquier momento va a llegar.

CELIO. Esta mañana me estuvo hablando del arma.

JEREMÍAS. Ya está ahí.

CELIO. Me estuve entrenando un poco.

JEREMÍAS, *mirándolo*. ¿Y Fabio?

CELIO. No se enteró de nada. Leía.

JEREMÍAS. ¿Ya está cargada?

CELIO. Doble carga.

JEREMÍAS. Esta misma noche la vas a sacar por la puerta del subsuelo.

CELIO. ¿Cuál?

JEREMÍAS. La del estacionamiento. *Le tiende una llave.* Acá está la llave.

CELIO, *tomando la llave.* ¿A qué hora?

JEREMÍAS. Después que todos nos hayamos ido.

CELIO. ¿Y después?

JEREMÍAS. Eso te lo va a decir él.

CELIO, *intrigado.* ¿Es para hoy mismo?

JEREMÍAS. No lo sé.

CELIO. ¿Se trata de un caso difícil?

JEREMÍAS, *levantando los hombros.* Yo solo me ocupo del arma. Cuando salgas vas a tener que reactivar la alarma.

CELIO. El número.

JEREMÍAS. Siete. Cinco. Tres.

CELIO, *repitiendo.* Siete. Cinco. Tres.

JEREMÍAS, *mirando su reloj.* Debe estar por llegar en cualquier momento. *Se dirige hacia la mampara que separa la primera de la segunda sala y controla que todo esté en orden.* No falta nada.

CELIO. ¿Y el pago?

JEREMÍAS, *sin mirarlo.* Como siempre. Una vez que el trabajo esté hecho.

CELIO. Una última pregunta.

JEREMÍAS asiente con la cabeza.

CELIO. ¿Por qué yo?

JEREMÍAS, *asombrado.* ¿Cómo?

CELIO. Por lo general siempre llama a Basilio.

JEREMÍAS. No lo sé. No hay que hacer tantas preguntas, Celio. Y menos a ellos. No les gusta que uno ande preguntando muchas cosas. Cuanto menos se habla mejor es. *Mirando a FABIO.* Esas municiones ya tendrían que estar guardadas hace horas. *Abre la puerta y se dirige a la segunda sala.* Siempre tengo que estar diciendo las mismas cosas. *Señalando el libro que FABIO tiene en su bolsillo.* ¿Qué es eso?

FABIO, *incómodo.* Un libro.

JEREMÍAS, *tendiéndole la mano.* Dámelo.

FABIO. Yo solo...

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo.* ¡Dame!

FABIO le da el libro.

JEREMÍAS. Está prohibido. En el reglamento está claro. Nada que no sean armas o municiones en las salas.

FABIO, *tartamudeando*. Yo pensé...

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo nuevamente*. Nada. Acá adentro no hay que estar pensando. Hay que hacer lo que te ordenan. Eso es todo. El reglamento lo dice claramente. *Mostrándole el libro*. Por un tema de seguridad. Hasta de higiene. Estas salas son como un quirófano. No puede haber nada de más. Nada.

FABIO. Un libro no puede...

JEREMÍAS, *interrumpiéndolo*. No me contestes.

FABIO. Todo esto es absurdo.

JEREMÍAS, *haciendo un gesto hacia la primera sala*. Si no te gusta, ahí está la puerta de salida.

FABIO. Uno de estos días.

JEREMÍAS. Hay muchos que esperan para remplazarte. *Verificando que todo esté en orden*. Siempre lo mismo con ustedes. *Se acerca a una de las vitrinas y mira las armas*. Limpias. Prontas. En orden. *A FABIO*. El libro después. Arriba. *Se dirige a la primera sala y antes de salir, controla los cristales*. La marca de los dedos. *Le hace un gesto a FABIO, indicándole que limpie los vidrios*. Celio se va a encargar de terminar con las municiones. Y una vez que termines con los cristales, podés retirarte. *A CELIO*. Últimamente se está acostumbrando a contestar todo lo que uno le dice. Eso no es bueno. Vamos a tener que controlarlo más de cerca. *Mirando su reloj*. Extraño. *Dirigiéndose a la doble puerta mientras mira el libro que tiene entre sus manos*. Perder el tiempo de esta forma. *Se retira*.

FABIO, *dirigiéndose al cristal que comienza a frotar con una franela*. Un día le van a volar la tapa de los sesos de un disparo.

CELIO, *dirigiéndose a la segunda sala*. Más de uno amenazó con hacerlo.

FABIO. ¿Y?

CELIO. Al final nadie se anima. *Empieza a acomodar las municiones*.

FABIO. Al principio me infundía respeto.

CELIO, *asombrado*. ¿El viejo?

FABIO, *siempre limpiando el cristal*. No sé. *Levantando los hombros*. Los años. Verlo ahí. El pelo blanco. La espalda encorvada. La voz como gastada.

CELIO, *riendo*. Eso no quiere decir nada.

FABIO. Sin embargo tendría que querer decir algo.

CELIO. Tenerle respeto a esa vieja rata.

FABIO. Al principio. Los primeros días. Ahora ya no. Con el tiempo eso cambió. *Se detiene un segundo.* Ahora solo siento un odio espantoso. Ahora lo veo ahí y solo me dan ganas de escupirle en la cara. Así. *Escupe el vidrio que está limpiando.* En medio del rostro. *Pasa la franela por el escupitajo.* Y si no lo hago, es porque sé que me puede sacar corriendo. Es malo, Celio. Nunca vi un hombre tan malo en mi vida. Hay veces en que lo veo al borde de la escalera y me dan ganas de empujarlo. Ya me pasó varias veces. Me acerco. Paso a su lado. Lo rozo apenas. Y entonces pienso que con un solo movimiento podría hacerlo tropezar. Caer por la escalera y deshacerse la cabeza. Ahí. Delante de mí.

CELIO, *siempre acomodando las municiones.* De todos modos no le debe quedar mucho tiempo.

FABIO. Eso no me importa.

CELIO. ¿Qué cosa?

FABIO. Que muera. Lo que yo quiero es que sufra. Hacerlo sufrir. *Haciendo un gesto de desconcierto.* No sé. Algo extraño. Antes nunca había sentido una cosa igual. Nunca. Con nadie. Es la primera vez en mi vida.

CELIO. Siempre hay una primera vez.

FABIO. Antes era distinto. *Se lleva una de sus manos a la frente.* Desearle el sufrimiento a alguien... Todo este odio... Antes yo no lo conocía. No sabía lo que era querer que otro sufra. Pensar en eso al menos un segundo, me era desconocido. Nunca lo hubiera imaginado. Y sin embargo, desde que estoy acá todo cambió. Todo. Cada vez más, siento estas ganas extrañas de hacerle mal a los demás. Es posible que sea este lugar. El propio viejo. Todos ustedes. Ellos... *Se detiene un segundo.* Ayer de noche, debajo de mi casa, de nuevo golpearon a otro hombre. Eran cinco o seis contra uno. La misma historia de siempre. Lo tiran al piso y empiezan a reventarlo a patadas. Golpes en todo el cuerpo. En las costillas. La cara. Le destrozan la boca. Un ojo. Eran las tres o las cuatro de la mañana. No había nadie. Solo yo que veía la escena desde la ventana de mi apartamento. De pronto uno de los cinco saca una navaja y le corta una oreja. El hombre grita. Se lleva una de las manos a la cabeza y grita. Los demás ríen. Entre dos lo agarran y le bajan los pantalones. El hombre sacude las piernas. Trata de soltarse pero no puede. Otro le sujeta las manos. Los demás se abren sus braguetas y empiezan a violarlo. El hombre grita desesperado. Le siguen pegando. Uno de los cinco le orina sobre el agujero de la oreja arrancada. El hombre grita de ardor. No puede ni siquiera llevarse una mano a la cabeza. De pronto logra

escaparse y empieza a correr. Corre en dirección de mi edificio. Los demás lo siguen. El hombre entra en el hall de mi edificio y empieza desesperado a subir las escaleras. Los demás hacen lo mismo. El hombre va subiendo los pisos y en cada uno golpea desesperado las puertas. Nadie abre. Sigue subiendo. Se acerca a mi piso. El último. Me acerco a la puerta y lo siento subir. Siento los golpes en las demás puertas. Los otros hombres también se acercan. De pronto llega a mi piso. Siento hasta su respiración, Celio. Golpea en mi puerta. Tres golpes. Él está de un lado y yo del otro. Me quedo quieto. Inmóvil. Sin hacer nada. Golpea de vuelta y grita algo. Algo imposible de entender. Los otros cinco llegan. Lo agarran y lo golpean entre todos. Siento los golpes a mi lado. Al final lo levantan y se lo llevan. Lo bajan a la fuerza. Lo van empujando por la escalera. Voy a la ventana y los veo salir. El hombre ya ni siquiera puede sostenerse en pie. Un auto se detiene. Lo suben arriba y se van. Seguramente lo hayan limpiado. ¿Te das cuenta?, Celio. Yo hubiera podido abrirle la puerta de mi casa. Le pude haber salvado la vida. Y sin embargo no lo hice. Nada. No hice nada. *Se detiene.* Antes habría hecho algo.

CELIO. ¿Qué cosa?

FABIO. Al menos abrirle la puerta.

CELIO. ¿Antes de qué?

FABIO. Antes de conocerlos a todos ustedes.

CELIO. Y ¿ahora?

FABIO. Ahora ya no soy el mismo. *Bajando la mirada.* Hasta tuve una erección mientras veía como se lo violaban.

CELIO. Eso se llama crecer.

FABIO, *asintiendo con la cabeza.* Es posible.

CELIO. Ser un hombre.

FABIO. Una bestia.

CELIO, *levantando los hombros.* Es lo mismo.

FABIO. No siempre.

Suena el teléfono.

CELIO. Debe ser él. *Dirigiéndose a la primera sala.* Ya debe haber llegado. *Descuelga el teléfono.* Sí. *Escucha.* Perfecto. *Cuelga el teléfono.*

FABIO, *terminando con la limpieza del vidrio.* ¿Era él?

CELIO, *asintiendo con la cabeza.* Hay que dejar la sala.

FABIO. ¿Quién va a servir?

CELIO. Yo me ocupo.

FABIO, *dirigiéndose a la primera sala*. Seguramente se trate de un encargo.

CELIO, *lo toma por el brazo y lo trae hacia sí*. Eso no tiene por qué preocuparte. Cada uno se ocupa de sus cosas.

FABIO. Solo quise decir...

CELIO, *siempre sujetándolo*. Ni yo me meto en las de los demás, ni los demás se meten en las mías. Acá adentro hay que ver menos. Oír menos. Y hablar menos. Y otra cosa, la próxima vez que te agarre oyendo las discusiones de los demás, se lo cuento todo al viejo.

FABIO. ¿Qué cosa?

CELIO. Lo de tu pierna.

FABIO. ¿Cómo lo sabés?

CELIO. Se ve a la legua.

FABIO. Mentira.

CELIO. No, Fabio.

FABIO. Si se enteran me echan.

CELIO. Justamente. La próxima vez los pongo a todos al corriente. *Lo suelta dándole un empujón*.

FABIO, *dirigiéndose hacia la doble puerta de salida*. Pueden hacerme problemas.

CELIO. En todo caso te lo advertí. Cada uno se ocupa de lo suyo y punto. La próxima vez que te vea como un perro oliendo lo que no te corresponde, subo y hablo. *Mira a su alrededor, controlando que todo esté en orden*. Hay que dejar la sala.

FABIO, *haciendo un gesto hacia la segunda sala*. Los cargadores ya están prontos. Faltan las municiones.

CELIO. Yo me encargo.

FABIO. Queda por vaciar una caja.

CELIO. No es grave.

FABIO, *abriendo la doble puerta*. Se quedó con mi libro. *Hace un gesto con una de sus manos*. Confiscado.

CELIO. Que no baje nadie sin prevenir.

FABIO. Perfecto. *Antes de salir se detiene un segundo*. No es cierto, ¿verdad?

CELIO, *sin mirarlo*. ¿Qué cosa?

FABIO. Que se ve a la legua.

CELIO, *haciéndole un gesto para que se retire*. Va a llegar en cualquier momento.

FABIO sale y cierra la doble puerta tras de sí. CELIO queda solo. Víctima de un cierto nerviosismo, se dirige hacia la segunda sala. Abre uno de los armarios, toma el arma y comienza a mirarla con atención. Cada tanto mira hacia la primera sala. De pronto la doble puerta de entrada se abre y vemos a ULRICH que entra. CELIO guarda el arma en el sitio en el que estaba. ULRICH recorre con su vista toda la sala y detiene su mirada en CELIO que le sonríe. Luego de cerrar la puerta tras de sí, ULRICH le hace un gesto a CELIO para invitarlo a acercarse a la primera sala. CELIO obedece y se dirige tímidamente hacia el sitio que le indica ULRICH quien, con una de sus manos, lo invita a sentarse en uno de los sillones. CELIO obedece un poco tenso y se sienta en el lugar designado por ULRICH. Al mismo tiempo que se desabrocha los botones de su saco, ULRICH también se instala en uno de los sillones. Ambos quedan sentados frente a frente.

ULRICH, mirándolo a los ojos. ¿Solos?

CELIO asiente con la cabeza.

ULRICH. Bien. Señalando hacia la segunda sala. Buen calibre, ¿verdad?

CELIO vuelve a asentir.

ULRICH. Un poco duro al principio. Pero solo las primeras veces. El secreto es acostumbrarse al peso. Sobre todo al silenciador. Es cierto que perturban un poco si uno no tiene el hábito... *Se detiene y estornuda.* ¡Dios mío! *De uno de sus bolsillos toma un pañuelo y se lo lleva a su nariz.* Una alergia atroz. Cada vez es peor. Con los años se acentúa cada vez más. Lo peor es que no se logran dar cuenta a qué es. Aparece de pronto. Sin explicación. Ya llevo toda la mañana. Parece que es algo congénito. Eso es lo único que supieron descubrir. Fortunas tiradas a las clínicas de mayor renombre del mundo entero, para que lo único que puedan decirme es que es congénito. *Sonríe.* Lo importante es que no es nada grave. Solo un poco molesto. *Haciendo un movimiento con una de sus manos.* En fin, no se preocupe que no le di cita para hablar de mi alergia. *Riendo.* Debo estar aburriéndolo. Lo mejor es que nos ocupemos de lo nuestro de una vez por todas. *Guardando el pañuelo en su sitio.* De hecho se trata de un trabajo que hay que realizar con cierta urgencia. Antes que me olvide, el cheque lo vamos a hacer figurar como servicios de protección privada. La cifra va a ser la que discutimos esta mañana por teléfono. A eso se

le puede sumar un plus de un diez por ciento, si consideramos que el trabajo fue bien realizado.

CELIO asiente con la cabeza.

ULRICH. Una cuestión de estímulo. Siempre lo hacemos con nuestros empleados. El secreto del éxito está ahí. *Se pone de pie. ¿Algo de tomar?*

CELIO responde negativamente con su cabeza.

ULRICH. No es necesario hacer ningún tipo de cumplido.

CELIO vuelve a responder negativamente con su cabeza.

ULRICH. Bien. Yo sí. Un whisky.

CELIO va a ponerse de pie para servirlo, pero ULRICH lo detiene con un gesto de una de sus manos para que no se mueva.

ULRICH. Puedo servírmelo yo mismo. Gracias. *Dirigiéndose al mueble de bebidas.* Es una de las pocas cosas que sé hacer. *Abre el congelador y saca hielo de la hielera.* Sacar el hielo. Ponerlo en un vaso. Llenarlo de whisky. Puedo desenvolverme solo. Sin embargo volver a llenar la hielera por ejemplo, es algo que no sé hacer. *Sonríe mientras vuelca los hielos en uno de los vasos.* La forma de distinguir un buen conocedor de whisky de uno malo es esta. Los que conocemos, sabemos que primero se ponen los cubos y luego el whisky que de a poco va cayendo entre los hielos. *Toma una botella de whisky y se sirve la mitad del vaso.* Eso es. No se trata de que el hielo enfríe el whisky sino lo contrario. Se trata de que el whisky entibie el hielo. *Levantando los hombros.* Pero pocos lo entienden. *Toma el vaso en su mano y mientras lo agita, se pasea delante de CELIO que mira hacia abajo.* Uno de mis accionarios escoceses. Un hombre que conoce de esto. *Levanta el vaso delante de su vista.* De a poco los hielos se van entibiando. De a poco el líquido helado se va diluyendo y el calor espeso del alcohol lo obliga a trazar círculos concéntricos. Una mezcla maravillosa. *Contemplando el vaso que sostiene delante de su vista.* Dos líquidos a densidades y temperaturas distintas. Algo similar a lo que ocurre con el petróleo recién salido de la tierra cuando va entrando en nuestros tanques de stock. Los depósitos están

fríos. Helados. Por un tema de esterilización. El petróleo sin embargo, sale hirviendo. A temperaturas elevadísimas. Las temperaturas pueden llegar hasta los ciento cincuenta grados. *Sonríe*. Algo realmente increíble. El centro de la tierra es un horno. Un infierno. Yo mismo lo puedo atestiguar. Sé de lo que hablo. El mismo hervor del petróleo demuestra que incubamos un verdadero infierno. Lo vi con mis propios ojos. Miles de veces. Cada vez que visito una de nuestras plataformas. Los centros de extracción. En mi agenda siempre me hago un tiempo para poder contemplar la hemorragia negra que sale hirviendo del centro mismo de la tierra. Algo realmente impresionante de ver. *A CELIO*. Hay veces en las que hasta llegué a tomarme un avión para ir hasta nuestras plantas petroleras que están del otro lado del mundo, solo para contemplar el llenado de nuestros depósitos. *Bebe y parece deleitarse*. Una delicia. Buena calidad. Como una seda. *Sin mirarlo*. Se trata de Evard.

CELIO lo mira asombrado.

ULRICH. Parezco asombrarlo.

CELIO niega con la cabeza.

ULRICH. Es normal. No se preocupe. *Sonríe*. ¿A quién no asombraría que un hombre atravesase el mundo, solo para ver cómo el petróleo es vertido en sus reservas? *Bebe*. Hay cosas que son difíciles de explicar. Tengo mis razones para hacerlo. *Bebe*. De hecho, no soy un hombre bueno, Celio. No es uno de los rasgos de mi carácter. Debo confesarle que la bondad es algo que me asquea. En general, la suerte de los demás me es algo indiferente. Ni siquiera tengo el recuerdo de haber experimentado alguna vez en mi vida, el más mínimo sentimiento de solidaridad. *Se detiene unos segundos*. Y además... Aunque se trate de mi propio hijo... No estoy obligado... En fin... Nada me obliga a nada... *Bebe*. Mañana se celebra la boda de mi hija. No va a estar presente en la ceremonia. Ese tiene que ser el momento. Ni antes. Ni después. *Bebe y luego de terminar de beber, contempla su vaso*. Realmente algo extraño.

CELIO lo mira sin comprender.

ULRICH. Que la tierra no sea más que una caldera gigante. Algo... *Se detiene.* ¿Cómo explicarlo? Un tanto inquietante. Eso es. Finalmente es un tanto inquietante saber que en las entrañas mismas hay un infierno. *Vuelve a estornudar.* Un horror esta alergia. *Volviendo a llevarse el pañuelo a la nariz.* Una picazón espantosa en las mucosas nasales. Las glándulas lacrimógenas irritadas. Los ojos que se llenan de lágrimas. La garganta que parece brotarse de miles de partículas de polvo. Todo un desastre. Si al menos supieran de dónde viene. *Riendo.* Congénito. Congénito. Cuando no saben explicar el origen de algo, siempre dicen que es congénito. Absurdo. Ridículo. Realmente ridículo. *Bebe un último trago.* ¿Alguna duda?

CELIO niega con la cabeza.

ULRICH. ¿Ninguna pregunta?

CELIO repite el mismo gesto.

ULRICH. Bien. *Depositando el vaso sobre la mesa y abrochándose los botones de su saco.* Si todo está claro, entonces me retiro. Como de costumbre, tengo una hilera imposible de citas. Y como de costumbre, debo estar atrasado. ¿Qué hora es? *Mira su reloj.* Levemente atrasado. *Se dirige a la doble puerta de salida mientras CELIO se pone de pie.* Antes de abrir la puerta, *ULRICH se detiene unos segundos de espalda a CELIO.* Un último detalle. Si por azar pregunta quién lo envía a matarle, le ruego que antes de disparar, se reserve un segundo para decirle la verdad. Nada más. Eso es todo. *Abre la doble puerta y sale.*

CELIO, al quedar solo, se dirige a uno de los armarios de la segunda sala. Abre las puertas y toma el arma con la que estuvo entrenando durante el principio de la escena. La mira. La sopesa. Apunta hacia un punto cualquiera. Controla los cargadores. De pronto la doble puerta de la primera sala se abre y vemos a FABIO que entra agitado y que busca a alguien. CELIO guarda su arma dentro de uno de los bolsillos de su saco. FABIO se dirige al umbral que separa la primera de la segunda sala, y al ver a CELIO se detiene bruscamente.

CELIO. ¿Qué pasa?

FABIO, *mirando a CELIO.* Un accidente.

CELIO. ¿ Qué pasó?

FABIO, *con la voz temblorosa*. Yo no fui. No fui.

CELIO, *dirigiéndose a la primera sala*. Pero, ¿ qué es lo que pasó?

FABIO. El viejo... El viejo...

CELIO, *mirándolo frente a frente*. ¿ Qué le hiciste?

FABIO. Nada. Yo no le hice nada. *Su voz se quiebra*. Fue un accidente. Resbaló en la escalera del primer piso y se reventó la cabeza. Resbaló solo, Celio.

CELIO, *mirándolo con desprecio*. ¿ Dónde está?

FABIO. Arriba.

CELIO se dirige a la doble puerta.

FABIO. Ya llamaron a la emergencia. *Siguiendo a CELIO*. Se abrió la cabeza con el filo de los escalones.

CELIO, *se detiene y mira a FABIO*. ¿ Te vio alguien?

FABIO. Yo no fui.

CELIO, *insistente*. ¿ Te vio alguien o no?

FABIO. Resbaló solo, Celio.

CELIO, *señalándole el libro que FABIO tiene en una de sus manos*. ¿ Y el libro?

FABIO. Me lo había devuelto justo unos segundos antes. Me lo había dado para que lo llevara a guardar al vestuario.

CELIO, *acusándolo con uno de sus dedos*. Trataste de sacárselo a la fuerza y al final terminaste empujándolo.

FABIO. No. No fue así.

CELIO. Por eso hoy me hablaste toda la tarde de ese viejo Pew. Lo tenías premeditado hacía rato.

FABIO, *con la voz llorosa*. Es coincidencia. Es pura coincidencia. Yo no hice nada.

CELIO. No me mientas. Ese viejo Pew no existe. Era una excusa para ponerme a prueba. Para ver si yo quería ayudarte o no a liquidarlo.

FABIO. No, Celio.

CELIO, *señalándolo con una de sus manos*. Dijiste que tenías ganas de matarlo.

FABIO. Lo dije así como así.

CELIO. Pero lo dijiste.

FABIO. Pero apenas lo pensaba. Nunca lo hubiera hecho.

CELIO. Hoy me dijiste que lo odiabas. Que sentías ganas de hacerlo sufrir. Que ya no eras el mismo de antes.

FABIO, *al borde de la desesperación*. Pero solo lo pensaba.

CELIO. Mentiroso.

FABIO. Yo no fui quien lo empujó. Resbaló solo.

CELIO. No mientas.

FABIO. No estoy mintiendo. Es cierto. Lo juro, Celio.

CELIO. ¡ No jures!

FABIO. Sí, Celio. Lo juro por mi madre.

CELIO, *despectivo*. ¡ Por tu madre!

FABIO. Sí. Por mi madre. Por el alma de mi madre.

CELIO. Así es fácil jurar.

FABIO. Lo juro por su alma que en paz descansa, Celio.

CELIO. ¿ Y por tu propia cabeza?

FABIO. También. También.

CELIO. Mentiroso.

FABIO. Lo juro también por mi propia cabeza.

CELIO, *interrumpiéndolo*. ¡ Desgraciado! Y encima tratando de engañarme toda la tarde con el invento del viejo Pew.

FABIO, *cayendo sentado en uno de los sillones*. Es pura coincidencia...

CELIO, *lo interrumpe*. Todo mentiras. Un invento tuyo. Ni siquiera creo que leas ese libro. Seguramente era una excusa para poder forcejear con él y empujarlo libremente. Lo tenías todo pensado. *Se dirige a la doble puerta*.

FABIO. No, Celio. Pew existe. Es verdad. Hay todo un capítulo que se llama “El fin del ciego”. *Abre el libro y comienza a pasar rápidamente las páginas mientras busca el pasaje*.

CELIO, *antes de salir se detiene un segundo*. ¡ Desgraciado! No se mata a un anciano. No se empuja a un hombre débil. ¡ Cobarde! ¡ Mentiroso! *Sale sin ser visto por FABIO*.

FABIO, *creyendo que CELIO está detrás suyo, sigue buscando el pasaje en el libro*. Pew... Pew... Pew... Debe estar por acá. *De pronto parece haber encontrado el pasaje*. Acá. *Acompañándose de su dedo índice, lee en voz alta y en forma muy torpe*. Así... transcurrieron... las cosas... hasta el... otro día del entierro... hacia las tres horas... de una... áspera tarde... de bruma helada... yo... me había puesto... en el umbral un minuto... pensando tristemente... en mi padre... cuando vi... que por el camino... un individuo... se

acercaba... en forma... lenta... seguramente... se tratara de... un ciego... porque golpeaba... delante de él... con un bastón... y llevaba... sobre los ojos y la nariz... una gran visera verde... estaba encorvado... por los años... o por la fatiga... y su vasto... impermeable de marinero... todo andrajoso... lo hacía parecer... realmente deforme... jamás en mi vida... vi un personaje tan siniestro... un poco... antes de la taberna... se detuvo y... levantando la voz... con un tono extraño... interpeló... al vacío... delante de él... un amigo compasivo... querría indicar a un pobre ciego... que perdió... el don precioso de la vista... defendiendo su amado país natal... Inglaterra... y el rey Jorge... que Dios bendiga... dónde y en qué lugar de este país... puede encontrarse... en este momento... *De pronto se da vuelta para ver la reacción de CELIO y descubre que este se retiró. Preso de una gran angustia, queda sentado solo y con el libro abierto entre sus manos. Lentamente, deja perder su mirada en el vacío.* A la legua... Dijo que se nota a la legua... En ese caso estoy liquidado.

ESCENA VI

Baja una inmensa cortina de hierro. Puede tratarse del telón de hierro que tienen los teatros. El espacio que queda de escena, se limita a una franja que va de un extremo al otro del escenario, y cuyo ancho es de aproximadamente dos metros entre esta cortina y el borde mismo del proscenio. Sobre la misma cortina de hierro y hacia uno de los extremos, hay una puerta pequeña que se abre hacia afuera. Junto con el telón de hierro, también baja una soga que se detiene a unos metros del piso, sobre un banco que se encuentra en medio de lo que queda de escena. La puerta se abre y vemos entrar a BASILIO con su hermana ELENA muerta entre sus brazos. BASILIO sangra de una de las pierna, seguramente fue tocado por algún tiro. Ella va vestida con el traje de novia y su cabeza cuelga hacia atrás. Él se dirige hacia el sitio en donde está el banco y deposita el cadáver al lado del mismo. En una de sus manos lleva un arma. Se dirige hacia la puerta, saca la cabeza hacia afuera, mira en ambas direcciones y luego cierra la puerta de un golpe seco. Se apoya contra la misma y lentamente se deja caer hasta quedar en cuclillas al pie de la misma. Tiene la mirada perdida en el vacío.

BASILIO. El hermano dispara contra la hermana. Eso es lo que van a decir algunos. Contra la amante, van a decir otros. El hombre mata a la mujer de tres disparos. Eso es lo único cierto. Tres. Luego la carga en brazos y se la lleva. Se va corriendo por el fondo. La sacristía. La parte de atrás. *Sonríe.* La iglesia llena de gente. *De uno de sus bolsillos, saca una botella pequeña con alcohol y bebe un trago.* Vade retro. *Bebe otro trago.* Una multitud de hombres y mujeres que, paralizados de estupor, miran la escena aterrados. *Mirando el arma.* Tres tiros. La acústica de la iglesia amplifica el disparo. Seguramente también van a hablar de eso. *Bebe un último trago, cierra la botella y la vuelve a guardar en el mismo sitio.* El hermano se lleva a su hermana en brazos. La rapta. Un cadáver. El hermano rapta el cadáver de la hermana. Exactamente eso. Eso es lo que van a decir. *Sonríe.* El rapto de la hermana muerta. *De otro bolsillo saca un libro.* Eso es lo que van a escribir. *Busca una página y una vez que la encuentra, empieza a leer.* Baja una inmensa cortina de hierro. Puede tratarse del telón de hierro que tienen los teatros. El espacio que queda de escena se limita a una franja que va de un extremo al otro del escenario, y cuyo

ancho es de aproximadamente dos metros entre esta cortina y el borde mismo del proscenio. *Mira la franja que separa la cortina del proscenio.* Sobre la misma cortina de hierro y hacia uno de los extremos, hay una puerta pequeña que se abre hacia afuera. *Con la otra mano da un golpe fuerte sobre la puerta, como si por medio de esta acción quisiera designarla.* Junto con el telón de hierro, también baja una soga que se detiene a unos metros del piso, sobre un banco que se encuentra en medio de lo que queda de escena. *Mira hacia la soga como si estuviera verificando que se encuentra en el lugar acertado.* La puerta se abre y vemos entrar a Basilio con su hermana Elena muerta entre sus brazos. *Se detiene bruscamente. Levanta la vista del libro y repite.* Con su hermana Elena muerta entre sus brazos. Eso es. Eso es lo que van a decir. *Prosigue con la lectura.* Basilio sangra de una de las piernas, seguramente fue tocado por algún tiro. Ella va vestida con el traje de novia y su cabeza cuelga hacia atrás. *Interrumpe nuevamente la lectura y sonríe con un cierto desprecio.* Su cabeza cuelga hacia atrás. *Sigue leyendo.* Él se dirige hacia el sitio en donde está el banco y deposita el cadáver al lado del mismo. En una de sus manos lleva un arma. *Levanta la mano en la cual lleva el arma, como si quisiera mostrarla.* Se dirige hacia la puerta, saca la cabeza hacia afuera, mira en ambas direcciones y luego cierra la puerta de un golpe seco. Se apoya contra la misma y lentamente se deja caer hasta quedar en cuclillas al pie de la misma. Tiene la mirada perdida en el vacío. *Deja de leer.* La mirada perdida en el vacío. *Con un movimiento brusco y violento, arroja el libro lejos de sí.* Estupideces. Como si alguien pudiese saberlo. La mirada perdida en el vacío. *Se detiene bruscamente y apoya su oído contra la puerta.* Hay alguien. *Presta atención unos segundos.* No. No es posible. Nadie puede llegar hasta acá. *Sigue escuchando con el oído puesto contra la puerta.* Pasos. Movimientos. *Prepara su arma y sigue escuchando.* No es posible que me hayan seguido. No es posible. *Escucha.* Una rata. Seguramente se trate de una rata. Las basuras. Es eso. *Escucha.* Son los pasos de una rata cualquiera. *Al hacer un movimiento para tratar de incorporarse, siente un tirón en la pierna que tiene dañada. Se lleva una de las manos a la herida y vuelve a quedar hincado como si no hubiera podido incorporarse.* Tira. Arde. La sangre que no para. *Se mira la herida.* Los hijos de puta me tocaron el tendón. *Con uno de sus dedos se palpa la herida.* La bala todavía está adentro. El metal incrustado en el hueso. Todo astillado. Hay que apretar fuerte. *Busca algo dentro de sus bolsillos que parece no encontrar.* Nada. *Sigue buscando pero no encuentra.* Hay que apretar bien fuerte y no hay problema. *Busca a su alrededor hasta que de pronto se detiene en el cadáver de ELENA.* Con gran dificultad se pone de pie y se dirige hacia el mismo. *Se sienta de cuclillas a su lado. Toma un pedazo del vestido blanco y lo desgarr.*

Hay que hacer parar la hemorragia. *Con el pedazo del vestido desgarrado, se hace una venda en torno a su herida.* Los desgraciados tocaron el hueso. Buena puntería. *La venda blanca se enrojece inmediatamente. Toma otra parte del vestido y lo desgarrar. Esta vez se trata del escote que, al ser desgarrado, descubre uno de los senos de ELENA.* Con esto tiene que alcanzar. *Con el trozo del vestido, se venda la pierna.* Hay que parar la hemorragia. Frenarla. *Se sienta en el piso, al lado del cadáver. Una vez que terminó con la venda, su mirada se detiene sobre el cuerpo muerto de ELENA.* Blanco. *Mira el cadáver. Pálido. Extiende una de sus manos que posa sobre el seno descubierto. Hermoso. Con su mano recorre su pecho. Como siempre. Trata de incorporarse hasta quedar de rodillas a su lado.* Ninguna diferencia. *Acerca su boca y besa su pecho.* La temperatura. Eso es todo. *Se lleva una de sus manos a sus labios. Un poco más frío. Nada más. Como el hielo. Se palpa sus labios. Como un mármol. No es posible que la sangre se enfríe tan rápido. Vuelve a posar una de sus manos sobre el pecho de ELENA.* Sus pezones también están blancos. *Levanta la vista y mira la soga suspendida sobre su cabeza. El trayecto es tan corto. Nada. Del seno a la soga. Sin dejar de mirar la cuerda. No es posible. Con tan poco no alcanza. Vuelve su mirada a ELENA. Blancos y helados. La toma entre sus dos brazos y la trae contra sí. Finalmente era cierto. Besa su frente. Al menos te fuiste sin saberlo. La mece contra su cuerpo. Nunca lo hubieras soportado. Nunca. Aprieta contra su pecho la cabeza de ELENA. Por eso lo hice. Le susurra al oído. Ahora que estás muerta puedo decírtelo. Le dice algo al oído. No hay peligro. Un cadáver no puede enrojecerse de vergüenza. Se detiene como si escuchara ruidos del otro lado. Hay alguien. Trata de prestar atención al ruido, al tiempo que apunta con su arma hacia la puerta de entrada. No. No hay nadie. Oye. Hay pasos. Un hombre o una rata. Mira la soga. No quiero que sean ellos los que me liquiden. Siempre apuntando hacia la puerta. Es una rata que revuelve la basura. Es eso. No pueden llegar hasta acá.*

De pronto se oye un golpe del otro lado de la cortina de hierro.

BASILIO. Hay alguien. *Apuntando con el arma. Dice algo.*

Del otro lado de la cortina oímos una voz que dice algo que no entendemos bien.

BASILIO. No es posible. Nadie conoce este lugar.

Alguien intenta abrir la pequeña puerta de hierro.

BASILIO. Los hijos de puta me siguieron. *Prepara el arma para tirar contra la persona que entre.*

De pronto la puerta se abre y vemos a EVARD que entra y que al ver la imagen que tiene enfrente suyo, se detiene inmóvil.

BASILIO, *apuntándolo con su arma.* No te muevas. Un solo paso y tiro.

EVARD, *sin moverse.* No vengo a hacerte mal.

BASILIO, *sin dejar de apuntarlo.* ¿Dónde están los otros?

EVARD. No lo sé. Estoy solo.

BASILIO. No te creo.

EVARD. No hay nadie más.

BASILIO, *siempre apuntándolo.* ¿Cómo llegaste hasta acá?

EVARD. Te seguí.

BASILIO. ¿Y los otros?

EVARD, *siempre sin moverse.* Ya te dije que no sé.

BASILIO. Me estás mintiendo. Me están tendiendo una trampa.

EVARD, *tratando de dar un paso.* Estoy solo.

BASILIO, *levantando el arma contra Evard, cosa que hará en adelante cada vez que este último intente acercarse.* No te muevas.

EVARD. Deberías dejar de apuntarme.

BASILIO. Un paso más y te meto un tiro.

EVARD. No voy a hacerte mal.

BASILIO. ¿Cómo puedo saberlo?

EVARD, *abriendo las manos y dando un paso.* No tengo arma ni nada.

BASILIO, *apuntando contra su cabeza.* Te dije que un paso más y te meto un tiro.

EVARD. Está bien.

BASILIO. No quiero que te acerques.

EVARD. Entonces me quedo acá.

BASILIO, *llevando a ELENA contra sí.* Está muerta.

EVARD, *mirando el cadáver de ELENA.* Ya lo sé.

BASILIO. No respira. *Acerca su oído al pecho de ELENA.* Nada. *Le muestra una de sus manos manchadas de sangre.* Un poco de sangre. *Mirando el cadáver de ELENA.* La bala le partió en dos el esternón. *Lleva una de sus manos al cuerpo de ELENA.* Acá.

EVARD. No era necesario.

BASILIO, *siempre apuntándolo.* No sintió nada. Es el lugar que se siente menos.

EVARD. Ella no tenía la culpa de nada.

BASILIO. Era la única forma de hacerlo sufrir. La única forma de hacerle mal.

EVARD. ¿Y ahora?

BASILIO. Ahora, ¿qué?

EVARD. ¿Qué pensás hacer?

BASILIO, *señalando con la cabeza la soga.* La soga.

EVARD, *mirando la soga.* ¿Pensás colgarte?

BASILIO. No me queda otra cosa. Ninguna otra salida. *Apuntándolo con el arma.* La chaqueta.

EVARD. ¿Qué pasa?

BASILIO, *haciendo un gesto con el arma.* ¡Dámela!

EVARD. ¿Qué hay?

BASILIO. Quiero que me la des.

EVARD, *se saca la chaqueta.* ¿Por qué?

BASILIO. Bien. *Aprueba con su cabeza.* Ahora tirámela.

EVARD, *sosteniendo la chaqueta en su mano.* Puedo llevártela.

BASILIO. No. Un paso y disparo. Tirámela por el piso.

EVARD se agacha y le tira la chaqueta por el piso. BASILIO la toma con la otra mano y revuelve los bolsillos.

EVARD. Ya te dije que no estoy armado.

BASILIO, *buscando.* Nada. *Busca en todos los bolsillos.* Nada. *Deja la chaqueta a su lado y lo mira fijo a los ojos.* La espalda.

EVARD lo mira sin comprender.

BASILIO. Media vuelta. *Le hace un gesto con la mano que tiene el arma, para que de media vuelta.* La espalda.

EVARD *da un giro.*

BASILIO. Nada. Tampoco.

EVARD, *abriendo los brazos.* No tengo nada.

BASILIO. ¿Y entonces?

EVARD. Entonces, ¿qué?

BASILIO. ¿A qué viniste?

EVARD, *levantando los hombros.* No sé.

BASILIO. Siempre se viene por algo.

EVARD. No lo sé. *Se detiene unos segundos.* En todo caso no vine para hacerte mal.

BASILIO, *sin dejar de apuntarlo.* Todo el mal que podías hacerme ya me lo hiciste.

EVARD, *negando con la cabeza.* No es cierto.

BASILIO. A veces es mejor no enterarse de nada.

EVARD. No Basilio. Siempre es mejor...

BASILIO, *interrumpiéndolo bruscamente y en forma violenta.* Siempre es mejor... Siempre es mejor... ¡Qué saben! Ustedes siempre hablan como si tuvieran la verdad de todas las cosas. ¡No! No siempre es mejor. Lo que puede ser mejor para ustedes, puede no serlo para nosotros.

EVARD. Pero la verdad, Basilio...

BASILIO, *volviendo a interrumpirlo.* Yo me cago en la verdad. A veces es mejor no saber nada.

EVARD, *irónico.* Entonces estás de acuerdo con él.

BASILIO. No lo sé. No me importa. No sé. No sé nada. *Se detiene y busca algo dentro del bolsillo de su camisa. Toma un paquete de cigarros. Lo abre, coge uno y hace ver que es el último. Se lo lleva a la boca. El último. Luego, con dificultad, busca un encendedor en uno de los bolsillos de su pantalón.*

EVARD también se lleva la mano dentro de uno de sus bolsillos. Al verlo, BASILIO lo apunta.

BASILIO. ¡Quieto!

EVARD, *dejando la mano quieta dentro de su bolsillo.* No es nada.

BASILIO, *encuentra su encendedor y enciende su cigarro*. Lo único que quiero es que al menos me dejen matar en paz. Nada más. Eso es todo. *Al dejar salir el humo, da un gran suspiro de alivio*. No es tanto lo que pido.

EVARD. No puedo dejar que te mates.

BASILIO. Es lo que quiero. *Señalando la soga con la mano que tiene el arma*. La soga. Es mejor que darse un tiro. Más seguro. Una buena patada al banco y finita la comedia. Puede que haya un pequeño ardor. El cuello. Es posible. Pero enseguida viene la asfixia y luego ya está. Cuando la tráquea se parte, parece que uno ya no siente nada. Un poco más lento y doloroso, pero al menos seguro cien por cien. La bala puede rebotar. Conozco varios casos. *Sonríe*. Sé de lo que hablo. Además nunca se sabe. *Levantando los hombros*. Los nervios. La mano tiembla y uno puede errarle...

EVARD, *interrumpiéndolo*. Hay otras salidas.

BASILIO, *irónico*. Otras salidas... ¿ Cuáles? Solo me queda la cárcel o la fosa común. Prefiero la fosa. Al menos se está más tranquilo que en una celda colectiva.

EVARD. Hay centros de reclusión... De recuperación...

BASILIO, *interrumpiéndolo*. Centros de recuperación. Esos lugares no están hechos para nosotros, Evard. Eso es para la gente bien. *Señalándolo con el cigarro que tiene en su mano*. Para la gente como ustedes. A los miserables como nosotros, nos meten de por vida en sótanos de piedra con una letrina en una esquina. Un plato de garbanzos por día y una visita por mes. Eso es todo.

EVARD. Eso puede ser mejor que la muerte.

BASILIO, *negando con la cabeza*. No pienso terminar el resto de mi vida encerrado entre cuatro paredes. Prefiero colgarme.

EVARD. ¿ Por qué?

BASILIO, *levantando los hombros*. ¿ Por qué no? *Silencio*. Terminar de una vez por todas.

EVARD. Eso nadie sabe lo que es.

BASILIO. ¿ Qué cosa?

EVARD. Lo que viene después.

BASILIO, *haciendo un gesto de indiferencia con sus hombros*. No importa.

EVARD. Es mejor la certeza que la duda...

BASILIO, *volviendo a interrumpirlo*. La certeza que la duda... Siempre iguales. Siempre utilizando esas frases complicadas. Yo no entiendo esas cosas. *Con el arma se golpea su cabeza*. No entran en esta cabeza. Demasiado dura. Un poco atrasado. No comprende. *De pronto adquiere un tono excesivamente violento y lo apunta*. Ustedes hablan con palabras

difíciles. Complicadas. Solo saben hablar y hablar. Nada más. Y nosotros no entendemos nada. Lo único que nosotros entendemos son las órdenes. Nada más. Solo fuimos preparados para eso, Evard. Todo el resto nos es incomprensible. Nosotros somos ignorantes. Bestias. Un poco retrasados. *Apaga el cigarro contra el piso.* Primarios. Animales.

EVARD, *mirando el cadáver de ELENA entre sus brazos.* ¿ Por qué la mataste, Basilio?

BASILIO. Ya te lo dije.

EVARD. No era necesario.

BASILIO. Sí que lo era...

EVARD, *interrumpiéndolo.* ¿ Para qué?

BASILIO. Para hacerlo sufrir.

EVARD. Había otras formas.

BASILIO niega con la cabeza.

EVARD. Otras cosas. No sé. Pero tirar contra ella...

BASILIO, *apretando el cadáver de ELENA contra su cuerpo.* Fue lo único que se me ocurrió, Evard. Lo único.

EVARD. Y en medio de su boda.

BASILIO, *siempre aferrando el cadáver de ELENA contra su cuerpo.* Fue justo en el momento que iba a tomar de la copa. Dicen que el vino se convierte en sangre. Sangre de Cristo. Eso es lo que decía el padre. ¿ Cómo es posible?

EVARD. Al menos deberías cerrarle los ojos.

BASILIO, *tratando de cerrarle los ojos.* Ya probé varias veces. Los cierro y ella los abre. Como si quisiera ver. Verme. *Le susurra al oído.* Los muertos no ven.

EVARD, *levantando los hombros.* ¿ Quién sabe?

BASILIO. No ven. *Levanta la cabeza de ELENA y la sostiene en alto, frente a la mirada perturbada de EVARD.* Estos ojos no ven, Evard. Están abiertos pero no ven. No pueden verte. *Gira la cabeza hacia sí mismo.* A mí tampoco. No es posible. No pueden vernos. A ninguno de los dos. Elena no puede vernos. Para ella es como si no estuviéramos. Como si acá no hubiera nadie. Nada. *Llevando la cabeza de ELENA contra sus labios.* Están como vacíos. No hay nada. Dos agujeros. No hay nada.

EVARD, *dando unos pasos hacia BASILIO y deteniéndose por su propia voluntad.* Era la única que no era culpable de nada.

BASILIO, *besando la frente de ELENA*. Ella me amaba de verdad, Evard. Y yo también la amaba. Nadie puede imaginarse. Nadie. Pobre Elena. *Con la voz quebrada*. Al menos no va a traer hijos a este mundo horrible. ¡ Que su vientre se pudra! Eso es lo mejor. ¡ Que se pudra cuanto antes! ¡ Que se lo coman los gusanos antes que pueda dar vida! ¡ Que se pudra para siempre! De esa forma no hay ningún riesgo. Nada. *La besa*. Pobre. Pobre Elena. Yo la amaba, Evard.

EVARD. Entonces, ¿ por qué tiraste contra ella?

BASILIO. ¿ Cómo soportar? ¿ Cómo seguir mirándola de frente? La vergüenza... Y además tener que soportar que sea de otro. Todo eso mezclado dentro de mi cabeza.

EVARD. ¿ Cómo pudiste?

BASILIO, *levantando los hombros en señal de desconcierto*. No sé. No supe qué hacer. Tirar, me dije. Terminar con todo de una vez por todas. Dar en el blanco. Primero ella y después yo. A veces lo más fácil es terminar con todo de una vez por todas. Apuntar y dar en el lugar preciso.

EVARD, *repitiendo un tanto indignado*. Dar en el blanco...

BASILIO, *interrumpiéndolo*. Sí, Evard. Dar en el blanco. Así nos entrenaron durante todos estos años. Apuntar y dar en el blanco. Eso es todo lo que sabemos hacer. *Mostrándole el arma*. Si quisiera te la podría meter exactamente entre las dos cejas. En el lugar exacto aunque estuvieras a más de cincuenta metros. Lo único que aprendí en todos estos años fue a tener buena puntería. Esa fue toda mi educación, Evard. Nada más. Cargar, apuntar y disparar.

EVARD, *sin salir de su asombro*. Pero tirar contra ella...

BASILIO, *llevándose una de las manos a su frente*. Fue así... De pronto... Sin pensarlo...

EVARD. Te había pedido que ella no.

BASILIO. Algo más fuerte que yo...

EVARD, *pensativo*. Ulrich tenía razón. *Afirmando con la cabeza*. Un animal.

BASILIO, *un tanto avergonzado*. Eso es lo que piensa de mí.

EVARD. Un alacrán. Eso es lo que me dijo. Lo tocan y pica.

BASILIO. Es como un reflejo, Evard. Como un reflejo que no depende de mí. No hay odio, ni nada, solo un reflejo. Como una orden que no sé de dónde viene. A veces viene de los demás. Ulrich por ejemplo. Me cita y me pide una encomienda. Que liquide a alguien. Todos estos años. Pero a veces viene sola. Desde adentro. De acá. Yo lo único que hago es responder a esa orden. Nada más. Es extraño. Algo que es más fuerte que yo. Es solo una cuestión de reflejo.

EVARD. El reflejo de hacer el mal.

BASILIO. No, Evard. Yo no sé lo que es el mal o el bien. ¿Cómo puedo saberlo? Lo único que sé es responder a la orden. Obedecer. Yo solo ejecuto. Paso al acto. Eso es todo. El mal o el bien, no es lo mío. De eso se ocupan los demás. Los otros. Yo no sé lo que es todo eso. Muy complicado. No entra en mi cabeza. No entiendo. Yo solo obedezco. Nada más. *De pronto siente un dolor fuerte en la pierna dañada. Se lleva una de sus manos a la herida, al mismo tiempo que emite un quejido. Tira... Duele... Se mira la mano manchada de sangre. No para. Sigue sangrando.*

EVARD. Puedo ayudarte...

BASILIO, *interrumpiéndolo y apuntándolo al mismo tiempo.* No te acerques. *Haciendo un gesto con su arma para que se retire.* ¡Andáte! No quiero que me vean sufrir. *Se queja una vez más. Arde... Se mira la herida.* La sangre no para.

EVARD da un paso hacia él.

BASILIO. No te acerques o tiro. Un paso y te vuelo la tapa de los sesos.

EVARD se detiene.

BASILIO. Van a venir en cualquier momento.

EVARD, *tratando de calmarlo.* Nadie sabe que estás acá.

BASILIO, *dejando el cadáver de ELENA a un lado y tratando de acercarse al banco que está a unos metros.* Ellos siempre saben todo. *Se arrastra con gran dificultad y sin dejar nunca de apuntar a EVARD.* Van a llegar en cualquier momento. *Demostrando un gran dolor. Duele... Tira... La bala está incrustada en medio del hueso. Tratando de subirse al banco. Arde... El tendón... Los nervios... Las arterias... Todo deshecho...*

EVARD. Si quisieras, podría ayudarte.

BASILIO, *con gran dificultad y haciendo un gran equilibrio, intenta ponerse de pie sobre el banco.* No necesito tu ayuda. Lo único que quiero es no morir desangrado. *Tratando de alcanzar la soga con la mano libre.* Se demora mucho y el dolor es cada vez peor. Se sufre demasiado. *Reitera los intentos para alcanzar la soga a la cual no logra llegar.* Prefiero la soga. Es mejor. Un tirón y listo. *Finalmente logra atraparla con la mano que tiene libre. La acerca a su cabeza y la pone alrededor de su cuello.* Sólida. De las buenas.

EVARD, *tendiéndole la mano.* Vine a buscarte, Basilio.

BASILIO, *siempre de pie sobre el banco, con la cuerda alrededor de su cuello y sin dejar de apuntar en ningún momento a EVARD*. Un paso y te limpio en seco.

EVARD, *sin moverse*. Está bien. Solo te pido que me escuches. No quiero hacerte mal. Solo quiero ayudarte...

BASILIO, *interrumpiéndolo*. Ya es tarde.

EVARD. Nunca es tarde.

BASILIO, *en forma irónica*. El hermano que viene a tender su mano al hermano. *Sonríe*. Como aquel otro que también se la tendió, pero para matarlo de un golpe en la cabeza. Jeremías siempre me leía esa historia. *Siempre de pie, con la soga alrededor del cuello y el arma amenazando a EVARD*. Dos hermanos. Uno cultiva la tierra. El suelo. El otro se ocupa del rebaño. No me acuerdo de los nombres. Un día, uno invita al otro al campo. Cuando están solos, lo mata. De un golpe. En la cabeza. Luego esconde el cuerpo. *Levantando los hombros*. Un problema de celos. El padre prefiere más las ofrendas de uno que las del otro. ¿Dónde está tu hermano? No sé, le responde el que lo mató. ¿Acaso soy el guardián de mi hermano? ¿Qué hiciste?, le pregunta el padre. Nada, responde el otro. Entonces el padre le dice: desgraciado, puedo oír la sangre de tu hermano gritarme desde el suelo. Lo maldice. Lo echa. Lo expulsa. El hermano se va. Para siempre. ¿Quién tiene la culpa de todo? El padre. *Silencio*. No se desprecian las ofrendas de un hijo.

EVARD. Lo mejor es que nos vayamos de acá.

BASILIO. ¿Irnos? *Sonríe*. ¿A dónde?

EVARD. Conozco un escondite.

BASILIO, *irónico*. Bajo tierra. Eso se llama fosa.

EVARD. Un lugar donde vas a estar mejor.

BASILIO. Prefiero ser el almuerzo de las lombrices. *Intenta dar una patada al banco*.

EVARD, *sin moverse, trata de detenerlo*. ¡No! No lo hagas.

BASILIO, *tendiendo el arma hacia EVARD*. No hay nada más, Evard. Ya estoy pronto. No es tan difícil como uno se lo imagina. Es mucho más fácil. Además desde acá arriba todo es distinto. *Mira el cadáver de ELENA a sus pies*. Los ojos abiertos. Como si quisiera verme. Pobre Elena. *Se prepara para empujar el banco de una patada*. Parece que uno agita las patas. Para todos lados. Dicen que es horrible de ver. Solo dura un par de segundos. *Le da una patada al banco y cae. Inmediatamente, comienza a sacudir las piernas como si quisiera alcanzar el banco. En ese momento, EVARD trata de acercarse, pero BASILIO le apunta con el arma. EVARD se detiene*. No te acerques. Al menos, déjenme morir en paz. *Mueve las piernas en todas direcciones*. Es solo por reflejo nervioso. Nada más. *A medida*

que va siendo ahogado, la voz se le va atragantando cada vez más. Raspa un poco. La garganta... Al final era yo quien tenía razón... No se ve nada... Cada vez se va atorando más. Nada... Todo se va desdibujando... Todo se va borrando... Como si una nube gris fuera cubriéndolo todo... El rostro comienza a deformarse y un escupitajo de sangre sale de su boca. Nada... No hay nada, Evard... Es un hombre muerto que te lo dice. Su cabeza cae de costado, el cuerpo queda rígido, la mano se abre y el arma cae al piso.

EVARD se acerca y lo toma por las piernas. Trata de alzar el cuerpo para que la soga deje de ahorcarlo pero se da cuenta que ya es tarde; BASILIO está muerto. En ese mismo momento, la puerta que está hacia uno de los extremos se abre y vemos a CELIO que entra. En una de sus manos lleva un arma. Al ver a EVARD y BASILIO, se detiene.

EVARD, *al ver a CELIO*. Acaba de colgarse.

CELIO, *dando unos pasos en dirección hacia el sitio en donde se encuentra la soga*. Está muerto.

EVARD. De pronto todavía le queda algo de vida.

CELIO, *haciendo un movimiento negativo con la cabeza*. El cuello ya está partido.

EVARD, *dando unos pasos hacia atrás y mirando el cuerpo de BASILIO colgando*. No quiso que lo ayudara. No me dejó. *Señalando el arma que está a los pies del muerto*. Hasta el último momento mantuvo el arma en alto. Contra mí. *Se sienta en el banco*.

CELIO, *dirigiéndose al arma que está en el suelo, recogiéndola y guardándola dentro de su saco*. Sabía que iba a estar acá. *Mirando el cuerpo de ELENA*. Al menos podía haberle cerrado los ojos. O por lo menos tapado la cara. *Se inclina y cubre el rostro de ELENA con el propio vestido de novia. Al ponerse de pie, mira el cadáver de BASILIO que cuelga de la soga*. ¡Poco caballero! Siempre lo fue.

EVARD. No es culpable de nada.

CELIO, *sin dejar de mirar el cadáver que cuelga*. Siempre fue una mugre. Una mala persona.

EVARD, *sin mirarlo*. No hables así de un muerto.

CELIO, *indiferente a lo que EVARD acaba de decirle*. Matar por matar. Ese era su principio.

Él no lo hacía ni por necesidad, ni por venganza, ni por nada. Solo mataba por el simple placer de matar. Un salvaje. Eso es lo que era.

EVARD, *mirando a CELIO*. Un salvaje... ¿Y ustedes?

CELIO. Nosotros, ¿qué?

EVARD. Todos ustedes se creen mejores...

CELIO, *interrumpiéndolo*. Lo nuestro es distinto. Una cuestión de necesidad. *Señalando el cuerpo de BASILIO*. Él solo lo hacía por placer. Casi que por gusto. Estoy seguro que hasta debe haber sentido placer matándose a él mismo. Un enfermo. *Haciendo un gesto hacia su cabeza*. Un poco tocado de la cabeza. Había que verlo cómo se ensañaba con sus víctimas. Y todo por el simple placer. Poco profesional. Poco discreto. Una verdadera bestia. Lo mío es distinto. Yo no siento placer ni nada. Tengo una cierta distancia. No me ando ensañando. Hago solo lo que me dicen. Yo solo lo hago por trabajo, Evard. Nada más. Solo lo hago a cambio de una buena paga. En caso contrario nunca lo haría. Él en cambio, estaba pronto en todo momento para liquidar a alguien. A veces ni siquiera se hacía pagar.

EVARD. Son todos unos asesinos.

CELIO. Yo no. Yo soy incapaz de matar una mosca. Lo mío es un trabajo como cualquier otro. Cada uno se las rebusca como puede. Hay quienes se ganan la vida vendiendo relojes. Otros vendiendo carne. Otros flores. Otros venden sus cuerpos. Otros láminas de afeitar. Nosotros nos la ganamos vendiendo nuestra puntería. Así de simple. Cada uno vende lo que puede, Evard. Esa es la regla hoy en día.

EVARD. Un puñado de asesinos bien orquestados. Eso es lo que son todos ustedes.

CELIO. La necesidad, Evard.

EVARD, *despectivo*. La necesidad...

CELIO, *interrumpiéndolo*. ¡ Sí! La necesidad. Ustedes no saben lo que es eso, pero nosotros sí. *Haciendo un gesto con la mano*. ¡ Cash! Hay que comer. Llenarse el vientre con algo. El estómago vacío duele. Ustedes no saben lo que es el hambre. No tienen ni idea. Ni siquiera la más remota idea. Nada. Pero duele. El hambre duele. Uno puede hasta revolcarse durante horas. Los espasmos. Un horror. El estómago que se contrae. A veces las convulsiones que pueden extenderse durante más de dos días enteros. Y la cabeza. Eso es lo peor. La cabeza que pesa toneladas. El dolor en la nuca. El frío. Ustedes no conocen nada de todo eso.

EVARD. Nada puede justificar matar a un hombre.

CELIO. Es fácil decirlo.

EVARD. Ni siquiera el hambre, Celio.

CELIO, *mirándolo fijo a los ojos*. Porque ustedes no saben lo que es. Son todos iguales. Creen conocer el sufrimiento, pero no saben lo que es. No tienen la más mínima idea. Nunca lo conocieron y nunca lo van a conocer. Ustedes lo tienen todo, Evard. No les falta nada. Ustedes no son como nosotros. Por eso no podemos entendernos. Ustedes están de ese lado y nosotros de este. *Haciendo un gesto con una de sus manos*. Dos mundos

incompatibles. Solo nos entendemos en el momento de servir. Nada más. De la misma manera que para nosotros es impensable el lujo, para ustedes es impensable el hambre. Somos como dos razas distintas. A veces, el hambre puede justificar la vida de un hombre. *EVARD sonríe.* Sí, Evard. Hasta la vida del propio padre. A cambio de una buena paga, no hubiera dudado un segundo en limpiarlo.

EVARD, *sin mirarlo y para sí.* Unas bestias.

CELIO. Así estamos hechos, Evard.

EVARD. Si la paga fuera buena, estoy seguro que hubieras sido capaz de liquidarlo aún antes de que te hubiera concebido.

CELIO, *asintiendo con la cabeza.* Es posible. Y sin ningún tipo de remordimiento. Me pagan y hago lo que tenga que hacer.

EVARD, *siempre para sí.* Unas bestias. *A CELIO.* Todos ustedes son unos asesinos controlados por Ulrich.

CELIO. Es un buen pagador.

EVARD, *riendo.* Es lógico. Ustedes son los que sostienen sus negocios. Tu puntería, Celio. Ese es el secreto de sus éxitos financieros.

CELIO. Yo de eso no entiendo nada.

EVARD. No hay mucho que entender. Hoy en día, solo hay que aprender a tirar bien. Eso es todo. Tener buena puntería. Ahí está el secreto de todo, Celio. Saber dar en el blanco. Liquidar al que está enfrente. La competencia. O mi propio asociado, si es necesario. Garret, por ejemplo. Sin ustedes, no hubiera podido nunca mantener en pie sus negocios. Las multinacionales. Richter & Havers. Todos ustedes son los pilares de su imperio.

CELIO, *levantando los hombros.* Paga bien. Eso es lo único que me interesa. El resto no es asunto mío. Yo solo calculo las cifras. Los ceros que hay a la derecha.

EVARD, *con un cierto desprecio.* Hablan todos igual. Solo pueden pensar en cifras. Todos iguales. Cifras y municiones. Nada más. Al final son todos unos asesinos. Unas bestias. Toda una manada de bestias. *Mirando el cadáver de BASILIO.* Él era el único que no lo era. Estaba un poco tocado. Ese era su problema. Solo eso.

CELIO, *señalando el cadáver de BASILIO.* Tocado o no, él también era un asesino.

EVARD, *levantando los hombros en señal de desconcierto y sin dejar de mirar el cadáver de BASILIO.* Era un animal. Ustedes unas bestias. No es lo mismo.

CELIO. Pero él también mató.

EVARD, *asintiendo con la cabeza.* También. Pero era algo que no podía controlar.

CELIO, *siempre con el arma en su mano*. Puede que fuera un poco tocado. Pero eso no cuenta. Un asesino es siempre un asesino. Basta tener una víctima en su haber. Con eso ya alcanza.

EVARD. No, Celio. No siempre. Yo maté a mi madre. Una bala le perforó el pecho. Y pese a eso, no me siento un asesino.

CELIO, *con cierta malicia*. Sin embargo lo sos.

EVARD. Fue un accidente. Un error. No lo recuerdo bien. *Se lleva una de sus manos a la cabeza*. El disparo. Los gritos. La sangre. Las corridas. El respirador. Con el tiempo todo se confundió en mi cabeza. Lo único que sé, es que fue un accidente. Yo era un niño. Nueve o diez años. Ningún niño tira a propósito contra su propia madre. Puede hacerlo contra su padre. Pero contra su propia madre, nunca.

CELIO, *con cierto placer*. No importa. Error o no, tiraste y la mataste. Eso alcanza para ser un asesino, Evard.

EVARD. Sin embargo hay algo dentro de mí que me dice que no. Que no lo soy.

CELIO. El propio Jeremías lo vio todo.

EVARD, *agarrándose la cabeza con las dos manos*. No digo lo contrario. Solo digo que yo maté a mi madre y que sin embargo no soy su asesino. No soy como ustedes, Celio. Ustedes son unas bestias. Yo no. *Con los ojos llorosos*. Ustedes son todos iguales. Son mezquinos. Todos unos asesinos por cuatro centavos. Eso es lo peor que hay. Unas bestias. Es posible que Ulrich sea el peor de todos. Mi padre también piensa que hay cosas que pueden justificar la vida de un hombre. Hasta la vida de sus propios hijos. *Mirando los cadáveres de BASILIO y de ELENA*. Es normal. Finalmente todos los padres son iguales. Saturno se devoró a sus hijos. Ahora lo entiendo. No fue de hambre sino de paternidad. Es más fuerte que ellos. Tienen el poder de sacrificarte aún antes de concebirte. Ahora lo entiendo todo. *Se detiene un segundo*. Finalmente Basilio tenía razón.

CELIO. ¿Qué cosa?

EVARD. Desde este lugar todo se ve distinto. Todo se ve más claro.

CELIO. ¿Qué lugar?

EVARD. Cuando uno está al borde de la muerte. *Sin mirarlo*. Sé que viniste a matarme.

CELIO, *de pie al lado del cadáver de ELENA*. Tiene los senos al descubierto. *Señalando el cuerpo de ELENA*. Al menos, se los podrían haber tapado.

EVARD, *siempre sin mirarlo*. Y también sé que es él quien te manda.

CELIO, *siempre mirando los senos de ELENA*. Tendría que darles vergüenza. Ninguno se dignó cubrirle los senos. Ni el amante. Ni el hermano. Grandes. Blancos. Perfectos. *Se*

hince y toca uno de los senos. Helados. Ya están fríos. Con una de sus manos puesta sobre uno de los senos de ELENA. Pude que sea acá en donde esté todo el problema. Quizás es por eso que somos unas bestias.

EVARD. No. *Haciendo un movimiento de negación con la cabeza.* No es ella.

CELIO. Sí, Evard. Es posible que todo venga de acá.

EVARD. No. El problema no viene de ella.

CELIO, *se pone de pie y mientras se mira la mano con la que viene de tocar el pecho de ELENA, avanza hacia el sitio en donde está sentado EVARD.* Mi mano sintió el frío. Todo debe venir de ahí.

EVARD, *sin mirarlo.* El padre, Celio. Como lo dijo Basilio antes de ahorcarse. La culpa es siempre del padre.

CELIO, *deteniéndose detrás de él, siempre con el arma colgando de una de sus manos.* Estoy seguro que es ella. *Sin dejar de mirarse su mano.* Es de ahí que viene todo. Recién. Hace un segundo. Acabo de tocarlos. Todo viene de ahí. *Poniendo el cañón de su arma a dos milímetros de la nuca de EVARD.* Si fuéramos amamantados por fieras, es posible que fuéramos más buenos.

EVARD. Roma fue amamantada por una loba. *Sonríe.* El resultado ya lo conocemos.

CELIO, *siempre apuntándolo.* Sí, Evard. Es él quien me manda matarte.

EVARD, *sin mirarlo.* Lo sé.

CELIO tira contra EVARD que cae al lado de ELENA y a los pies de BASILIO.

EVARD. Era cierto.

CELIO, *apuntándolo para darle otro disparo y terminar de liquidarlo.* ¿Qué cosa?

EVARD, *agonizante.* Solo es silencio...

CELIO le da un segundo disparo y esta vez EVARD muere al instante.

CELIO, *mirando el cuerpo de EVARD a sus pies.* Ni la más mínima resistencia. Nada. *Se hinca y revisa los bolsillos de EVARD.* Nada. *Empuja el cuerpo para revisarle el otro bolsillo.* Tampoco. Ni un centavo. *Le toma la muñeca y le quita el reloj. Lo levanta en alto y lo mira.* Buena calidad. Puede que den algo. *Se lo guarda en uno de sus bolsillos.* Nunca se sabe. *Se pone de pie y revisa los bolsillos de BASILIO.* Hay algo. *De pronto de uno de los bolsillos saca un puñado de billetes.* ¿Cuánto? *Cuenta los billetes y luego se los*

guarda en su propio bolsillo. Algo es algo. Le revisa el resto de los bolsillos y encuentra una botella de alcohol. Abre el tapón y la huele. Hasta el último momento. Cierra el tapón de la botella y lo vuelve a guardar en el sitio que estaba. Sigue revisando el resto de los bolsillos pero no encuentra nada más. De pronto se detiene en los zapatos de BASILIO. Los observa un par de segundos. Luego se los comienza a sacar. Mejor estado que los míos. Se saca los suyos y se pone uno de los zapatos de BASILIO. El mismo número. El mismo talle. Apoya la punta del pie varias veces como si verificara el tamaño. Un poco más grande. Apenas. No mucho. Se pone el otro zapato en el otro pie. Este no tanto. Apoya la punta del pie. Justo. Perfecto. Mirándose el pie que viene de calzarse. Debe ser el pie que dicen que tenemos más grande. Da unos pasos para probar ambos zapatos. Lujo. Buena propina. Guarda el arma en el interior de su saco y luego se abrocha los botones. Mira alrededor suyo para controlar que no se olvida de nada. Todo en orden. Se dirige a la puerta que está hacia uno de los extremos de la cortina. Al llegar a la puerta, se detiene unos segundos y mira una vez más sus dos zapatos. Extraño. Todavía están calientes. Sale.

ESCENA VII

Nuevamente la sala de tiro. En la primera sala vemos a ULRICH vestido todo de negro y sentado en uno de los sillones. Enfrente suyo, vestido con su atuendo de oficio, se encuentra sentado el CARDENAL CLEMENTE SAVELLI. A su lado vemos a NOLD y KURT también vestidos todo de negro. NOLD está de pie mientras que KURT se encuentra recostado contra uno de los respaldos, razón por la cual solo lo vemos de espalda. Acaban de llegar del entierro. En la segunda sala se ve un cuadro de 107 cm. x 77 cm. embalado y recostado contra la pared del fondo. Se trata de “ La Virgen de los Cardos ” de Raffaello Sanzio. Al lado del cuadro vemos a FABIO que se dedica a desembalarlo con sumo cuidado.

ULRICH, *con su mirada perdida el vacío.* Una lluvia atroz.

NOLD, *a ULRICH.* Un día horrible.

ULRICH. El día que enterramos a la madre de los niños, también llovía. Algo espantoso. El agua que corre por el féretro y que se mete por las hendiduras de la madera. *Se lleva a su boca un pañuelo que tiene en una de sus manos.* Lo peor es saber que uno se va y que ellos quedan solos. Metidos en esos panteones helados. *Mirando al CARDENAL que lo escucha atentamente.* Dicen que el cuerpo de un ser humano demora nueve meses en descomponerse.

El CARDENAL hace un gesto de indiferencia.

ULRICH. Nueve meses. El mismo tiempo de gestación. Una cuestión de equilibrio. Un misterio. Uno de los tantos misterios de la materia a la hora de descomponerse, Su Eminencia. *Siempre dirigiéndose al CARDENAL.* Como el caso de los gusanos. Parece que los primeros no solo los generamos nosotros, sino que además, los órganos que se devoran en primera instancia son los mismos que los gestaron. Increíble. Para que justamente no haya un exceso de larvas. Una coordinación exacta. Casi que perfecta. Otro misterio más. Inexplicable. *Haciendo un gesto con una de sus manos.* Nadie lo puede explicar. Finalmente Su Eminencia, es hora de reconocer que desconocemos por completo la

materia. Por momentos parece ser más misteriosa que el espíritu. *Deteniendo su mirada en los atuendos del CARDENAL.* Los atuendos de Su Eminencia empapados.

El CARDENAL hace un gesto de despreocupación.

ULRICH. Deberían traerle algo de tomar. *A NOLD.* ¿Dónde están?

NOLD, *a ULRICH.* Celio prepara un té.

ULRICH. Si estuviera Jeremías ya tendríamos hace rato nuestra taza de té.

El CARDENAL ríe y reitera el mismo signo de despreocupación.

NOLD, *a KURT que siempre de espaldas mira hacia el cuadro.* Un Raffaello...

El CARDENAL asiente con su cabeza.

NOLD. Una Madona, Kurt.

ULRICH, *mirando también hacia el cuadro.* Directo de la pinacoteca sacra.

NOLD. Parece que durante décadas decoró las cámaras papales. *Mirando al CARDENAL.* Eso dicen.

El CARDENAL sonríe.

ULRICH, *a KURT con la voz cortada.* Era uno de nuestros regalos para la boda, Kurt. *Se detiene unos segundos.* Con tu padre habíamos pensado que Elena... *Se detiene víctima de la emoción que le impide continuar.*

El CARDENAL toma una de las manos de ULRICH entre las suyas.

NOLD, *poniéndole una mano sobre su hombro.* Ulrich... Ulrich...

ULRICH. Disculpe, Su Eminencia. Disculpe.

El CARDENAL hace nuevamente un signo de despreocupación.

ULRICH. Un peso acá. *Se lleva una de sus manos al pecho.* Acá. Y la garganta que parece cerrarse.

NOLD, *siempre con su mano apoyada en el hombro de ULRICH*. Todo eso es normal.

Normal, Ulrich.

ULRICH. Dos hijos en un mismo día. Es demasiado.

KURT, *siempre de espaldas*. Tres.

NOLD, *a KURT*. ¡ Kurt!

KURT. ¡ Sí! ¡ Tres!

NOLD. ¡ Kurt! ¡ Por favor! *Haciendo hacia ULRICH un gesto de disculpas*.

ULRICH, *a NOLD*. No es nada, Nold. *A KURT*. Kurt... *Se detiene*. Quiero explicarte algo.

Para mí, Basilio no era un hijo.

KURT, *sin mirarlo*. Pero lo era.

NOLD, *dirigiéndose hacia KURT*. ¡ Kurt! No es el momento...

ULRICH, *interrumpiendo a NOLD con un gesto de mano y dirigiéndose a KURT*. Puede que lo fuera, pero nunca lo consideré como tal. Y menos ahora que está muerto. Para mí, él solo fue un servidor. Nada más. No lamento su pérdida como la de un hijo. Simplemente siento su ausencia de la misma forma que siento la ausencia de Jeremías. Un cierto disfuncionamiento en el servicio. Eso es todo. Nada más.

NOLD, *a ambos*. No son temas para conversar ahora.

KURT, *siempre de espaldas y con la cabeza baja*. Humillado delante de todo el mundo.

ULRICH, *a KURT*. Todos lo fuimos.

KURT. Pero yo más que nadie.

NOLD, *a KURT*. Kurt, te lo ruego...

ULRICH, *a KURT*. Es cierto. Y entiendo tu dolor.

KURT, *sin darse vuelta*. No estoy dolido. Fui humillado. Es peor.

ULRICH, *poniéndose de pie*. Yo no fui culpable de nada, Kurt. Soy tan víctima como ustedes.

Tu deshonra es también la mía. La misma.

KURT. La deshonra del amante es peor que la del padre.

ULRICH. La deshonra es siempre la misma para todo el mundo, Kurt.

KURT. Si hubiéramos estado al corriente de todo, nos podríamos haber ocupado de Basilio con tiempo. Impedir todo este escándalo.

El CARDENAL raspa su garganta para recordar a los demás su presencia.

NOLD. Todo eso ya está.

ULRICH, *se dirige hacia donde está KURT*. Nunca imaginé que Evard lo sabía. Como tampoco nunca imaginé que un día vendría a hacerme tanto mal. Nunca sospeché que pudiera sentir tanto odio hacia mí. Nunca lo hubiera pensado. *Se acerca a KURT y lo abraza*. Kurt. Te pido que me entiendas. Que comprendas. *Le susurra al oído*. Traté de hacer todo lo posible para impedirlo. Pero ya era tarde. *Volviendo al tono normal*. Soy tan víctima como ustedes. Lo importante ahora es enderezarnos. Seguir adelante.

KURT. El treinta por ciento de nuestros accionarios se retiraron.

NOLD. Eso no es grave.

KURT, *a NOLD*. No va a ser fácil.

ULRICH. Se recuperan, Kurt. *Haciendo un gesto con una de sus manos*. Hay que esperar unos días.

NOLD. Dejar pasar unas semanas.

KURT, *saca un periódico de uno de los bolsillos de su tapado y se lo tiende a ULRICH*. Cuatro páginas enteras.

ULRICH, *toma el periódico entre sus manos pero no lo abre*. Eso no tiene que importarnos. Van a hablar durante un par de días y luego todo se va diluyendo solo.

KURT. Las pérdidas van a ser considerables.

NOLD. Los primeros tiempos.

ULRICH, *señalando a NOLD*. Tu padre tiene razón. Solo va a ser los primeros tiempos.

NOLD. Las pérdidas las vamos a sentir solamente los primeros meses.

ULRICH. Y solo sobre algunos de los sectores.

NOLD. Luego la gente olvida, Kurt.

ULRICH, *devolviéndole el periódico a KURT*. Al principio se retiran indignados y dentro de tres o cuatro semanas, los tenemos a todos de vuelta. Ya nos pasó otras veces.

La doble puerta se abre y vemos a CELIO que entra con una bandeja en la cual hay una tetera y cuatro tazas de porcelana.

NOLD, *al CARDENAL*. Un poco de té va a hacernos bien a todos.

CELIO deposita la bandeja sobre uno de los muebles y comienza a servir el té.

ULRICH. Lo importante, Kurt, es seguir adelante. Nunca darse por vencido.

KURT, *se dirige hacia uno de los sillones y se sienta.* Treinta por ciento de acciones que se van al agua.

ULRICH. Es cierto. No digo lo contrario.

CELIO le alcanza la taza de té al CARDENAL quien, al recibirla, le hace un gesto de agradecimiento.

NOLD. Nadie dice que no hayamos perdido, Kurt.

ULRICH. Lo que decimos es que hay que seguir. Volver a levantarnos. Eso es todo. Volver a enderezarnos. Nadie niega que recibimos un golpe muy duro.

KURT. Treinta por ciento.

NOLD. En el fondo no es nada.

ULRICH. Podría haber sido peor. Mucho peor. *A CELIO, mientras este le alcanza una taza de té.* A propósito, ¿qué noticias hay de Jeremías?

CELIO, *de pie al lado de ULRICH.* Todavía se va a quedar unos días más en el hospital. Eso es lo que dijeron.

KURT, desinteresado por lo que hablan, abre el periódico y lee.

ULRICH, *revolviendo su taza de té.* ¿Y después?

CELIO, *levantando los hombros.* Nadie sabe. No tiene a nadie. Seguramente un asilo.

NOLD. Ya le avisaron lo de Basilio.

CELIO, *asintiendo con la cabeza.* Anoche. Un lugar de menos en el infierno. Eso es todo lo que dijo.

ULRICH. ¿Y la vista?

CELIO. De un lado completamente perdida. Del otro ve algo, pero muy poco. Tampoco va a poder caminar. Las cervicales se hicieron añicos. Toda la columna destrozada. Es normal. Rodó más de treinta escalones.

ULRICH, *haciendo un gesto con su cabeza hacia la segunda sala.* Y lo que se dice, ¿es cierto?

CELIO. ¿Qué cosa?

ULRICH. Lo de Fabio.

CELIO, *levantando los hombros.* Él dice que no. Que resbaló solo.

NOLD. ¿Nadie vio nada?

CELIO, *negando con la cabeza*. Nadie.

ULRICH, *haciéndole un gesto con una de sus manos para que siga sirviendo a los demás*.

Gracias, Celio.

CELIO se dirige al sitio en donde está la bandeja y sigue sirviendo el té.

ULRICH, *a NOLD*. Vamos a tener que controlarlo de cerca.

NOLD, *haciendo un gesto hacia FABIO*. ¿Al nuevo?

ULRICH, *interrumpiéndolo*. No. Jeremías. El asilo. Hay que tener cuidado. De a poco va perdiendo la cabeza. Puede hablar de más.

KURT, *leyendo el diario*. La bolsa de Tokio cerró en baja.

ULRICH, *dándose vuelta y mirando a KURT*. ¿Qué cosa?

KURT, *siempre leyendo el diario, le contesta sin mirarlo*. Tokio en baja.

NOLD, *mientras CELIO le alcanza una taza de té*. No es grave.

KURT. Tampoco nos favorece.

NOLD, *a KURT*. ¿Y Frankfurt?

KURT. También un desastre. *Siempre leyendo el diario*. No quiero té, Celio.

ULRICH. Una taza va a hacerte bien.

KURT, *negando con la cabeza*. No ahora.

ULRICH le hace un gesto a CELIO para que no le sirva té a KURT.

KURT. Siete por ciento de baja.

NOLD. ¿Tokio?

KURT, *siempre leyendo*. No, Frankfurt.

ULRICH, *da unos pasos y se detiene mirando hacia la segunda sala*. Tokio. *Sonríe mientras bebe de su taza de té*. Frankfurt.

NOLD. ¿Siete por ciento?

KURT asiente con la cabeza.

NOLD. Hay que ocuparse mañana mismo. *Bebe de su taza*.

CELIO, *a NOLD*. Esta mañana hubo dos llamadas.

NOLD, *sin mirarlo*. ¿Quién?

CELIO, *de pie junto a la bandeja*. Chesterston.

NOLD, *asombrado*. ¿Chesterston?

KURT baja el diario y mira también asombrado a NOLD.

CELIO. Dos veces.

KURT, *a NOLD*. ¿De Suiza?

NOLD, *levantando los hombros*. Imagino. No sé. *Mira a CELIO*.

CELIO, *a NOLD*. De Ginebra.

KURT, *a CELIO*. ¿Algún mensaje?

CELIO, *negando con la cabeza*. Dijo que llama mañana.

NOLD, *siempre intrigado*. ¿Habló de algo en especial?

CELIO. Nada.

KURT, *a CELIO*. ¿Seguro?

CELIO. Solo dijo que nevaba.

NOLD, *a KURT*. Otra vez...

KURT, *poniéndose de pie, se dirige a CELIO*. ¿Qué es lo que dijo exactamente?

CELIO. Que estaba nevando mucho. *Levantando los hombros*. Eso fue todo.

KURT, *a NOLD*. Debe haber de nuevo problemas con los fondos fijos.

NOLD. No es posible.

KURT, *molesto*. No puede ser otra cosa.

NOLD. Los seguros sin embargo, nos dan un margen de tres meses...

KURT, *interrumpiéndolo*. Eso no tiene nada que ver. *A ULRICH*. ¿Escuchaste?

ULRICH, *siempre mirando hacia la segunda sala y afirmando con la cabeza*. Nieva sobre Ginebra.

KURT, *mirando a ULRICH y un tanto molesto por su indiferencia*. ¿Qué es lo que pasó?

ULRICH, *levantando los hombros*. No lo sé, Kurt.

NOLD, *a KURT*. Nada grave. *Haciéndole un gesto para que abandone el tema*. Nada grave.

ULRICH, *sin dejar de mirar hacia la segunda sala*. Es extraño. Por momentos me parece que estuviera soñando. Que en realidad no pasó nada. Que de pronto voy a despertarme y que todo va a empezar de nuevo. Desde el principio.

KURT, *se dirige hacia el frigobar y saca un par de cubos de hielo que vuelca dentro de un vaso*. No sabe lo que dice.

ULRICH. Todo de vuelta. Como si todo esto fuera solo un sueño. Un sueño que en algún momento va a terminarse.

NOLD, *se dirige hacia ULRICH*. Hay que descansar. Descansar un poco.

ULRICH rompe en un llanto tímido y se lleva el pañuelo a los ojos.

NOLD. Ulrich... Ulrich...

ULRICH. Es cansancio. *CELIO se acerca y toma la taza de té de la mano de ULRICH*. Un cansancio atroz.

KURT, *sirviéndose whisky en su vaso*. Mañana mismo hay que entrar en comunicación con ellos.

NOLD, *conduciendo a ULRICH hacia uno de los sillones*. Es normal, Ulrich.

ULRICH, *sentándose*. No sé qué es lo que me pasa.

NOLD, *a ULRICH*. Todo esto es normal.

ULRICH. Como si no me quedaran fuerzas. *Al CARDENAL que permanece siempre sentado y con la taza de té entre sus manos*. Todo es tan extraño, Su Eminencia. Lo veo ahí, sentado con su taza de té, y no puedo dejar de pensar que vino para celebrar la boda y terminó celebrando la misa de difuntos.

El CARDENAL reclina la cabeza.

ULRICH. Nunca se sabe nada con certeza, Su Eminencia. ¿Quién hubiera dicho que todo iba a terminar así? De esta forma. Nadie.

De pronto la doble puerta de entrada se abre sola y vemos a un MENDIGO que entra en la sala. Está mal vestido y parece perdido. Al verlo entrar, todos se sobresaltan. Su figura inspira miedo. El mismo miedo que podría inspirar un espectro.

NOLD, *al MENDIGO*. ¿Quién es usted?

ULRICH, *dirigiéndose a CELIO*. ¿Qué es ese hombre?

KURT, *asombrado*. ¿Qué es lo que quiere?

MENDIGO, *tendiendo la mano hacia NOLD y con grandes dificultades para hablar, como si le hubieran arrancado la lengua*. Hambre...

NOLD. ¿Qué dice?

MENDIGO, *siempre tendiendo la mano*. Algo...

CELIO, *dirigiéndose hacia el MENDIGO*. ¿Cómo pudo entrar?

ULRICH. Si estuviera Jeremías estas cosas no pasarían.

MENDIGO, *siempre sin hacerse entender*. Hambre...

CELIO, *se le acerca*. Usted no tiene derecho a entrar aquí.

MENDIGO. Yo... Hambre...

CELIO. Está prohibido.

KURT, *a NOLD*. Es inadmisibile que pasen este tipo de cosas.

NOLD, *a CELIO*. Este sitio tiene que ser un lugar mejor vigilado.

MENDIGO, *tendiéndole la mano a CELIO*. Hambre...

CELIO. Este es un lugar privado. Le ruego que se retire.

KURT, *a ULRICH*. ¿Cómo lo dejaron pasar?

ULRICH, *indignado*. Una vergüenza. *A CELIO*. Hágame el favor de sacarlo inmediatamente.

CELIO, *al MENDIGO*. Si no se retira ya mismo, lo vamos a sacar a la fuerza.

MENDIGO, *invadido por un ataque de tos tan intenso que cae al suelo de rodillas*. Algo...

Sigue tosiendo, mientras todos lo miran absortos y sin decir nada. Hambre... *Sigue tosiendo y hablando de una forma apenas comprensible*.

FABIO deja el cuadro y se acerca al vidrio, a través del cual mira la escena.

MENDIGO. Algo para la boca... Para meterse... Adentro... Hambre... *Tose*. La boca... Duele...

NOLD, *a los demás*. Pero, ¿qué es lo que quiere? ¿Qué es lo que dice?

KURT, *acercándose y mirándolo desde arriba*. No tenemos nada. Haga el favor de retirarse.

MENDIGO, *le tiende la mano*. Hambre... *Haciendo grandes esfuerzos para hablar en medio de la tos*. La boca... Algo para la boca...

KURT, *al MENDIGO*. No es el momento para venir a importunarnos. Acabamos de llegar de un entierro. Un poco de respeto.

CELIO, *elevando la voz*. Levántese y retírese ya mismo.

MENDIGO, *siempre con la mano tendida*. Hambre... La mano tiembla... Así... *Tiende la mano en dirección al CARDENAL quien le responde haciéndole un gesto con la señal de la cruz*. Hambre... *Se acerca a KURT y se prende de su pantalón*. Hambre...

KURT, *sacudiendo su pierna para tratar de desprenderlo*. ¿Qué hace?... No se da cuenta...

NOLD, *a CELIO*. Haga algo por favor.

CELIO se acerca al MENDIGO y lo arranca a la fuerza de la pierna de KURT.

ULRICH, *a FABIO*. ¡ Fabio! ¡ Por favor! Ayude a Celio a sacar a este intruso.

FABIO entra a la primera sala y junto con CELIO levantan al MENDIGO y lo arrastran hacia la doble puerta.

MENDIGO, *mientras lo arrastran hacia la salida*. Hambre...

CELIO y FABIO lo sacan, y tras de sí, cierran la doble puerta.

ULRICH. Un intruso. Absurdo que haya podido entrar.

KURT, *sacudiéndose su pantalón*. Absurdo.

ULRICH, *al CARDENAL*. Todas nuestras disculpas, Su Eminencia. Realmente lo sentimos profundamente.

KURT, *al CARDENAL*. Este tipo de cosas nunca suelen suceder.

ULRICH. Realmente se trata de algo extraordinario.

NOLD, *pensativo*. Es extraño.

ULRICH, *a NOLD*. ¿ Qué cosa?

NOLD. La mendicidad. *Señalando hacia el lugar en donde el MENDIGO cayó de rodillas.*

Ese hombre ahí. De rodillas. Me tiende la mano. Me pide algo para comer. Y yo le digo no. Que no. Le digo que no con la cabeza. Le hago entender que no. Y sin embargo tengo repletos mis cofres suizos. *Se mete la mano dentro de uno de los bolsillos de su pantalón y saca un puñado de monedas.* Mis propios bolsillos. *Tiende la mano repleta de monedas.* Tantas que hasta podría sembrar. *Gira la mano y las hace caer al piso.* Extraño. *Todos ríen.*

ULRICH. Cada vez hay más.

KURT, *riendo*. ¿ Qué cosa?

ULRICH, *señalando hacia la doble puerta*. Mendigos. Cada día se ven más. Por todos lados. Como una plaga.

NOLD. Siempre los hubo.

KURT, *asintiendo con la cabeza*. Habría que recluirlos en sitios especiales.

NOLD. Es cierto que estropean la imagen de una ciudad. ¿ Cómo explicar? *Pensando.* La degradan. Eso mismo.

KURT, *bebiendo de su vaso*. Ya hay varios países en los cuales los apartan en campus especiales.

NOLD. Es cierto. Sobre todo por el tema de la higiene.

KURT. Nuevos decretos ministeriales.

NOLD, *a ULRICH*. Hay que reconocerlo. Son realmente algo insalubres.

KURT, *mirándose el pantalón*. Sucios.

ULRICH. Al menos son bienaventurados. *Dirigiéndose al CARDENAL*. Ya tienen ganado el reino de los cielos.

El CARDENAL asiente con un movimiento piadoso de cabeza.

KURT, *con su pañuelo se sacude la parte del pantalón de la cual se prendió el MENDIGO*.

En ese caso prefiero el infierno.

NOLD, *a KURT*. ¡ Kurt! ¡ Delante de Su Eminencia! *Al CARDENAL*. A propósito, nos quedan algunos detalles que ajustar.

El CARDENAL le hace un gesto de no inquietarse con una de sus manos.

NOLD. ¡ Sí! ¡ Sí! Es preferible que todo quede saldado cuanto antes. *A ULRICH*. Ulrich...

ULRICH, *asintiendo con su cabeza*. Hoy mismo. *Al CARDENAL*. Su Eminencia regresa esta misma tarde. *Señalando a KURT*. Kurt tiene el expediente.

NOLD, *a KURT*. Kurt.

KURT, *dirigiéndose a una de las mesas sobre las cuales hay un expediente y tomándolo entre sus manos*. Ya está todo preparado. *Le tiende el expediente a NOLD*. Los documentos ya fueron controlados.

NOLD, *tomando el expediente entre sus manos y abriéndolo*. ¿ Todos?

KURT, *asintiendo con la cabeza*. Solo faltan las firmas.

NOLD, *leyendo el expediente*. Algunos detalles... *Repasa las hojas rápidamente*. Perfecto.

ULRICH, *al CARDENAL*. Ayer colocamos una parte del giro.

KURT, *a ULRICH*. Exactamente el cincuenta por ciento.

ULRICH. La otra parte se la vamos a emitir personalmente en cheque como fue convenido.

El CARDENAL le hace un gesto de agradecimiento.

NOLD, *tendiéndole el expediente al CARDENAL*. Su Eminencia.

El CARDENAL lo toma entre sus manos. Se pone un par de lentes y lo comienza a leer.

KURT, *mirando hacia la segunda sala*. ¿Dónde vamos a meterlo?

ULRICH, *a KURT, mientras se pone de pie*. Con tu padre estuvimos conversando al respecto.

Se detiene y mira a NOLD.

NOLD, *mirando a ULRICH*. Kurt, nos pareció que lo más apropiado... *Se detiene un segundo.*

En fin, que lo más apropiado sería ponerlo en tu nuevo escritorio.

KURT, *los mira a ambos*. ¿Nuevo?

ULRICH, *asintiendo con su cabeza*. Sí, Kurt.

NOLD, *dirigiéndose hacia su hijo*. Estuvimos pensando con Ulrich que, en adelante, todo va a quedar en tus manos.

KURT, *sin comprender*. Pero las partes...

NOLD, *mirando a ULRICH*. Ulrich quiere legarte la suya.

KURT, *a ULRICH*. No es posible...

ULRICH, *interrumpiéndolo*. Kurt. Te ruego que lo aceptes.

KURT. No es posible...

ULRICH. Te lo suplico. *Mirándolo a los ojos*. Siempre pensé que algún día iba a poder legar mi parte a alguno de mis hijos. Durante años me esforcé con uñas y dientes para defender sus bienes. Los míos. Los de ellos. Días y noches enteras. Toda una vida peleando. Velando por los bienes que me fueron confiados. Protegiéndolos como una fiera, para un día poder poner entre sus manos, lo que mis ancestros pusieron sobre las mías. Legar y de esa forma cumplir y obedecer con la ley de la naturaleza. Perpetuarnos. Continuarnos. Protegernos. El capital, Kurt. El capital y la estirpe. *Se detiene un segundo*. La vida me lo impidió. Todo fue un desastre. Ustedes son testigos. *Sin mirarlos*. Todos me traicionaron y me abandonaron. Mis hijos legítimos. Los naturales. Y hasta los adoptados como Garret. Entre todos quisieron vencerme. Destruirme. Pero no lo lograron. *Señalando hacia la doble puerta*. Ellos están todos pudriéndose, mientras yo estoy acá en pie. No pudieron conmigo. A todos los vi nacer y a todos los enterré. Fui más fuerte que ellos. Quisieron aniquilarme y sin embargo sigo erguido. Yo y la empresa. Richter & Havers. Pude demostrarles que soy más fuerte que ellos. Que pude más. *Se detiene un segundo*. Es cierto que no me queda descendencia. Nadie. Miro hacia atrás y no hay nadie. Nada. Pero lo esencial es que cumplí con mi deber, Kurt. Protegí los bienes. Lo que me fue dado. Lo que

me legaron y me confiaron. Eso es lo único que importa. Cumplí con mi tarea. Ahora me corresponde pasar la misión a otro. *Lo abraza*. Por eso quiero legarte todo, Kurt.

KURT, *indeciso*. Pero yo... *Se detiene*.

ULRICH. Sí, Kurt.

KURT, *negando con la cabeza*. Un ofrecimiento de este tipo...

ULRICH, *interrumpiéndolo*. Te ruego que no lo aceptes como un regalo, ni como un acto de generosidad. *Lo aparta de sí y lo sostiene por los dos brazos, mientras lo mira frente a frente*. Te ruego que lo aceptes como lo que es. Una herencia. Una responsabilidad. La protección de lo que somos, Kurt. De nosotros mismos. Te ruego que los protejas como yo lo hice. Que veles por ellos día y noche, para poder legarlo a los tuyos cuando llegue el momento. *Mirando a NOLD*. Ya está conversado con tu padre.

NOLD asiente con su cabeza.

ULRICH. Queremos que todo se realice lo antes posible. *A KURT*. Mañana mismo vamos a realizar las escrituras. *Se detiene un segundo*. Tu padre también va a legarte su parte, Kurt.

KURT mira a su padre.

NOLD. En adelante vas a estar al frente de todo. *Le sonríe*. La suprema responsabilidad administrativa y también moral.

KURT, *mirando a ambos*. ¿Y el consejo directivo?

ULRICH. No hay más. *Haciendo un gesto con una de sus manos*. Disuelto de urgencia.

KURT, *a NOLD*. ¿De qué forma?

NOLD. Dos tercios presentaron su renuncia a raíz de lo de Garret.

ULRICH. Como lo habíamos pensado.

NOLD. En adelante son minoría. Podemos disolverlo con la mitad más uno de los votos.

ULRICH, *a KURT*. Y basta de consejos. Ni directivos. Ni administrativos. No es algo bueno.

NOLD. Es importante que en adelante lo sepas, Kurt. *Señalando a ULRICH*. Eso era en nuestra época. Los consejos directivos. Una moda que llegó de pronto. Todo tenía que ser discutido, votado y aprobado por la mayoría. Un desastre.

ULRICH. Las mayorías... Las mayorías...

NOLD, *asintiendo con la cabeza*. Son un peligro, Kurt. Un verdadero peligro. Es mejor que todo esté en las manos de uno solo. Muchas manos en un plato no es bueno.

KURT. ¿Y ustedes?

ULRICH, *señalando a NOLD*. Tu padre va a acompañarte de cerca los primeros tiempos. En lo que a mi respecta, pienso retirarme por completo.

KURT, *a ULRICH*. ¿Dónde?

ULRICH, *levantando los hombros*. No lo sé.

KURT. ¿Lejos?

ULRICH. Todavía no lo tengo pensado. En todo caso, un lugar en donde pueda descansar.

El CARDENAL se quita los lentes, cierra el expediente y hace a NOLD un movimiento con su cabeza en señal de aprobación.

NOLD, *tomando el expediente entre sus manos*. Bien. *Se sienta sobre uno de los sillones*.

Entonces solo faltan las firmas. *Toma su bolígrafo y se prepara a firmar*.

ULRICH, *tomando también su bolígrafo y su carnet de cheques*. El cheque se lo vamos a dar en mano propia. *Comienza a hacer un cheque*.

NOLD, *firmando algunos documentos*. ¿Su Eminencia quiere otro té?

El CARDENAL responde negativamente con su cabeza.

KURT, *mirando hacia la segunda sala*. Conviene que lo saquen de noche.

NOLD, *siempre firmando*. Eso ya está resuelto. *Pasándole el expediente a ULRICH*. Una sola firma.

ULRICH, *firmando en el lugar que le muestra NOLD*. Perfecto.

KURT, *mirando su reloj*. Ya es la hora.

NOLD, *a KURT*. ¿De qué?

KURT, *dándose vuelta*. El cierre de los valores bancarios. *Se abrocha los botones de su saco*.

ULRICH, *tendiéndole el expediente al CARDENAL*. Solo falta Su Eminencia.

NOLD, *a KURT*. Una última firma y nos vamos.

KURT, *mostrándole el reloj*. Estamos atrasados.

ULRICH, *a KURT*. ¿Qué hora es?

KURT. Las cinco.

NOLD, *una vez que el CARDENAL firmó, cierra el expediente*. Impecable. Todo en orden.

ULRICH, *a NOLD*. Vayan tranquilos. *Se pone de pie*. Me quedan algunas cosas para conversar con Su Eminencia.

NOLD, *al CARDENAL*. Le deseo entonces un buen regreso.

El CARDENAL se pone de pie y le tiende la mano para que NOLD se la bese.

NOLD. Gracias por todo, Su Eminencia. *Le besa la mano.*

KURT, *haciendo un gesto hacia el cuadro*. ¿Cuándo lo traen?

ULRICH. Seguramente en unos días.

KURT, *acercándose al CARDENAL y también besándole la mano*. Su Eminencia.

NOLD, *a ULRICH*, *mientras se abrocha los botones de su saco y se dirige hacia la doble puerta*. Parece que esta noche se va a levantar un viento espantoso. *Toma un paraguas que está al lado de la puerta.*

El CARDENAL se dirige hacia el vidrio que separa la primera de la segunda sala y mira hacia el cuadro.

ULRICH. Eso dijeron.

KURT, *también dirigiéndose hacia la doble puerta*. Hasta noventa kilómetros por hora. *Toma otro paraguas.*

NOLD, *preparándose a salir*. Y lluevas durante tres días enteros. *Abre la doble puerta de salida.*

ULRICH. ¿Tres días enteros?

KURT, *levantando los hombros*. Parece...

NOLD. Es lo que dicen. Hasta luego, Ulrich.

KURT y NOLD salen y cierran la puerta tras de sí.

ULRICH, *mirando la puerta cerrarse*. Un verdadero diluvio. *Se queda pensativo durante unos segundos*. Tres días de lluvias. *Se da media vuelta y ve al CARDENAL mirando el cuadro que se encuentra en la segunda sala*. Una maravilla.

El CARDENAL asiente con su cabeza.

ULRICH. Algo perfecto. *Se dirige hacia donde se encuentra el CARDENAL de pie*. Su Eminencia quizá quiere verlo una última vez. *Abre la puerta de la segunda sala e invita al CARDENAL a entrar*. Adelante, Su Eminencia. Adelante.

El CARDENAL entra a la segunda sala y se dirige hacia el sitio en el cual se encuentra el cuadro.

ULRICH. No es la mejor luz para ver bien un Raffaello. *ULRICH cierra la puerta tras de sí y lo acompaña.* Ni el mejor lugar para apreciarlo. *Ambos se detienen en silencio frente al cuadro durante unos segundos.* Realmente estupendo. Perfecto. *Señalando una zona del cuadro.* Allí se centra todo. En esa parte. La mano de la Madona y el manojo de cardos. Lo sostiene como si fuera un puñal. Si uno mira bien, parece una mano que empuña un arma. *Suspende su mano en el vacío.* ¿Cómo es posible que la mano de alguien pueda...? *Se detiene durante unos segundos y luego levanta los hombros en señal de desconcierto, mientras que mira su propia mano.* Un misterio. Realmente un misterio. La mano del hombre es verdaderamente algo indescifrable. *De pronto se sorprende al ver que en su otra mano tiene todavía el cheque.* Me había olvidado, Su Eminencia. *Se lo tiende.* Su cheque. *En el momento que el CARDENAL toma el cheque, ULRICH no lo suelta y trayéndolo contra sí como si se tratara de un anzuelo, le ruega con un tono un tanto desesperado.* ¡ Por favor! Se lo suplico, Su Eminencia. Necesito confesarme.

El CARDENAL sin soltar el cheque asiente con su cabeza.

ULRICH. Necesito la confesión. Ahora mismo. *Al soltar el cheque, el CARDENAL lo guarda inmediatamente en uno de sus bolsillos.* Acá mismo. *Le toma la mano y se la besa frenéticamente.* Necesito que me oiga. *Besándole la mano.* No me la niegue, Su Eminencia. No puede negármela.

El CARDENAL comienza a bajar lentamente su mano, hasta obligarlo a caer de rodillas delante de él.

ULRICH. Mis pecados. Todos mis pecados. *Con una de sus manos se golpea su pecho, mientras que con la otra se sostiene de la mano del CARDENAL.* Necesito que me escuche. *Siempre de rodillas, comienza a llorar.* Cometí el peor de los pecados que un hombre puede cometer. *Besa frenéticamente la mano del CARDENAL.* Mis manos están bañadas de la peor de las sangres. La sangre de los míos. *Llorando.* Toda mi descendencia. *Con la mano libre se sigue golpeando el pecho.* Mi propia mano se levantó contra mi propia casa. Mi mujer. Mis hijos. Todos. Yo mismo. *Siempre golpeándose con una mano y*

con la otra besando la mano del CARDENAL. Yo mismo fui el verdugo de mis propios frutos. Sin poder levantar la mirada. Dígame algo, Su Eminencia. En forma desesperada. Dígame algo. Se lo ruego. Necesito que me diga algo.

CARDENAL, *con una voz dulce y calma, mientras que con la mano libre, le hace la señal de la cruz. Ego te absolvo...*

ULRICH, *interrumpiéndolo. ¡ No, Su Eminencia! ¡ No me absuelva! ¡ No me absuelva! ¡ Se lo ruego!*

CARDENAL, *indiferente a su ruego, prosigue con su frase. Ego te absolvo a peccatis tuis...*

ULRICH, *con la voz llorosa. ¡ No, Su Eminencia! ¡ Necesito el castigo!*

CARDENAL, *con su voz trata de tapar la voz de ULRICH. In nomine Patris...*

ULRICH, *siempre de rodillas. ¡ Se lo suplico! ¡ No me absuelva! Un hombre como yo no puede ser absuelto.*

CARDENAL, *cada vez más alto. In nomine Patris et Filii...*

ULRICH, *llevándose una de sus manos al pecho. Siento el fuego que me quema, Su Eminencia.*

CARDENAL, *indiferente a la súplica de ULRICH. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...*

ULRICH, *fuera de sí. Siento las llamas arder...*

CARDENAL, *haciéndole con una de sus manos la señal de la cruz. Amen. ULRICH cae a sus pies.*

ESCENA VIII

En la tercera sala vemos a JEREMÍAS sentado en una silla de ruedas y contemplando hacia los blancos. Uno de sus ojos está cubierto con una venda. CELIO y FABIO se encuentran en la segunda sala. CELIO tiene una planilla y está controlando algo en uno de los estantes, mientras que FABIO está lustrando un arma. La puerta que separa la segunda de la tercera sala se encuentra abierta.

JEREMÍAS, *para sí y en forma casi ininteligible, mientras mira hacia lo lejos.* Osse e cenere... Osse e cenere...

FABIO, *intrigado, le pregunta a CELIO.* ¿Qué dice?

CELIO, *sin mirarlo.* Osse e cenere. *Levantando los hombros en señal de desconcierto.* Desde hace unos días lo repite todo el tiempo.

FABIO, *para sí.* Osse e cenere...

CELIO. Huesos y cenizas. *Siempre prestando atención a su inventario.* Eso es lo que quiere decir.

FABIO, *extrañado.* Huesos ¿y qué?

CELIO, *haciendo un gesto de incompreensión.* Y cenizas.

FABIO. Debe delirar.

CELIO. Cada vez está peor. La cabeza. Todo desordenado. *Controlando minuciosamente la planilla.* Completamente perdido.

FABIO, *mirando a JEREMÍAS.* Parece como ido.

CELIO, *sin mirarlo.* Hay que encargar municiones para las .45'. *Escribe algo en la planilla.* Solo queda una caja. No es suficiente.

JEREMÍAS, *siempre para sí.* Osse e cenere...

FABIO, *sin dejar de contemplar a JEREMÍAS.* Es lo único que dice.

CELIO, *siempre prestando atención a su planilla.* Habla poco. Apenas balbucea algo.

FABIO, *a CELIO.* ¿Pidió para venir?

CELIO, *asintiendo con la cabeza.* Le prometí que lo iba a traer un domingo. Parece que cada tanto pide para bajar a las salas. Me lo dijeron las enfermeras que se ocupan de él en el asilo. *Mirando a FABIO.* La salas. La salas. Hay que preparar los blancos. Eso es lo que

repite de tanto en tanto. Hubo noches que lo encontraron arrastrándose por los pasillos del asilo y gritando que había que lustrar mejor las armas. *Mirando hacia el sitio en el que se encuentra JEREMÍAS*. De a poco se va volviendo loco. Perdiendo el control de todo. *Vuelve a su tarea*. Por lo menos una vez por mes voy a acompañarlo. No tiene a nadie que lo visite.

FABIO, *contemplando a JEREMÍAS*. Debe ser horrible.

CELIO. ¿Qué cosa?

FABIO, *haciendo un gesto con su rostro hacia el sitio en el cual se encuentra JEREMÍAS*.

Terminar así.

CELIO, *sin mirarlo*. La mayoría de los casos.

FABIO, *aterrado*. Un horror...

CELIO, *siempre concentrado en lo suyo*. Hay una sola solución.

FABIO. ¿Cuál?

CELIO, *escribiendo en su planilla*. Volarse uno mismo la tapa de los sesos a tiempo.

Señalando la mesa. Faltan acomodar todas esas municiones.

FABIO, *se dirige a la mesa y comienza a acomodarlas en una caja*. Dicen que mañana empieza un nuevo servidor.

CELIO, *dirigiéndose hacia los vidrios y controlándolos*. Por la mañana. *Se detiene en una huella*. Los dedos, Fabio. *Le muestra la marca de los dedos*. Los dedos. Hay que tener un poco más de cuidado.

FABIO asiente con la cabeza.

CELIO. ¿Los cargadores están listos?

FABIO. Desde esta mañana.

CELIO. Bien. *Se dirige hacia la tercera sala y se detiene detrás de JEREMÍAS, justo en el borde de la puerta*. ¿Los blancos también están prontos?

FABIO, *terminando de acomodar las municiones*. Prontos.

CELIO. Entonces no queda nada. *Recorre con la vista toda la tercera sala*. Todo en orden. A

FABIO. Hasta mañana no vuelvo. *Verifica en su planilla*. Esta tarde te toca servir. Mañana día libre. *Se coloca la planilla debajo del brazo y con ambas manos sujeta la silla que comienza a desplazar*. Es hora de irnos, mi viejo.

JEREMÍAS, *siempre para sí*. Osse e cenere...

CELIO, *girando la silla de ruedas*. Hay que volver.

FABIO, *mirando a JEREMÍAS*. No dice otra cosa.

JEREMÍAS. Osse e cenere...

CELIO, *empujando la silla, comienza a atravesar la segunda sala*. Dicen que hasta lo repite mientras duerme. Eso es lo que dicen en el asilo.

FABIO, *levantando los hombros*. Osse e cenere... Debe recordarle algo... alguna frase...

CELIO. Imposible saberlo.

FABIO, *haciendo un gesto con su cabeza hacia JEREMÍAS*. En parte me da lástima.

CELIO, *deteniéndose en medio de la segunda sala*. ¿Quién? ¿Jeremías?

FABIO. No. La vejez.

De pronto empezamos a oír los acordes del segundo movimiento "Adagio cantabile" de la sonata op. 13 en do menor de Beethoven.

CELIO, *levantando la cabeza*. Debe ser la joven que viene a practicar los domingos mientras el padre tira.

FABIO, *también mirando hacia arriba*. Está tocando las partituras de Evard.

CELIO, *mirando a JEREMÍAS*. A veces lo miro y pienso que podría ser mi propio padre.

FABIO. Si yo pensara que fuera el mío, tendría ganas de matarlo. Ahí mismo. De un solo golpe. En seco.

CELIO, *a FABIO*. ¿Podrías?

FABIO. ¿Qué cosa?

CELIO. A tu propio padre. Matarlo. ¿Podrías?

FABIO. Por lo general es a la inversa. *Señalando hacia JEREMÍAS*. Son ellos los que golpean primero.

CELIO. Pero dar uno mismo el golpe. Contra su propio padre. ¿Podrías?

FABIO. No hay que hacerse tantas historias. Al fin y al cabo matar a un hombre es mucho más simple de lo que se cree. Solo se trata de apuntar en el lugar exacto y luego apretar el gatillo.

CELIO. Pero el propio padre de uno... ¿Podrías?...

FABIO. Por supuesto. *Afirmando con su cabeza*. Solo por una cuestión de defensa personal.

CELIO, *con una cierta complicidad*. Yo también.

FABIO. Siempre fue así, Celio. *Mirándolo fijamente a los ojos*. Siempre. Desde el principio.

CELIO, *curioso*. ¿Qué principio?

FABIO. El principio de todo. Desde el comienzo. Siempre fue igual.

CELIO. ¿ Qué cosa?

FABIO. La descendencia, Celio. Siempre fue la misma cosa. Está dicho en el comienzo. En el inicio mismo. Al principio el padre y el hijo están solos en medio del desierto. Abandonados. Sin nada. Absolutamente nada.

CELIO. ¿ Qué desierto?

FABIO. El del inicio. Así está estipulado en el comienzo, Celio. En el comienzo mismo de todo. Una noche mientras el hijo duerme, un demonio se le aparece al padre. Siempre hay demonios en los comienzos de las cosas. A cambio de tu alma, puedo darte lo que quieras. ¿ Lo que quiera?, pregunta el padre. Lo que quieras, le responde el demonio. Pero a tu hijo le daré el doble de todo lo que me pidas. *Señalándose a sí mismo con una de sus manos.* El hijo tendrá exactamente el doble que el padre. Así está escrito. El doble. Te doy tiempo para pensar hasta mañana por la mañana, le dice el demonio antes de retirarse. Mientras el hijo duerme, el padre piensa. Puedo pedirle un arado y dos bueyes para arar la tierra. Pero entonces mi hijo va a tener dos arados y cuatro bueyes. Su tierra va a prosperar mejor que la mía. *Haciendo un movimiento de negación con su cabeza.* Eso no, se dice el padre. Puedo pedirle un oasis y comercializar el agua. Mi hijo en ese caso, va a tener dos oasis y su comercio va a destruir el mío. Eso tampoco. *Hace un gesto con uno de sus brazos.* Puedo pedirle un cofre repleto de oro. Mi hijo tendrá más que yo. El doble. Eso nunca. No se va a volver rico sin haber hecho nada y con solo dormir, mientras yo estoy acá, sin poder descansar en paz. Puedo pedirle la mujer más hermosa del mundo. Él va a tener dos más hermosas todavía. Eso puede enloquecerme de celos y rabia. No podría soportarlo nunca. Puedo pedirle ser el ser más feliz del mundo. *Se detiene un segundo.* Pero mi hijo lo será mucho más que yo. En ese caso la envidia va a destruirme. El padre pasa toda la noche sin dormir. Pensando en mil posibilidades. Cada una es peor que la anterior. El día llega y el demonio se le aparece. ¿ Y?, le pregunta. ¿ Pensaste?... Sí, le responde el padre extenuado. Quiero que me arranques un ojo. *Se detiene.* Así fue el comienzo, Celio. El principio. El inicio. Así empezó todo.

CELIO. En el fondo es mejor no saber de dónde diablos venimos.

FABIO, *afirmando con la cabeza.* Un crimen menos.

CELIO. Ya es la hora. *Vuelve a sujetar la silla y comienza a desplazarla hacia la primera sala.* Hay que irse, viejo. Se nos va a hacer tarde. *Entra en la primera sala y se dirige hacia la doble puerta de salida.* Si el demonio se le hubiera aparecido al hijo, todo habría sido distinto.

FABIO, *levantando los hombros.* Eso nadie puede saberlo.

CELIO. El hijo hubiera sido más piadoso.

FABIO. Al menos un poco más inteligente.

CELIO, *se detiene de golpe en medio de la primera sala.* ¡ Las flores!

FABIO. ¿ Qué hay?

CELIO, *moesto.* ¿ Qué hay? ¿ Qué hay? *Señalando el florero.* Hace dos días que te digo que hay que cambiar el agua.

JEREMÍAS. Osse e cenere...

FABIO, *sin darse cuenta, se lleva a la frente la mano en la que tiene el arma.* Me olvidé. Lo iba a hacer esta mañana.

CELIO. ¡ El arma!

FABIO, *bajando inmediatamente su mano.* No me di cuenta.

CELIO, *irritado.* El cañón siempre hacia abajo, Fabio. *Haciendo un movimiento negativo con su cabeza.* Siempre lo mismo. Lo mismo. Hay que repetirte las cosas cincuenta veces. *Se dirige hacia la doble puerta y la abre. Al abrirla la música se hace más presente.* Siempre la misma historia. Un día vas a tener problemas. Y serios. *Vuelve a la silla y la empuja hacia la salida.* Eso es, mi viejo. *Antes de salir, se detiene y mira a FABIO.* Debe ser la décima vez que te lo digo. Si no se les cambia el agua todos los días, se pudren más rápido. *Luego de atravesar la doble puerta, da media vuelta y la cierra tras de sí.*

La música vuelve a sentirse lejana. FABIO queda solo en la primera sala.

FABIO, *siempre con el arma entre sus manos, se sienta en uno de los sillones y deja perder su vista en el vacío.* Osse e cenere... Osse e cenere... Osse e cenere...